FRAY MOCHO



BATACLANA

Acuarela de Pedro de Rojas

N.° 687

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 23 de junio de 1925 — Núm. 687



Crónica de Londres

La sabiduría del juez británico

Los divorcios ante la justicia inglesa.- Algunos casos interesantes

Por Ricardo H. ARAMBURU

Ilustraciones de ROJAS

Quien, a esta narración que va a seguir, atribuyera una intención maligna, se alejaría ciertamente del pensamiento del autor, quien al darle forma literaria no le ha impuesto otro carácter que no fuese aquel puramente descriptivo. Hecha esta advertencia para evitar una interpretación distinta, fácil será deducir de este relato el elogio que se hace del juez británico.

Por mucho que quiera imaginarse el lector el criterio jurídico que poseen estos jueces y el profundo discernimiento con que discurren al dictar sus fallos y sentencias, no podrá conseguirlo sino contemplando la prudencia y sagacidad con que conducen una causa. Los ejemplos, que, más adelante se citan, no tienen otro objeto que el de demostrar su sabiduría, porque sabiduría es innegable que tienen.

———

Cuando yo tenía la costumbre de asistir a las audiencias de la corte de justicia en Londres, poco después del almuerzo echaba a andar silenciosamente por la calle del Strand, caminando la buena distancia que media entre Charing Cross y el tribunal, mejor conocido con el nombre de "Old Bailey;" deteniéndome en los escaparates de algunos negocios, leyendo los carteles de los teatros o, mirando los ómnibus veloces que hacen juegos malabares con los otros vehículos del tráfico, y por último acompañado por una interminable fila de transeúntes, yo acortaba la distancia distrayendo mi vista; de este modo, una marcha de media hora a mí me parecía tan sólo de diez minutos; esta ingeniosa manera de engañar a los pies, me permitía divisar, al poco rato y sin cansancio alguno, el edificio del tribunal que por su arquitectura gótica es inconfundible.

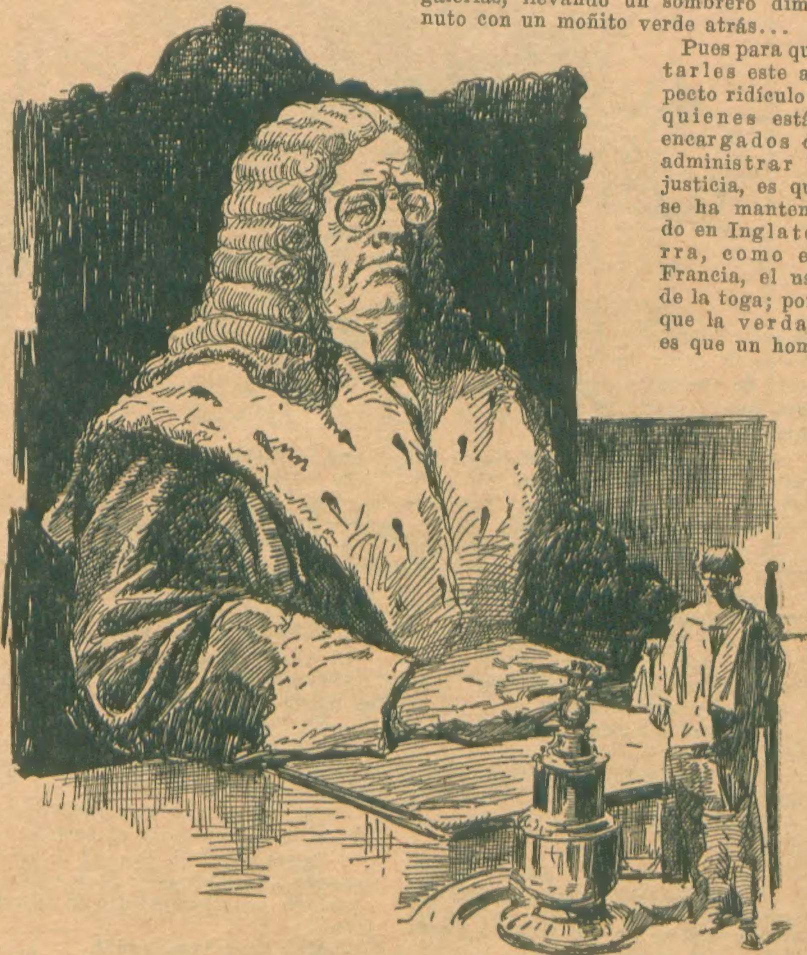
¿Cuántas veces he venido a esta famosa casa de las leyes? No sé; porque nunca las he contado, pero puedo afirmar que fueron muchas: al principio, iba por un espíritu de curiosidad muy natural en todo extranjero, y, más tarde, por acompañar a mis amigos deseosos de conocer la administración de la justicia inglesa.

Imaginaos, como he dicho, un vasto edificio de arquitectura gótica, en cuyas ojivas anidan las mansas palomas ajenas a todos los dramas de la existencia; imaginaos en su interior sombrías galerías, por donde se pasean los hombres de la ley, de toga negra y peluca gris; y completad este cuadro con numerosas salas de severo aspecto, tal vez poco espaciosas para contener la afluencia de los espectadores; bien, en estas salas es donde se fallan las sentencias judiciales que transforman, en pocas horas, los destinos de los hombres: de aquí, se pasa a la libertad o se entra en el presidio.

Cuando se celebra una audiencia interesante, el público, desde muy temprano, ocupa los escaños de estas salas, buscando, por decirlo así, las posiciones estratégicas que permitan observar los personajes que en ella toman parte, sin perder ni una frase de las muchas elocuentes, impetuosas o confusas que aquí se pronuncian.

El juez se sienta en el sillón de respaldo más alto, teniendo delante de sí una amplia mesa de cedro en cuyos extremos, por lo general, hay dos focos eléctricos; a un costado del recinto están los asientos de los que componen el jurado, y, del otro, el banco de los acusados y testigos; frente al juez, las butacas de los abogados y procuradores con sus pupitres cubiertos por pliegos de papel; más atrás, los escaños para el público.

Lo primero que os llama la atención es el aspecto solemne, pero indiscutiblemente serio, de los jueces con sus pelucas grises, sus togas negras de bocamangas rojas y solapas de armiño; esta costumbre al parecer anacrónica, y que a veces suele chocar a los extranjeros, tiene su perfecta razón de ser que yo considero tan sensata como atendible; el uniforme evita, entre otras cosas, la situación humillante que soportaría un acusado, por ejemplo, que aguardase suspenso su sentencia de muerte que va a ser dictada por un magistrado que se vistiera, más o menos así: con un traje entallado con exceso, una corbata amarilla con lunares azules, los cabellos engomados a fuerza de cosmético, y que luego se paseara, por las galerías, llevando un sombrero diminuto con un moñito verde atrás...



Pues para quitarles este aspecto ridículo a quienes están encargados de administrar la justicia, es que se ha mantenido en Inglaterra, como en Francia, el uso de la toga; porque la verdad es que un hombre puede ser un excelente juez, y, sin embargo, tener la debilidad de vestirse afeminadamente, atavío caprichoso que contrastaría con la seriedad de la austera misión que desempeña. Quien coincida con estas reflexiones o modos de ver, encontrará aceptable y hasta preferible la uniformidad que da la toga a los hombres de la ley. En un presidente de tribunal, la toga me parece apropiada y necesaria; la calidad de su profesión exige no sólo una probidad intachable en su vida privada, sino también una corrección en el vestir que esté en armonía con su delicado cargo.

Tened presente que un juez británico es una persona a quien podría calificarse, sin hipérbole alguna, con varios adjetivos óptimos: es hábil, sereno, humano y a veces hasta benévolo; cuando se ríe, porque "la risa no está fuera de lugar en una corte de justicia", según la frase de un letrado londinense, lo hace más bien a expensas de los defensores, pero nunca a costa de los litigantes; además, poseedor de una ilustración que envidiarían muchos, procede en sus juicios con previsión y carácter. Y no vayáis a creer que todo esto es el resultado, más o menos, instantáneo de su aparición en un tribunal, no; por el contrario, es el fruto del tiempo, del estudio, del trabajo y la experiencia; de todos los cargos, el de juez es el más penoso y difícil de cuantos puede desempeñar un abogado. Al revés del poeta, el juez no nace juez; es necesario que se forme solo; y, luego, de acuerdo con su mentalidad es la duración eficaz de sus servicios; algunos magistrados son jóvenes, todavía, a los 78 años, y otros son ya viejos a los 60. En Inglaterra después de 15 años de servicios es acreedor a una pensión del gobierno, pero con frecuencia acontece que recién llega a su pleno apogeo muchos años después de este período, lo que demuestra que la carrera de juez es tan larga y penosa como la del escritor.

¿Cuál es la figura más prominente de los tribunales ingleses? ¿Quién es el más célebre de los que fallan las grandes sentencias sensacionales? A mi juicio, el juez más famoso de Inglaterra, el que más adeptos tiene en el pueblo, el que los periódicos elogian con simpatía, es Sir Charles Darling como juez del crimen; en los divorcios, un digno sucesor es Mac Cardie. El primero no tiene rival en la palestra de las leyes; imaginad un juez con veinticinco años de servicios, pero imaginadlo fuerte, vigoroso, a la sazón como un vino de Burdeos que cuanto más añejo mejor; así es el juez Darling y así ha podido mantener interrogatorios durante diez y ocho horas consecutivas, diez y ocho horas sin moverse de su asiento, trabajando su cerebro como debe trabajar el de un hombre que soporta una responsa-



bilidad aplastadora, y quien debe ajustar sus actos a la más estricta y serena imparcialidad, para que su conciencia no tenga que sufrir ningún reproche íntimo. Y, sin embargo, dentro de lo que podríamos llamar el estoicismo de su profesión, no es un juez implacable o hierático: sabe que la justicia debe ser administrada con serenidad y temperancia, sin olvidar tampoco, en los casos en que hay más presunciones que pruebas, el conocido proverbio que nos dice: "es mejor absolver a un culpable que condenar a un inocente". En todo esto ¡qué tacto hay que tener! ¡Pensad un instante en las injusticias que podría cometer un juez equivocado o torpe! ¡Medid la monstruosidad de un inocente en el patíbulo! Y la monstruosidad también,—porque no hay otra palabra,—de un inocente a prisión perpetua, en los países en que la pena capital está abolida! ¡Recoged vuestro espíritu y meditad en la infamia de semejantes errores!...

En definitiva, si el delito es grave, la sentencia es inexorable. Como teatro de fuertes emociones, el de los tribunales no deja nada que desear: las declaraciones de los testigos, la elocuencia de los abogados, las réplicas del fiscal, el fallo del juez que precede al veredicto del jurado, sumen al público en horas de lenta expectativa e intensa emoción; de aquí se sale libre o prisionero, vencedor o vencido, indigno o inmaculado; según lo primero o lo segundo, la sociedad le abre sus puertas o se las cierra para siempre...

Pero en los divorcios, estas audiencias son menos tenebrosas; ya no se trata de la vida o muerte de ningún sujeto, sino de la disolución del matrimonio, que en los tiempos actuales es un simple contrato de locación humana. En lugar de ir a la cárcel los "delincuentes del amor", si han delinquido, recuperan su libertad y sin con ello, en el peor de los casos, nada se ha ganado, tampoco nada se ha perdido.

En estos asuntos el esclarecimiento de la verdad permite a las personas, aun en las de menos imaginación, reconstruir con malicia los pecados del adulterio, frutos prohibidos cuyos ácidos aderezan la sonrisa en los labios de todos, haciendo reír de buena gana hasta los mismos jueces, como si un poco de risa les diera nuevo vigor para reanudar las frías investigaciones de la ley. Ahora, para no fatigaros, voy a dar comienzo citando algunos de ellos; advirtiendo que sin desdeñar la prudencia convencional en la sociedad nada me distrae de este propósito, puesto que, como veréis, voy a hacerlo con discreción.

En cierto pedido de divorcio, una esposa acusaba a su marido de haber pernoctado en un hotel en compañía de una mujer; éste en su defensa aseguraba que era tan sólo una compañera de viaje y que cada uno había tomado su habitación; por su parte, el hotelero, al declarar, afirmaba que todo esto era exacto, aunque las habitaciones eran contiguas y tenían una puerta comunicante.

Pero una circunstancia mostraba en forma tácita el cuerpo del delito: el marido al entrar en el hotel había firmado en el registro de pasajeros, de esta manera muy sugestiva: "Guillermo Brown y señora". Este importante detalle casi corroboraba la sospecha, pero era menester probarla. El nombre de la dama era desconocido y lo único que se sabía era la entrada en el libro del hotel y la disposición de las habitaciones con su puerta comunicante, pero ignorándose totalmente lo que en el interior de ellas había pasado. Por lo tanto tratábase de establecer el grado de infidelidad, hallando la prueba convincente. El caso se presentaba difícil y lo hubiera sido hasta el último a no ser por el juez quien, demostrando una sagacidad de "detective", desentrañó el misterio con estas pocas pero muy hábiles preguntas:

(Para mayor claridad, llamaré al marido: "señor Brown"; y a la dama: "señora X").

—¿Por qué firmó usted en el registro del hotel con un nombre supuesto, haciendo figurar a esa señora como si fuese su esposa?

—Firmé "Brown" (1) para mayor brevedad; y en la forma en que lo hice, por evitarle a mi compañera de viaje la molestia que ocasionan a las señoras estas formalidades de los hoteles.

El argumento del marido se desvanecía por lo débil, pero el magistrado no le preguntó nada más para interrogar al camarero que estaba presente como testigo:

—Cuando usted llevó el desayuno a la mañana siguiente, ¿estaba cada uno en su habitación?

—Sí, mi lord (2).

—Posteriormente, ¿ninguno de ellos requirió sus servicios?

—Sí, "mi lord"; poco rato después de llevarles el desayuno, el señor Bronw pidió: "dulce para dos".

—¡Dulce para dos!—repite el juez algo perplejo.

—Eso no prueba nada, "mi lord", —exclama el marido bastante nervioso.—Cada uno tiene el derecho de pedir doble porción de cualquier cosa, sobre todo, cuando se tiene hambre y se paga por ella.



—Yo no he dicho nada de lo que usted supone; en todo caso, esto prueba que es usted goloso... Tenga la bondad de no interrumpir.

El juez interroga de nuevo al camarero:

—¿A qué hora dejaron el hotel el señor Brown y la señora X?

—A las 11 de la mañana.

—¿A qué hora entró usted en las habitaciones para arreglarlas?

—Media hora después.

—Al tender las camas, ¿no encontró usted nada?

—Sí, "mi lord"; en la cama del señor Brown encontré una horquilla...

—Esa horquilla, ¿era dorada o negra?

—Dorada, "mi lord".

—Muy bien; puede usted retirarse.

El juez formula el veredicto en esta forma:

Es evidente que el señor Brown ha cometido un acto de adulterio con una mujer cuyo nombre no hay interés alguno en conocer, pero puedo asegurar que es rubia, puesto que sólo las rubias usan horquillas doradas... En consecuencia, la acusación de la esposa es fundada; y como el adulterio está comprobado, ordeno el divorcio, siendo las costas del juicio a cargo del marido.

El asunto termina más pronto de lo que el público esperaba; pero no lo lamenta, porque una risa de fina ironía, punzante como un estilete, le ha servido de agradable solaz, naturalmente, a expensas de las víctimas.

Tampoco faltan los casos verdaderamente cómicos que hacen desternillar de risa a los espectadores de las galerías, y de la que participan los mismos jueces y abogados.

En los diálogos que voy a citar, para mayor brevedad, suprimiré las declaraciones de los defensores. He aquí, un caso bien divertido.

En un divorcio entablado por un pastor protestante, el juez da principio a la audiencia, interrogando al clérigo en esta forma tan rápida como explícita:

—¿Por qué se divorcia usted?

—Porque mi señora me pega cuando ronco, durante la noche.

—¿Dormirá usted de espaldas..., boca arriba?

—Sí, "mi lord".

—¡Duerma, entonces, de costado!

—¡Ronco más!

—Bueno... suponiendo que le pegue su mujer, eso será... una vez que otra...

—No, "mi lord", todas las noches.

El juez interroga a la esposa:

—¿Es verdad que usted le pega a su marido porque ronca?

—Sí, "mi lord".

—¿Le pega usted con la mano?

—No, "mi lord"; con una zapatilla...

—¡Sí..., sí, con una zapatilla!... ¡Y en la boca!—grita el pastor.

—Tenga usted la bondad de no interrumpir—exclama el juez.—No es con usted el interrogatorio en este momento.

—Muy bien, "mi lord".

—Hace usted mal en castigar a su esposo, durante el sueño, por una cosa que puede tener su causa en una mala digestión.

—Yo no sé..., "mi lord"; pero, es la única manera de que se calle...

—Abreviando, ¿está usted arrepentida?

—Sí, "mi lord"; y lamento lo que ha pasado... porque yo quiero a mi marido.

—Entonces, ni una palabra más.

En seguida el juez dirigiéndose al pastor le dice:

—Como usted acaba de oír, su esposa está bien arrepentida, y como a mi juicio no encuentro motivos suficientes para que usted insista en la disolución del vínculo matrimonial, no hago lugar a su petición.

El magistrado aconseja a la esposa a que se abstenga de ese mal hábito que ha sido el origen de la querella, e insinúa a los dos la conveniencia de dormir en habitaciones separadas, al menos por algún tiempo. Así prometen hacerlo; los cónyuges se reconcilian... y no hay divorcio.

El siguiente no es menos gracioso, lo pide un marido cansado de las cuentas exorbitantes de su cara mitad.

Como en el anterior el trámite es expeditivo:

—¿Cuántos años hace que está usted casado?—pregunta el juez al marido.

—Seis meses, "mi lord".

—¿A cuanto ascienden sus entradas?

—A menos de quinientas libras anuales.

—¿Y cuáles son las causas en que funda su petición de divorcio?

—Las extravagancias de mi esposa, quien contrae deudas que exceden a mis recursos.

—¿Puede usted detallarlas desde el comienzo de su matrimonio?

—Sí, "mi lord"; en primer lugar debo advertir que la he perdonado muchas veces; pero, la frecuencia con que incurre en la misma falta, contrayendo deudas en las tiendas, cuyo monto es cada vez más elevado, me obligan a esta determinación.

Cuando nos casamos le di quince libras para ropa blanca y ella gastó 65; dos meses más tarde me dijo que faltaban manteles, yo le entregué 10 libras y gastó 50; algún tiempo después, compró servilletas por valor de 20 libras y vestidos que importaban doscientas, y hace un mes me ha presentado una cuenta de 280 libras por ropa blanca.

—¿Ropa blanca otra vez?

—Sí, "mi lord".

—¿Puede especificar, por separado, el costo de cada artículo?

—Sí, "mi lord"; sábanas de fantasía, vainilladas y con iniciales, a 15 libras el par; camisas de tul, bordadas a mano, con pasacintas de seda a 10 libras cada una...

—¡Un par de sábanas a 15 libras y una camisa a diez! ¡Dios mío! ¡Esto es verdaderamente extravagante! Pero ¿su señora estaba bien de la cabeza?

—Al parecer, "mi lord".

—Y ¿es que no hay sábanas más baratas?

—Sí, las hay, como no, de algodón...

—¡Ah, me alegro! Porque si no yo dormiría sin sábanas. Y, su esposa, ¿no demostró nunca arrepentimiento?

—Sí, "mi lord", la penúltima vez, me juró que no volvería a hacer lo que hizo.

—Y la última vez, ¿no le causó extrañeza la procedencia de esta ropa?

—Antes de recibir la cuenta, no, "mi lord"; porque las cosas venían en una caja con este rótulo: "Obsequio de Lady A...". Y como mi esposa, al enseñármela, me había dicho: "Mira, Monono, este es un regalo de una amiga muy buena y muy rica". Yo encontré razonable su explicación después del juramento que me hiciera.

---

(1) Los apellidos: Brown y Smith, en Inglaterra, son tan comunes como en España o América, los son: García y Fernández.

(2) Este tratamiento con los jueces, es siempre de rigor.

—Y ¿esas sábanas han sido usadas?

—No, "mi lord"; yo no he querido dormir en ellas.

—¡Perfectamente!

Dirigiéndose a la esposa:

—Usted devolverá la ropa a la tienda, la cual reembolsará el importe a su marido.

La esposa prorrumpe en un llanto nervioso.

—¿Es por la ropa que usted llora? pregunta el juez.

—No, "mi lord"; es por lo que he hecho.

—¿Lo siente usted de verdad?... ¿Me promete enmendarse en lo futuro?

—Sí, "mi lord"; no volveré a comprar sin consultar con mi esposo.

El juez resume la causa en esta forma:

—Es evidente que esta señora ha engañado a su marido, y, en este caso, la apreciación más generosa e indulgente que se puede hacer de ella, es pensar que ha estado loca. Sobrada razón tiene el marido, al afirmar que no quiere dormir en sábanas de fantasía teniendo que pagarlas; si fuesen un regalo, está bien, pero, no siendo así, prefiere pasarse sin ellas. Justo es reconocer que la conducta de la esposa es bien censurable, pero en vista de su arrepentimiento no creo necesario acordar el divorcio.

Invita al marido a volver a su casa, y ambos se reconcilian en el acto. Terminada la vista, el público se retira después de haber asistido a esta comedia de la vida conyugal.

En los grandes dispendios que ocasionan las costas de un divorcio, se liquidan los ahorros que a veces constituyen una pequeña fortuna de los que han perdido la causa; y digo pequeña fortuna, refiriéndome a los debates judiciales que se resuelven con brevedad, pues cuando se trata de litigios largos que ocupan la atención de la corte por espacio de semanas, la suma a pagar es casi fabulosa. En una demanda que sostuvo una señora contra Lady N., prominente dama de la nobleza británica, las costas ascendieron a 30.000 libras! ¿Cuánto tiempo duró este debate que hizo las delicias de los espíritus malignos? No recuerdo exactamente; pero no duró más de veinte días; tiempo suficiente para molestar a un magnate y arruinar un rico.

Como en Inglaterra no está prohibida esta clase de publicidad, la versión taquigráfica de las sesiones de los tribunales—por secreta que sea la naturaleza del asunto—aparece íntegra en los periódicos; y buen cuidado tienen los grandes rotativos de comentarlo con arte, sacándole el mayor provecho. En un divorcio sensacional las tiradas de las diversas ediciones llegan a una cifra respetable; en estos casos las noticias se publican a tres o cuatro columnas; el repórter que más escribe ¡ese es el predilecto!, ¡ese es el héroe de la jornada!, el director le llama a su despacho y le felicita y, creo que hasta le dice: "¡Puede usted hacer un vale!" (El cronista no se lo hace repetir).

Este afán de los diarios por suministrar informaciones de la corte, tiene su origen en el increíble interés con que el público devora esta clase de "alimento social"...

Cuando alguien me dice:

—¡Esas intimidades no debieran publicarse!...

Yo suelo contestar:

—Los periodistas tienen la culpa; ¡son tan hábiles!, que sin emplear grandes embustes, sólo con algunos comentarios y varios títulos tentadores logran interesar hasta las calvicies más serias; pues lo cierto es que son los viejos los que con más placer se enredan en esta maraña de historias de "lingerie" y secretos conyugales... Sin faltar al respeto que me merece la vejez, yo creo que los buenos ancianos cuando leen estas cosas rememoran.... Pero, en fin, en ello no hay ningún pecado.

Hablando, ahora, seriamente, porque es mi costumbre y porque me parece mejor; olvidando la parte chistosa de este trabajo intercalada a título de amenidad, puede decirse que las amplias facultades que el tribunal acuerda a estos jueces y el margen de tolerancia que por sí mismos, a su vez, pueden acordar, demuestran la ausencia de la ley escrita en la jurisprudencia inglesa. En los demás países el código es el que señala la pena; en Inglaterra, esto tiene una elasticidad ilimitada: un magistrado puede absolver a un culpable, si le parece que hay poderosas razones para proceder con indulgencia; y nadie discute ni el derecho del juez ni la legalidad del actor. A este respecto, conveniente es recordar que son los jueces los únicos a quienes no censuran jamás los periódicos; para ellos no existen el reproche irónico ni la diatriba audaz; cuando un juez sentencia en un fallo inapelable es después de muchos días de febril labor, es después de muchas noches de desvelo, en que la incertidumbre o el temor de ser injusto es la peor de sus torturas. No; nada hay que reprocharle a un juez británico: no hay ningún argumento que pueda menoscabar su dignidad. Son justos en la verdadera acepción de esta palabra, entendiendo la justicia en la forma qué la definió Justiniano en sus "Institutas", esto es: "la constante voluntad de dar a cada uno lo que es suyo". Así, con la misma nobleza que la entienden la practican: sin animosidades ni apasionamientos, dando a Juan, Pedro o Diego lo que de Juan, Pedro o Diego es; ni un poco más porque sería un exceso, ni un poco menos porque sería una mezquindad.

Yo cito a los jueces británicos como modelos de humanidad y sabiduría. En los divorcios demuestran un grado de prudencia y sensatez realmente admirable, poniendo un sincero empeño en la reconciliación de los cónyuges, pero sin presiones absurdas ni sacrificios inútiles; acostumbrados, como lo están, a presenciar escenas a veces chistosas, a veces dramáticas, escuchan con imparcialidad el relato de las ofensas maritales, y, mientras el público y los defensores se acaloran con el asunto que se trata, ellos, en cambio, permanecen impasibles en la penosa tarea de pesar las injurias y medir las responsabilidades.

En mi concepto, estos magistrados representan el derecho moderno y lo cumplen con integridad.

Diréis cuanto queráis en favor de la supresión de esta ley implantada en todo país civilizado que ha logrado vencer la influencia del clero; diréis cuanto queráis en favor del mantenimiento de un vínculo que no pueden soportar dos seres infelices, pero ningún argumento justificará, en estos tiempos, su ausencia o abolición; agregad a ese calvario porque pasan dos seres equivocados en la dicha, el nefasto ejemplo que reciben los hijos, cuando los hay, asistiendo diariamente a este teatro de rencillas caseras, de adulterios prematuros, de crueldades indignas y graves vituperios, y no os será difícil comprender, por mucho que queráis imaginar lo contrario, que la ley de divorcio es tan necesaria como humana; con ella, es cierto, concluyen las ideales remembranzas de un ayer pasionario; se convierte en cenizas de amores aquello que la vida con su crueldad se encargó de destruir, pero se liberan dos seres de un tormento que sería perpetuo, sino existiese esta ley o la muerte.

Londres, 1925.

DERVICHES PERSAS

El derviche reconoce como hermano al faquir indio y se le encuentra por toda Persia; en la penumbra de los bazares, en los polvorientos y pedregosos caminos cruzados por las caravanas se oyen los ecos "Yahak, Yahuh" (Justicia y Dios) que lanzan desde lo profundo de sus gargantas estos cofrades de una hermandad mística que se rodea de secretos poco conocidos a los extraños.

Los derviches persas constituyen una casta especial entre los vagabundos del Oriente. Su aparición es repentina como súbita su ausencia; nadie pregunta de dónde vienen ni a dónde van. Su porte, su vestido, su aspecto son estrambóticos hasta el grado de infundir miedo; nada extraordinario, pues, que todo el mundo, particularmente las mujeres, les cuelgue una porción de dotes sobrenaturales.

El derviche no tiene hogar propio, pero en todas partes está en su casa. Hoy narra en la mesa de un rico cuentos que equivalen a picantes salsas—mañana resonará su aullido "Yahak, Yahuh..." en el patio de una solitaria caravansería. Hoy duerme sobre blandas y costosas alfombras de Esmirna cobijado por la tienda de un caudillo nómade, que recompensa sus maravillosas relaciones de Hafis y Saadi con un talego de monedas de plata—la noche siguiente lo ve sentado junto al fuego encendido por caminantes es el desierto bajo un cielo tachonado de refulgentes estrellas. El derviche tiene delante un par de granos de arroz y la bota que circula entre todos, y cuenta hasta bien avanzada la hora historias espeluznantes que tienen por teatro las hondonadas agrestes del Hindukusch.

El derviche está y no está en todas partes; no tiene mujer ni deudos que le acompañen en esta vida, pero desde el uno al otro confín en que reinan Alá y el profeta, tiene este vago su patria: el duro suelo le sirve de lecho y el firmamento estrellado le cobija. Siente frío en el Norte, se va al Sur; arrecia aquí el calor, se vuelve al Norte.

Con aparatosa gravedad atraviesa el derviche el bazar o va de puerta en puerta para recoger limosnas, que jamás rechaza por pequeñas que sean. Se le da monedas de cobre y plata, pan, frutas, o se le invita a participar del narguile.

El derviche jamás va de prisa ni parece tampoco conocer la dura ley del trabajo. Sabe como los gitanos decir la buenaventura y preparar filtros mágicos contra toda clase de enfermedades. Los medicamentos que vende son bien peregrinos: hígado seco de chacal, corazón pulverizado del león y garras de animales feroces. Temible es su fama de envenenador y a él se acude para deshacerse de una rival celosa o de un enemigo. Los derviches tragan puñales, devoran brasas y asustan a las mujeres con un saco lleno de víboras que vacían a sus pies. De aldea en aldea muestran estas artes de prestidigitación mágica.

Cuando llega el tiempo llamado "Eit-i-Norus", la fiesta del equinoccio primaveral (comienzan el 21 de marzo y dura un mes), todos los derviches vagantes por el país afluyen a los grandes centros poblados como Schiraz e Ispahán a hacer su cosecha. Por lo común por parejas, sitian las casas de los ricos y levantan ante las puertas sus tenduchos: dos estacas y un trapo cuadrado encima. Plantan delante un jardín microscópico con un tiesto en que verdea trigo precoz y con piedras pintarrajeadas, naranjas y hojarasca completan el cuadro. Los dos derviches esperan sentados hasta que el dueño de la casa se rescata con un buen presente en metálico. ¡Ay del donante cicatero! El fatídico "Yahak, Yahuh" se oirá por todos los ámbitos de la casa y hará imposible conciliar el sueño. Si el corazón del rico sigue empedernido, tocan al par los horrísonos cuernos del cabrío montaraz hasta arrancar la paga; una vez logrado esto, se trasladan con el toldo ante la casa del vecino más próximo. Pero no sólo los dueños de casa tienen que sufrir estas sangrías: los mercaderes que pasan por allí, los altos empleados que vienen a caballo, a todos se les pide una limosna. Humilde con gesto de súplica, presenta el derviche al "Agha" (señor) con ambas manos una naranja como signo de profundo respeto y corre junto al caballo hasta que por intermedio de un criado se le propina un "hak".

No todos los derviches provienen de las clases ínfimas; hay entre ellos gente de buena familia, inteligente y hasta dignatarios del gobierno, que antes de empezar esta vida errante tuvieron que abandonar cuanto poseían. Se encuentran derviches versados admirablemente en la mitología y poesía persas; todos conocen las poesías de Hafis y Saadi y no son raras entre ellos las disquisiciones teológicas.

La perseverancia no es planta que pudiese florecer entre los derviches, pero los de mejor clase suelen acompañar por espacios más o menos largos de tiempo a algún Grande persa. El derviche se engalana con los desechos del señor, esgrime un hacha incrustada de oro y plata, la bacía en que reúne las limosnas cuelga de cadenas de plata y hasta su bastón lleva adornos del mismo metal. El derviche pobre recorre el país vestido de una camisa rota y sucia, toca su cabeza poblada de cabellos desgreñados con un fez en que están bordadas sentencias del Corán, la bacía está suspensa de cadenas de latón, el nudoso báculo infunde recelo y una piel de leopardo echada sobre los hombros da la última nota a esta salvaje aparición. Las madres asustan a los chiquillos con la amenaza: "Dervish miayat"—"el derviche está allí".

La mezquita no es para los derviches un lugar de oración, se apostan en ella como mendigos y únicamente durante el "maharram" toman parte en las ceremonias religiosas. El "maharram" es el mes de luto instituído en conmemoración de los dos santones Alí y Husan, muertos en la batalla de Kerbela. El pueblo persa, "chiita" como ellos, se cubre en este tiempo con vestidos de luto y celebra conmovedores funerales. En el día de los sacrificios "ruz-i-catl", recorren los derviches las calles mezclados entre la multitud y dejan correr la sangre por Husan y por Alí, que dicen ellos ser el fundador de la orden.

Los derviches usan una gran variedad de instrumentos cortantes como sables y puñales para hacerse cortes en la cabeza, frente y pecho; se atraviesan las piernas y los brazos con agudos punzones y atormentan sus espaldas con cadenas. Repugnante espectáculo es el de sus cuerpos bañados en sangre; añádase a esto una monótona cantilena interrumpida por salvajes gritos "¡Yahak, Yahuh!" y se hallará muy natural que el pueblo supersticioso vea la salida del derviche con mayor contento que su entrada.

Hay derviches que por voto llevan vida de anacoretas en la soledad de un desfiladero, cerca de alguna fuente y de los caminos transitados por caravanas. No poseen sino lo absolutamente necesario: una choza de barro o una fría cueva entre las rocas es su vivienda, el suelo pelado hace veces de lecho, y de almohada les sirve una piedra; abrigo y manta son un capote raído de lana de camello y una ya sucia piel de pantera. Los viajeros, particularmente las caravanas de peregrinos, proveen a estos penitentes de víveres, y hasta el pobre de solemnidad no se excusará de dejarles algo para él prescindible. El arriero les alcanza el chibuquí, para que se refrigeren con algunas bocanadas, y en el "¡Yahak, Yahuh!" que resuena luego detrás de la caravana va envuelto el deseo sincero de una larga vida y salud para los caminantes.

"No te hagas nunca de enemigo al derviche, porque su venganza irá más allá de la sombra que hace tu cuerpo a la caída del sol". La fuerza de este proverbio persa obliga a los mismos potentados a vivir en paz con los derviches, aunque éstos de vez en cuando los pongan en la picota por su codicia, o peor aún, por su crueldad.

A. HEINICKE.

LA FUGA DE JOSEFINA

(Dialoguito)

Por Oscar R. BELTRAN

Un patio de conventillo. Es de mañana: una cálida mañana de enero. Doña Eulogia y misia María, dialogan bajo un sol a plomo, interrumpiendo por un instante sus faenas domésticas.

MARÍA.—*¿Y por qué fué su pelea con la del 24?*

EULOGIA.—*Figúrese, misia María, que quiso venirme a hablar mal de mi Josefina.*

MARÍA.—*¿Será posible?*

EULOGIA.—*¡Envidia!... ¡Nada más que envidia! ¡Claro, como mi hija es bonita y tiene así de novios, todas estas conventilleras están que se muerden!*

MARÍA.—*Sin embargo, doña Ulogia, yo creo que usté debe estar alerta y no perder de vista a su hija. Mire que cuando el río suena...*

EULOGIA.—*¿Pero usté sabe algo de fijo? Si sabe algo desembuche, doña María... (La obesa "Ulogia" deja de barrer y apoyando las manos sobre la escoba y el mentón sobre las manos, clava en su vecina una mirada suplicante. Por el patio trajinan chicuelos desarrapados y roñosos que meten un barullo infernal; mujeres que vuelven del mercado con la cesta de provisiones en una mano y en la otra el último vástago mocoso y llorón; vendedores ambulantes que regatean a gritos el precio de la verdura con las comadres que forman su habitual clientela...)*

MARÍA (*Tras una pausa*).—*Vea, Ulogia... voy a decirle la verdá... Para eso somos las buenas amigas: para decirnos la verdá desnuda... Y usté sabe cuanto la apreceo...*

EULOGIA.—*Largue no más, misia María, por duro que sea lo que me va a contar; yo soy una mujer fuerte. Acuérdese, cuando murió mi marido ni lloré; a gatas hice unos pucheros para cumplir con las relaciones que estaban en el velorio...*

MARÍA.—*Bueno, Ulogia... lo que yo sé es que su Josefina anda en amores con el flaco de la carnicería!...*

EULOGIA.—*¡Flaco canalla! ¡Con razón no me protesta nunca cuando me atraso en pagarle!... ¡y eso que ya le debo tres meses!... ¡Ay, Dios mío!... (La escoba se le cae de las manos. Ruédanle dos gruesos lagrimones por las mejillas y tomando la punta del delantal, se cubre la cara para que las vecinas no gocen viéndola llorar. Hay una pausa dolorosa. Misia María se cree en la obligación de acompañar en el llanto a la desconsolada madre y ahí no más empieza a hacer pucheros y a largar suspiros en si bemol).*

MARÍA (*entre sollozos*).—*Se ven los sábados en la "sección violeta" del cine de la otra cuadra.*

EULOGIA.—*¡Violeta le voy a poner la cara!... ¡Ay, si viviera mi marido!... ¡El que le tenía tanta rabia al flaco de la carnicería!...*

MARÍA.—*No se ponga así Ulogia...*

EULOGIA.—*¡Cómo no voy a salirme de mis casillas, si esto es una vergüenza!... ¡Qué dirá la sociedá!... ¡Con un carnicero!... ¡Y yo que la criaba para señorita!... ¡Yo que no dejé que se conchabara porque quería que se casase con un dotor, o cuando menos, con un empleado de la Defensa Agrícola que dicen que son muy decentitos!... ¡Yo que la llevaba todos los domingos a los bailes de sociedá!... Y todo para que venga a comerse esa breva nada menos que el flaco de la carnicería, ese tipo sin educación que es largo y finito como un asao de tira!... ¡Ah, no, no, no!... ¡Yo no puedo permitir esto!... (Se arremanga. Y conste que cuando la señora Eulogia se arremanga es para dos cosas bien diferentes: o para amasar tallarines... o para zurrar a su hija. Como ahora la situación no está para tallarines, lógico es suponer que esta vez será para lo otro)...*

MARÍA.—*No la vaya a lastimar, Ulogia.*

EULOGIA.—*¡A palos le voy a sacar el camote del cuerpo!*

(Diciendo esto métese en su cuarto como una tromba, con gran estrépito de la puerta que, de tener algún vidrio sano, a buen seguro habríase hecho añicos. Hay un momento de silencio. Doña María está como clavada en el suelo, esperando el desenlace. De pronto óyese dentro del cuarto un alarido terrible, un grito trágico, desgarrador, como el que lanza la Tosca al tirarse desde la azotea del castillo de Santangelo... Instantes después aparece la señora Eulogia con una carta en la mano; la mirada bizca y la cabellera revuelta. Lo dicho: igualita que la Tosca. Hay gritos, llantos, interjecciones, patadas en el suelo, mechones de cabello que vuelan por el aire arrancados por las manos nervudas. Acuden todas las comadres del conventillo. El escándalo es mayúsculo: ¡el despiporren! ¡la apoteosis! ¡la apocalipsis!...)

UNA COMADRE (*con un crío en brazos*).—*¿Qué le pasa a Ulogia?*

OTRA (*terminando de pelar una cebolla*).—*¡Pobre! ¡De seguro que algún otro disgusto que le ha dao su hija!... ¡Mírenla... pobre señora!... ¡Parte el alma!... (Lágrimas sin que se sepa si por efecto de la cebolla o por solidaridad con la que sufre).*

OTRA MÁS.—*Yo ya me había olido esto. La historia'e siempre... De aquí unos meses güelven ella y él... y el hijito... Doña Ulogia perdona...*

¡Y fueron felices,
comieron perdices
y a mí no me dieron
por que no quisieron!

(A todo esto, la desconsolada madre no ha podido hablar, limitándose a ensayar, frente a sus vecinas, los gestos más estrafalarios de su repertorio para traducir su dolor.)

MARÍA.—*Pero, ¿qué ha pasao, Ulogia?*

EULOGIA.—*¡Que se ha fugado Josefina!...*

UNA.—*¡Oh!*

OTRA.—*¡Ah!...*

OTRA MÁS.—*Ya lo sé: ¡con él de la carnicería!...*

MARÍA.—*¡Si es como para hacerse vegetariana!*

UNA (*mordiendo las palabras al pronunciarlas*).—*¡Bah! ¡La cabra tira al monte!...*

OTRA. (*Aparte a la del chico en brazos*).—*¡Psché! Ahora tanto aspamento, es ella quien tiene la culpa; ¿para qué le dejó rienda suelta?*

(En la mirada de todas las comadres, de todas sin excepción, hay un fulgor de alegría. Todas ellas tienen sobre sí la amargura de una vida miserable: la que más y la que menos tiene su tragedia íntima. Por eso gozan con el dolor ajeno... Eulogia ha estrujado entre sus manazas la esquela de su hija. Hasta este momento sólo ha leído el primero de los tres renglones de que consta y que dice: "Mama: vuelo detrás de mi ideal". Como se ve, la chica es lectora asidua de "La Novela Semanal"... Haciendo de tripas corazón, la obesa inconsolable sigue leyendo):

EULOGIA (*lee*).—*"El hijo del dotor de la otra cuadra me quiere. Me voy con él en su automóvil. Adiós, mama. Perdón. Josefina".*

MARÍA.—*¡Cómo! ¿Con el hijo del dotor?...*

UNA.—*¿Entonces no era con el carnicero?*

OTRA (*aparte*).—*¡Qué muchacha suertuda!...*

(Ahora todas las comadres se miran entre sí con el asombro pintado en los semblantes pálidos y enjutos de mujeres famélicas. La envidia pone un rayito en cada mirada.)

EULOGIA (*loca de alegría*).—*¿Pero han oído?... Se fué con el hijo del dotor... ¡y en automóvil!*

MARÍA.—*¿Entonces lo del flaco de la carnicería?...*

EULOGIA (*con aire de reina ofendida*).—*¡Psche! ¡Calumnias de la gente! ¡Ya decía yo que mi Josefina no podía hacerme eso!... ¡Yo la había educao para niña bien!...*

Una visita al Museo de Historia Natural de La Plata

Por José LIEBERMANN

Llegamos—

Ahí está, frente a nosotros, el gran edificio del Museo de La Plata, donde la vida de siglos pasados, de milenios que ya se fueron, duerme su sueño eterno. El frío Museo, que en sus vitrinas encierra el secreto de la vida pasada, íntimamente ligado al secreto de la muerte.

En la puerta, dos enormes tigres de la Pampa, con grandes colmillos... moldeados en metal. Por suerte ya no existen más. Eran bestias feroces que bien podían matar un buey con un manotazo. ¡Qué silencioso está el Museo! Damos un último vistazo al sol, a los árboles verdes y entramos. Reina una suave penumbra. Poco a poco nuestros ojos se acostumbran a la luz difusa.

El Museo es un enorme edificio circular, de dos pisos. En el piso bajo hay colecciones de Paleontología, Zoología y Mineralogía.

En el primer piso, Arqueología. Para observarlo todo se necesita una semana. Nos hemos olvidado de los sótanos, donde están los laboratorios, todos con ventanas hacia la luz.

Vamos caminando, esperando encontrar a alguien que nos hable del Museo, de su historia, de su acción, de su participación en el estudio y en las exploraciones del país.

Para los profanos en Historia Natural hay cosas que maravillan. Hay problemas científicos que uno solo basta para llenar una vida y hacerla interesante. Hay fenómenos que dejan boquiabierto a más de un novicio en Biología.

No queremos ahora entrar en la descripción de los fenómenos, ni hablarle al lector de Cunier, de Lamarck, de Saint Hilarie, de Buffon, de Darwin, Huxley, Le Dantec, Ameghino, Holmberg, Bruch y de sus inmensos trabajos para la ciencia.

No queremos tampoco contarle las maravillas que duermen en aquellos salones helados, donde reina la muerte y donde yacen petrificados miles de seres que en otros tiempos corrían por las estepas y la pampas... Algún día le hablaremos del *pterodáctido*, del *stegosaurio*, del *iguanodonte*, del *arquegosaurio* y del raro *sivatherio*; le diremos algo de las extrañas moles del *gliptodonte*, del *mastodonte*, del *dinoterio*, y de los *brontosaurios*; le hablaremos del *mammut*, con quien luchó en los bosques el *hombre primitivo*, peludo y provisto de cola; presentaremos ante sus ojos los raros animales, combinación de actual peces, reptiles y aves, como el *icliosaurio*, y el *plesiosaurio*, que existieron sobre la tierra hace millones de años y le mostraremos una fauna milagrosa que hace milenios ha desaparecido de la tierra, para dejar su lugar a otra, que a su vez, fatalmente seguirá el mismo camino.

Largo rato vagamos entre los enormes esqueletos. En nuestra mente evocamos los paisajes de la vida pasada... y volvemos a mirar al *Dinoceras*, al *megaterio*, y al *dinoterio*, que tiene un solo colmillo en la mandíbula inferior; volvemos a abrir la boca ante la gigantesca cabeza del *tiranosaurio*, que tiene más de dos metros de ancho; y al pasar cerca del *brontosaurio* nos sentimos estremecidos al recordar que se cree en la actual existencia del terrible animal, que los africanos aseguran haber visto en los cañaverales de la Rhodesia... y salimos huyendo de aquella tumba helada, en busca de luz y de sol.

La función del Museo—

Es actualmente director del Museo el doctor Luis María Torres, quien desde su nombramiento para el alto cargo se ha preocupado intensamente en hacer del Museo lo que pensaron que sería sus fundadores. Así es que desde 1920, año en que fuera designado para el puesto, el Museo ha sufrido una serie de transformaciones que le permiten llenar, en parte por ahora, su función, estando encaminado en rumbo definido que harán de él un factor trascendental para el conocimiento de nuestro país.

No nos referiremos aquí a las reformas habidas en el Museo, después de su reparación general y sólo diremos que se sigue un plan metódico que permitirá aprovechar en la mejor forma el espacio, ordenando y enriqueciendo siempre las preciosas colecciones.

La Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas ha realizado ahí una labor encomiable, lo que permitirá la colocación cómoda de los fósiles que se van descubriendo en diversas regiones del país. Para dar idea de lo que significó la reparación, diremos que se han refaccionado 136 locales. Todo está ahora en buen estado: las salas de paleontología, de geología, de geomorfología, de zoología, los laboratorios... Hay campo para trabajar. Hay un nuevo departamento de Botánica; amplias bibliotecas; salitas para laboratorios... y hay, y es lo que más interesa, entusiasmo científico en los que ahí trabajan; anhelo de investigar y estudiar los grandes problemas científicos argentinos... que fué el ideal del doctor Joaquín V. González al crear la Universidad de La Plata.

La función esencial del Museo debía ser el estudio y la exploración de territorio argentino, bajo todos sus aspectos, pero también de enseñanza, con la finalidad de preparar estudiosos que pudieran desenvolver la gigantesca obra. De ahí que el Museo tiene también carácter de Facultad de Ciencias Naturales y expide diplomas de doctor en ciencias naturales, en diversas especialidades, como zoología, botánica, mineralogía, antropología, etc.

El fundador del Museo, doctor Francisco P. Moreno le había trazado ya este plan. No hemos de acentuar más la importancia que para un país tiene el conocimiento de su fauna, flora y gea. Aunque ya se ha hecho mucho, hay todavía una gigantesca labor para realizar. Nuestro vastísimo territorio aún encierra grandes secretos que la ciencia debe descifrar.

Es también interesante la organización del Museo, que trataremos de resumir lo más brevemente posible.

Funciona bajo la dirección de un director y un consejo académico; hay jefes de departamentos, encargados de sección, jefes de trabajos, ayudantes y adscritos.

Tiene los siguientes departamentos de investigaciones científicas: Antropología, Arqueología y Etnografía, Botánica, Zoología, Geología y Geografía física, Petrografía y Mineralogía, Paleontología (Invertebrados), Paleontología (Vertebrados) y Biología.

En cada uno de estos departamentos trabajan conocidos hombres de ciencia, cuyo solo nombre es una honra para el país.

Organización y trabajos del Museo

Podía sintetizar en una frase la obra que va llevando a cabo el Museo, diremos que es una *institución progresiva:* se hacen exploraciones en el territorio argentino y países colindantes; y se estudian los fenómenos de la naturaleza y de su población prehistóricas y protohistóricas; todo con un método y un plan que permiten un continuo progreso. Sus exploraciones se han ido desarrollando en el siguiente orden: antropológicas, arqueológicas, paleontológicas, mineralógicas, petrográficas, geológicas, zoológicas y botánicas. También se hacen investigaciones lingüísticas e históricas.

Mucha importancia tienen las publicaciones periódicas que se hacen en el Museo: Los "Anales", la "Revista", los catálogos científicos y la "Guía General", en preparación esta última.

Se han hecho y se hacen muchos viajes de estudio, siempre con magníficos resultados para la ciencia. Sentimos no poder hacer, aunque fuera una breve historia de ellos, porque el lugar no lo permite.

En cuanto a la organización interior del Museo, hay también datos interesantes. Así, por ejemplo, el doctor Roth ha controlado 36.976 piezas fósiles, en la parte de Vertebrados, sección Paleontología.

El departamento de Antropología ha incorporado una serie de objetos de gran valor científico.

La Biblioteca se ha enriquecido. Ejemplo: Se adquirió, entre otras muchas obras, la "Paleontographica", con 74 volúmenes, en 3.000 pesos. La "Flora brasiliensis" de Martins ha costado 1.600 pesos.

Las colecciones, en el departamento de Arqueología, llegan a 46.750 ejemplares originales y 380 calcos.

En el departamento de Botánico hay 22.109 ejemplares de plantas.

El inventario del departamento de Zoología tienen en exposición 14.762 ejemplares y 177.791 en depósito.

En Paleontología hay 74.710 ejemplares.

Dirigen los departamentos distintos los siguiente naturalistas:

De Antropología, doctor Roberto Lehman-Nitsche.

De Arqueología, doctor Luis María Torres.

De Botánica, doctor Augusto C. Scala.

De Zoología, doctor Miguel Fernández.

De Mineralogía y Geología, doctor Walter Schiller.

De Paleontología, doctor Santiago Roth.

Para dar una idea del Museo y de su labor; de lo que será para las futuras ciencias naturales argentinas, habría que escribir un libro, porque en un artículo como éste nada se alcanza a decir; lo único que nos satisface y nos obligó a escribirlo es la esperanza de que los lectores de FRAY MOCHO —aquellos que no conocen todavía el Museo—sentirán despertarse su curiosidad hacia lo que encierra y le harán una visita. Les aseguramos que saldrán con un poco de filosofía más de la que llevaban al entrar. Y esta conviene siempre.

EL BROMISTA

Por Mauricio DEKOBRA

Al franquear la puerta del parque recordé la carta de invitación que había recibido del marqués de Rayfor.

"Mi querido amigo: Nos aburrimos mucho en el castillo. Venga a distraernos un poco. Contamos con usted". Y había salido de París con la idea de distraer al marqués y a sus invitados, para que mi reputación de hombre ingenioso no padeciese.

La marquesa de Rayfor me recibió muy cortésmente y me presentó a sus huéspedes: los condes de Saint-Esprit, el obeso industrial Lapougade y su esposa, miss Betsy Muchmou, y el vizconde de Bassadan. Todos ellos me parecieron lúgubres. El conde de Saint-Esprit era tan solemne como gazmoña su mujer; Lapougade, el conocido fabricante de fideos, creía que el Pireneo era un hombre, y la Sierra Nevada, una bailarina española; miss Betsy apenas entendía el francés, y sólo estaba pendiente de las tonterías del vizconde; y éste tenía menos sentido que el lacayo del marqués y más pretensiones que los pavos reales del parque.

Durane la comida la marquesa me colmó de atenciones, mientras el marqués no dejaba de alabar mi imaginación burlona.

—Verán ustedes—decía — cómo nos morimos de risa con él. No nos aburriremos, no. ¿Conocen ustedes su último libro, "Los aromas del amor"?

Yo protestaba, confundido. Sabía, por experiencia, que todo hombre del que se dice que es muy divertido desilusiona a los que le escuchan. Estas gentes esperaban de mí chistes enormes, sorpresas a granel.

A los postres empecé a contar anécdotas, y fuera de la marquesa, que sonreía levemente por educación, los demás permanecían impasibles. Agoté en vano todo mi repertorio.

—Está cansado del viaje—decía el marqués.—Mañana estará en su centro.

Y me condujo a la cama como se lleva a un niño de cinco años.

Al día siguiente hice cuanto pude por alegrar a mis amigos. Empecé leyendo en voz alta la prensa de la mañana. Ya conocéis el truco. Declamar muy gravemente párrafos fantásticos. Abrí uno de los diarios y leí:

—¡Caramba! ¡Un drama en el castillo de la Huche Fraisette? "Se ha descubierto en las aguas del estanque el cadáver de un pez rojo. El jardinero del marqués de Rayfor, imbuído por las teorías socialistas, ha debido de ser el autor de este crimen político."

No tuve el menor éxito. Comprendí que a mis amigos no les gustaban las bromas con el bolchevismo, y busqué otra cosa. Pensé que aquellos tradicionalistas debían preferir las viejas bromas, y saqué a relucir retruécanos del siglo XVIII, historias de Rivarol, palabras de Voltaire. Tampoco fuí más afortunado. Pasaban los días, transcurrían las noches y los invitados no reían nunca. Al quinto día el marqués de Rayfor, cogiéndome por un brazo y con gran interés, me preguntó:

—¿Su salud es buena?

—Excelente — contesté yo sorprendido.

—¿No padece usted del estómago?

—No. ¿Por qué?

—Sabe usted que cuando el estómago no marcha bien, nada anda bien. Y usted me parece un poco triste desde hace varios días.

—¿Triste yo?...

—Sí. No reconocemos al brillante humorista, al autor de aquellas "Memorias de un molinillo de café", que me han hecho reír hasta llorar... Y eso me inquieta... Dígame: ¿desea usted un régimen especial? ¿No le servimos, acaso, bastantes legumbres? ¿Necesita usted huevos pasados por agua todas las mañanas? ¿Le gustaría a usted que mi criado le diera masaje todas las noches?

Había llegado al punto de que aquellas gentes no creían en mi reputación de hombre de ingenio, y desesperanzados de que les hiciese reír, se les ocurría la idea de cuidarme, como a un caballo que salta mal los obstáculos.

Agotados ya todos los recursos, releí el tratado de Bergson. Lo intenté todo: sainete bufos, charadas, burlas... Puse una docena de polluelos en el piano de cola, encerré un ánade vivo en la bodega de los licores, abordé el género picaresco, y me disfracé de guardia campestre, y fingí la sorpresa de un "flagrante delito" detrás de un almiar de heno imaginario. Todo en vano. Los huéspedes del marqués no se reían. Había perdido toda esperanza cuando una mañana un rayo de luz iluminó mi cerebro. El cartero, que llamaba a la verja, trajo a mi memoria una antigua verdad psicológica, a saber: que nada divierte tanto a nuestros amigos como el infortunio de sus semejantes.

Acto seguido tomé una postal, y desfigurando la letra me dirigí a mí mismo estas líneas anónimas:

"¡Pobre amigo! Te figuras que tu mujer está en Vichy, mientras que ella te engaña con tu agente de Bolsa.— Un amigo sincero."

Yo sabía que los criados colocaban nuestras cartas sobre el velador del vestíbulo, adonde los huéspedes del castillo venían a buscarlas. Al día siguiente, por la mañana, a la hora del correo, puse bien a la vista la carta anónima y desaparecí en el parque. Estaba seguro de que todos leerían la postal.

Suena la campana para almorzar y veo que no me había engañado. El conde de Saint-Esprit sonreía mefistofélicamente con el monóculo entre los dedos. La señora Lapougade se mordía los labios para no soltar la carcajada.

—¿Ha recogido usted su correspondencia?—preguntó mi huésped esforzándose por mantenerse serio.

—¿Hay algo para mí?—respondí ingenuamente.

—Creo que sí... Me parece haber visto su nombre.

Salí y me dirigí hacia el vestíbulo. En seguida me coloqué detrás de la puerta y escuché. Y oí la más espontánea, la más franca carcajada que resonó jamás entre los muros y artesonados del castillo de la Huce Fraisette.

Al oirla volví a entrar triunfante en el comedor y grité:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Esta vez sí se han reído ustedes!

Por cortesía trataron todos de poner sordina a su regocijo.

Pero la marquesa se inclinó a mi oído, y para consolarme me confesó en voz baja:

—Lo sabíamos desde hace tiempo, amigo mío.



Sonata del amor fiel

—Mariposa, Mariposa,
la de la veste azulosa
que alígera y caprichosa
violó el tazón de la rosa
donde, vencida, reposa
la majestad de mi fe;
si aún perdura la ofrenda
—que floreció en nuestra cita
y aun, sobre la leyenda
por nuestra infortuna escrita,
no está la rosa marchita
ni ha obscurecido en la senda,
¿por qué no vuelves, por qué?

Tu angelical figulina
coqueta, radiante y fina,
cuya beldad venusina
cuando en mi ensoñar culmina
las inquietudes domina
de mi exhausta idealidad,
es la concepción más pura
que en mis congojas descuella,
¡la estrella que en mi tortura
se ufana al saber que ante ella
no opone el cielo una estrella
que la iguale en claridad!

Pesas con la ley tirana
de tu gracia soberana
sobre mi angustia profana,
como la esperanza vana
que en una ilusión temprana
fincó sostén y calor...
Y así en el obscuro tramo
donde, en tu ausencia, suspiro,
deshojo el lírico ramo
con que en mis sueños deliro,
en una espiral te miro
y en un suspiro te llamo:
¿por qué no vuelves, Amor?

...Y desde el faro prístino
que da al espejo marino
su resplandor marfilino,
cuando el bajel peregrino
sin brújula y sin destino
se hace a la mar, como ayer,
lleva el aura bulliciosa
que hincha el velamen gallardo,
le letanía del bardo
como una saeta rosa:
—Mariposa, Mariposa
palma imposible que aguardo,
¿por qué no vuelves, por qué?

Miguel de ARZUBIAGA.

UNA "INTERVIEW"

Por Mark TWAIN

El joven, un joven nervioso, avispado, desenvuelto, tomó la silla que le ofrecí, y dijo que formaba parte de la redacción de "El Trueno Cotidiano". Y agregó:

—Espero que mi visita no le será molesta. He venido a "interviewar" a usted.

—¿A qué, dice usted?

—A "interviewar" a usted.

—¡Ah! muy bien. Perfectamente. ¡Jum!... Muy bien...

No me sentía con mucha lucidez esa mañana. A la verdad, me parecía tener las facultades un tanto embotadas. Sin embargo, pasé a la biblioteca, para consultar mis libros al respecto. Después de haber estado buscando allí la cosa inútilmente durante seis o siete minutos, me vi obligado a recurrir al joven mismo.

—¿Cómo la deletrea usted?

—¿Qué cosa?

—"Interviewar".

—¡Santo Dios! ¿para qué demonios necesita usted deletrearla?

—No tengo ninguna necesidad de deletrearla, pero me hace falta saber lo que significa.

—¡Caramba! me sorprende usted, lo confieso. No me es difícil decirle el sentido de esa palabra. Si...

—¡Oh! ¡magnífico! Eso es todo lo que necesito. Le estoy realmente muy agradecido.

—I, ene: in; te, é, ere: ter; inter...

—¡Hola, hola!... ¿empieza con I?

—Naturalmente.

—¡Con razón no he podido encontrarla!

—Pero, querido señor, ¿por qué letra creía usted que empezaba?

—A fe mía, que no sé absolutamente. Mi diccionario es bastante completo. Estuve hojeando las páginas de grabados del final, para ver si podía descubrir ese objeto entre las figuras. Pero es una edición muy vieja.

—Mi querido señor, no encontrará usted ninguna figura que represente una "interview", ni aun en la última edición... Por Dios, le pido disculpa... no abrigo la más mínima intención de ofenderlo... pero no me parece que sea usted tan inteligente como me había imaginado... Le juro que no quiero chocarle con esto.

—¡Oh! eso no tiene importancia. Ya lo he oído decir muchas veces, y a personas que no querían adularme, y que no tenían ningún motivo para hacerlo. Pues soy notabilísimo desde ese punto de vista. Puedo asegurárselo. Todo el mundo habla de la cosa, maravillado.

—Lo creo sin dificultad. Pero volvamos a la cuestión. Sabrá usted que ahora está de moda el "interviewar" a las personas conocidas.

—¿De veras? Es usted el primero que me lo dice. Eso debe ser en extremo interesante. ¿Y con qué lo hacen ustedes?

—¡Por Dios, que es usted perturbador! En ciertos casos, con un rebenque, es con lo que habría que "interviewar". Pero, por lo general, el "interviewador" hace preguntas, y el "interviewado" responde a ellas. Es una costumbre que está muy en boga. ¿Quiere usted permitirme que le dirija ciertas preguntas, calculadas para poner en claro los puntos salientes de su vida pública y privada?

—¡Oh, con mucho gusto, con mucho gusto! Mi memoria es muy mala, pero espero que usted no dará importancia a eso. Es decir, tengo una memoria irregular, curiosamente irregular. Hay ocasiones en que sale al galope; otras veces se queda durante toda una quincena en un mismo sitio. Para mí, esto es un gran fastidio.

—No importa, usted hará todo lo que pueda.

—Convenido. Voy a consagrarme a ello en cuerpo y alma.

—Gracias. ¿Está usted pronto? Empiezo.

—Estoy pronto.

—¿Qué edad tiene usted?

—Diez y nueve años, en junio.

—¡Cómo! Yo le habría dado treinta y cinco o treinta y seis. ¿Dónde ha nacido?

—En el Missouri.

—¿En qué época comenzó a escribir?

—En 1836.

—¿Cómo puede ser eso, si no tiene más que diez y nueve años?

—No sé absolutamente. Parece raro, en efecto.

—Muy raro. ¿Qué hombre considera usted como el más notable de todos los que ha conocido?

—Aarón Burr.

—¡Pero usted no ha podido conocer a Aarón Burr, desde que no tiene más que diez y nueve años!

—¡Está bueno! Y si sabe usted mejor que yo mis cosas ¿por qué me las pregunta?

—¡Oh! no he hecho más que una simple observación. Nada más. ¿En qué circunstancias conoció usted a Aarón Burr?

—Vea usted. Un día que, por casualidad, asistía yo a su entierro, me rogó que no hiciéramos tanto ruido, y...

—El lunes, 31 de octubre de 1693.

—¡Pero si eso es imposible! Entonces tendría usted más de 200 años. ¿Cómo explica eso?

—Yo no lo explico de ninguna manera.

—Pero usted me decía hace un momento que no tenía más que diez y nueve años, y ahora resulta que tiene más de doscientos. Es una contradicción flagrante.

—¡Es cierto! ¿Ha reparado usted en ello?—y me levanté para estrecharle la mano.—Efectivamente, muchas veces me ha parecido a mí también que eso era algo así como una contradicción. Por cierto, que no he podido nunca resolverla. ¡Qué pronto nota usted las cosas!

—Gracias por la lisonja, sea cual fuere. ¿Ha tenido usted, o tiene, hermanos y hermanas?

—Eh... yo... yo... yo creo que sí, pero no me acuerdo.

—¡Esta sí que es la declaración más extraordinaria que se me haya hecho nunca!

EN EL "CLUB COLEGIALES"



—No, marqués: yo no envejezco. Mi corazón está siempre joven.
—Sí; pero como ése no se ve...

—Pero... ¡bendito sea Dios!... si usted asistía al entierro, era porque el hombre había muerto. Y, si estaba muerto, ¿qué le importaba que ustedes hicieran o no ruido?

—No puedo explicárselo. El fué siempre un poco maniático, por lo que se refiere a esas cosas.

—¡Vaya! no comprendo nada. Dice usted que él le habló, y que estaba muerto.

—Yo no he dicho nunca que estuviera muerto.

—En resumidas cuentas, ¿estaba muerto o vivo?

—A la verdad, unos dicen que estaba muerto, y otros que estaba vivo.

—Pero usted, ¿qué opina al respecto?

—¡Bah! Eso no me importa nada. Como que no era a mí a quien enterraban.

—Sin embargo... Bueno; ya veo que nunca saldremos de esto. Permítame que le dirija preguntas. ¿Cuál es la fecha de su nacimiento?

—¿Por qué? ¿Por qué piensa usted eso?

—¿Y cómo podría pensar de otro modo? Vamos a ver. Mire usted allá. Ese retrato contra la pared, ¿quién es? ¿No es alguno de sus hermanos?

—¡Ah, sí, sí, sí! Ahora me ha hecho usted acordar. Ese era un hermano mío. William; Bill, como le decíamos nosotros. ¡Pobrecito Bill!

—¡Cómo! ¿ha muerto entonces?

—Seguramente. Por lo menos, lo supongo. Nunca se ha podido saber nada. Hay un gran misterio en eso.

—Es triste, muy triste. Ha desaparecido ¿no es verdad?

—Sí; de cierto modo, hablando en general. Lo enterramos.

—¡Enterrado! ¡Lo enterraron, sin saber si estaba muerto o vivo!

—¿Quién demonios le ha dicho a usted eso? Estaba perfectamente muerto.

—¡Caramba! Confieso que no entiendo ya jota. Si lo enterraron, si sabían que estaba muerto...

—No, no; creíamos solamente que estaba muerto.

—¡Ah! ahora entiendo. Y volvió a la vida.

—Podría apostarle a que no.

—¡Santo Dios! ¡en mi vida he oído una cosa semejante! Muere uno. Lo entierran. ¿Qué misterio hay en eso?

—Precisamente, ahí está el misterio. Eso mismo es lo que resulta extraño. Ha de saber usted que nosotros éramos mellizos, el finado y yo. Y un día, cuando no teníamos más que dos semanas, nos mezclaron en el baño y uno de nosotros se ahogó. Pero nunca hemos podido saber cuál. Unos creen que fué Bill. Otros dicen que fuí yo.

—¡Es muy curioso! ¿Y cuál es su opinión personal?

—¡Dios sabe! Daría todo lo que tengo en el mundo por poder formarla. Este solemne y terrible misterio ha envuelto en sombras toda mi vida. Pero voy a comunicar a usted un secreto que no he confiado nunca a nadie hasta el día de hoy. Uno de nosotros tenía una señal, un lunar, muy visible, en el dorso de la mano izquierda. Ese era yo. "El que está allí es el que se ahogó".

—A la verdad, no veo entonces que haya en eso ningún misterio.

—¿No lo ve usted? Yo, sí, lo veo. Pero ¡silencio!... No vaya a hablar nunca de esto delante de la familia. Dios sabe que mis parientes tienen bastantes preocupaciones que los apenen, sin necesidad de esta más.

—Muy bien. Me parece que tengo ya suficientes informaciones por ahora, y le agradezco mucho el trabajo que se ha tomado. Pero me ha interesado muchísimo el relato que me ha hecho del entierro de Aarón Burr. ¿Quiere usted contarme qué circunstancia, en particular, lo ha hecho considerar a Aarón Burr como un hombre tan notable?

—¡Oh! un detalle insignificante. Entre cincuenta personas no habrá habido tal vez una que haya reparado en él. Cuando el oficio fúnebre hubo terminado, y el cortejo se preparaba para dirigirse al cementerio, y el cadáver estaba cómodamente instalado en el ataúd, Aarón Burr dijo que no le disgustaría echar una última ojeada al paisaje. Se levantó, entonces, y fué a sentarse en el pescante, al lado del cochero.

Al oír esto, el joven me saludó y se fué. Su compañía me había encantado extraordinariamente, de modo que me contrarió el ver que se marchaba.



Un duelo a muerte sensacional

Lucha entre un gorila y una serpiente pitón

El año 1895—dice el capitán Bills, autor del relato—yo era secretario del señor M. A. de J, a quien acompañé en un viaje que hizo por las regiones del interior del Brasil.

El 24 de junio, después de treinta días de marcha nuestra caravana llegó a las regiones del Alto Paraná y se tomaron las necesarias precauciones para pasar la noche en la orilla del río.

Después de la comida yo tenía por costumbre hacer servir el café en la tienda de campaña, donde todas las noches trabajaba en compañía de mi viejo camarada Bismark, un soberbio gorila que el señor de J... había traído del Sudán.

Bismark era un admirable ejemplar de esa raza de grandes monos del Africa central. Durante las marchas precedía siempre a cierta distancia al grupo de los primeros cargadores, exploraba el camino, observaba la maleza y derribaba los pequeños arbustos con su terrible maza que jamás abandonaba.

Un viejo sargento que nos acompañaba le había enseñado el manejo de la carabina y se había hecho un temible tirador.

A nuestro paso por Matto Grosso, los indios Mbororos dieron una gran fiesta en su honor, y Bismark, vestido con una túnica roja adornada con galones dorados y constelada de condecoraciones, maravilló a los indígenas por su agilidad prodigiosa y su habilidad para maniobrar.

Aquella noche me encontraba yo en mi tienda desde hacía más de una hora, cuando, de repente, Bismark dió un grito que me sobresaltó. Lo miré y parecía asustado.

Seguí la dirección de su mirada y cual no sería mi sorpresa al ver casi sobre mi cabeza dos ojos brillantes y la boca abierta de una enorme serpiente.

La bujía que me alumbraba no me permitía ver bien al desagradable visitante: sin embargo me di cuenta de que tenía ante mí a una serpiente de las más grandes, porque su cuello era tan grueso como la pantorrilla de un hombre.

Yo veía el techo de mi tienda vencerse bajo el peso del monstruo, al mismo tiempo que su cabeza se balanceaba lentamente como si no se resolviese a lanzarse.

Lo que más me sorprendía de aquella desagradable aparición era ver a la serpiente introducirse en mi tienda por el techo.

No podía explicarme aquello más que suponiendo que el reptil se encontraba en posición vertical. Una abertura en lo alto de la tienda de campaña le había dejado ver un rayo de luz y se lanzó por allí sobre mí.

Entretanto yo me había levantado no atreviéndome a huir por miedo a provocar una persecución que no sabía si me sería beneficiosa. Bismark había agarrado su palo y gruñía sordamente: rechinaba los dientes, hacía crujir los huesos de sus manos y parecía presa de una gran cólera. De repente, saltó hacia la puerta y desapareció de mi vista. La serpiente se dejó caer del techo.

Yo me había precipitado al exterior y no pude por menos de sorprenderme al ver que el reptil perseguía al gorila que se escapaba a todo correr.

En un abrir y cerrar de ojos me eché la carabina sobre el hombro y coloqué dos revólver en el cinturón. Luego partí en persecución de los dos fugitivos, resuelto a realizar todo cuanto fuere necesario por socorrer al pobre Bismark.

Hacía una luna magnífica. Yo veía al gorila correr con toda la ligereza de que era capaz, hacia un grupo de árboles que se distinguían a poca distancia.

Llegó antes que el reptil, se trepó a un árbol nudoso y comenzó a arrancar gruesas ramas. Esa clase de árboles tienen eso de particular; todas sus ramas están unidas al tronco por un nudo que se rompe al menor esfuerzo.

Bismark arrojó al suelo como una docena de aquellos palos y luego se deslizó hasta el pie del árbol.

En aquel momento llegaba la serpiente, pronta a lanzarse sobre el orangután. Bismark lanzó un grito ronco, tomó una de las ramas más gruesas y en el momento en que el reptil se levantaba, le lanzó contra el cuerpo la temible maza.

El pitón se desplomó y se retorció en espantosas contorsiones, su cola lanzaba la tierra a lo lejos y arrancaba de raíz los arbustos.

Sin embargo se levantó de nuevo con la boca abierta en forma amenazadora: el gorila le envió una segunda rama que tumbó al reptil y pareció haberle muerto.

Bismark se lanzó sobre él lanzando gritos salvajes. Pero la serpiente se había valido de una estratagema que le es familiar: había simulado la muerte.

De pronto dió un salto, enlazó al simio y trató de ahogarlo con su cuerpo. Pero Bismark se defendía con una fuerza y un valor sorprendentes. Sus largas manos se hundían en la carne del reptil y la desgarraban; su boca daba terribles dentelladas que causaban heridas profundas.

Viendo al gorila cazado en aquella hábil trampa, yo me acerqué y tomando una gruesa rama la pasé por uno de los arcos que formaba el cuerpo de la serpiente, luego tomando por los extremos aquella palanca la di vuelta en forma de retorcer al monstruo, que no pudo resistir aquel esfuerzo y soltó su presa.

Mi intervención había duplicado el valor de Bismark. Se desprendió bruscamente, empuñó mi carabina y tomándola por el caño asestó con la culata un terrible golpe sobre la cabeza de su enemigo.

Este quiso huir. Perseguido, detenido y cubierto de lodo y sangre quedó con la cabeza aplastada por un certero golpe de maza.

Al ver aquello el simio se entregó a una alegría sin límites. Danzaba, saltaba y lanzaba gruñidos victoriosos: de vez en cuando se miraba las heridas y lamía la sangre que se escapaba por ellas. Condujo él mismo el cuerpo de su enemigo al campamento.

El reptil muerto era una boa de enorme tamaño, pues medía 14 metros de largo.

Al siguiente día los indígenas se la llevaron en una canoa. La carne, a lo que parece—termina el autor del relato—es de gusto bastante agradable y proporciona el reptil a los indígenas una grasa muy apreciada para la preparación de pomadas contra las heridas.



Drama

—Me desperté al oír ruido, y como sospechara que en el patio andaban ladrones, me tiré de la cama, tomé un enorme garrote que hallé a mano, me acerqué con toda cautela a la puerta de la pieza y esperé. De pronto vi que la puerta se abría y asomaba una cabeza patibularia... Temblando de coraje, levanté en alto el terrible garrote... éste cayó... Hubo gritos, pataleos, aullidos, maldiciones... ¡qué sé yo!

—¡Qué cosa bárbara!... ¿Y a cuántos mató?

—El garrote cayó porque se me escapó de las manos, y me dió en un callo... Los gritos, los aullidos y las maldiciones los dije yo... ¡Estaba con un dolor bárbaro!... Y el ladrón se escapó asustado.

Una pintoresca y cinematográfica causa en Los Angeles

Charlie Chaplín resulta vencedor en un inesperado "Juicio de Dios"

Charlie Chaplin, conocido universalmente por "Charlot", persigue en la actualidad, ante los Tribunales de Los Angeles, a otro actor cinematográfico llamado Carlos Amador y a quien acusa de que le copia en todo su trabajo.

En el transcurso de su declaración "Charlot" recordó que su imitador había impresionado películas de los mismos asuntos y con iguales detalles y trucos que los del genial artista.

Dijo también que Amador utilizaba el conocido efecto cómico de resbalar sobre un pie, lo mismo que él hace, y asegura que ello es una inspiración que tuvo frente a la pantalla y nadie había hecho antes. "Charlot" hizo saber también a los magistrados que la posición de sus pies la había adoptado por verlo en un comediante amigo suyo, Fred Kitcheu, cuyos pies planos llamaron su atención, hasta el punto de no haber vuelto a andar ante la máquina de los operadores sino de esa forma que ya conoce todo el mundo.

Como uno de los jueces hiciera ciertas preguntas a Chaplin sobre el corte de sus pantalones, el actor reivindicó la patente de invención, y aseguró que nadie antes que él los había llevado, ni parecidos, para colocarse ante la pantalla. Carlos Amador también había adoptado el traje universalmente conocido de "Charlot".

El famoso artista, por último, y para mejor probar sus aseveraciones, hizo que se proyectase ante el Tribunal un "film" impresionado por el falso "Charlot"; pero apenas el operador había comenzado a dar vueltas a la manivela se inflamó la película.

El incidente produjo gran alarma en la sala, donde se habían congregado numerosos curiosos y artistas de cinematógrafo de ambos sexos.

Afortunadamente, el pequeño incendio fué sofocado pocos instantes después y renació la calma.

"Charlot", en un rasgo de humorismo, y dirigiéndose a los jueces exclamó después del incidente:

—Vean los señores del Tribunal si me asiste la razón. Esto ha sido una especie de "Juicio de Dios". La película es tan mala, tan burda la imitación y tales razones me asisten, que hasta la cinta, por propia iniciativa, se destruye...

Una carcajada sonora fué el final del pintoresco juicio.

De Jacinto Benavente

La sociedad humana, es democrática por naturaleza; tiende a la igualdad de continuo, y sólo a duras penas tolera que nada sobresalga de la común medianía; para conseguirlo es preciso una fuerza: poder; talento, hermosura, riqueza; alrededor de ella, atemorizados, más que respetuosos, se revuelven los hombres como fieras mal domadas; pero, al fin, el domador cuida de alimentarlas bien, y el poder ofrece destinos, la riqueza, convites, el talento, sus obras, y las fieras parecen amansadas, hasta que un día falta la fuerza, decae el talento, envejece la hermosura, se derrumba el poder, desaparece el dinero... y aquel día ¡oh! ya se sabe: la comida más sabrosa de las fieras es el domador.

MORITURI

Un cuento de Mauricio LEBLANC



Hacia mediados de septiembre, después de la retirada de los alemanes, pudo volver Genoveva a su castillo, que una semana antes tuvo que abandonar con sus padres, por orden de la autoridad militar.

Una aldeana ya vieja, que les servía de portera, fué a esperarla a la verja del jardín.

La pobre mujer apenas podía hablar de la emoción. Con mano temblorosa señalaba los macizos de flores deshechos y los muros de la casa acribillados a balazos.

—¡Cómo se han batido, señorita Genoveva! ¡Parecían locos! Eran unos cincuenta franceses. Han estado aquí cuatro días. Después los atacaron los alemanes... ¡Ah!... ¡Cuántos muertos han visto mis ojos! ¡Cuánta sangre, Dios mío!... Yo me escondí... Estaba muerta de miedo...

Genoveva se dirigió sola al castillo. El vestíbulo era un caos espantoso: los muebles, tirados por el suelo; éste, cubierto por montones de paja. Las habitaciones todas en el más completo desorden. En el primer piso, los dormitorios aparecían alineados, con las puertas abiertas, presentando el mismo desorden, con las camas deshechas y los colchones amontonados en las ventanas.

Genoveva se detuvo ante la puerta de su cuarto, situado al final del corredor, que era el único cerrado. ¡Qué amargura le esperaría al penetrar en aquellas dos habitaciones invisibles, donde yacían todos sus recuerdos de niña y todos sus recuerdos de adolescente!

Abrió violentamente la puerta y entró.

Su tocador estaba intacto, todo permanecía en orden. En la terraza que daba frente a las ventanas, había acumulados muchos sacos de tierra adosados a la balaustrada de piedra. Fuera, en la campiña familiar a sus ojos, árboles destrozados, las zanjas profundas y trágicas de las trincheras. Pero en el interior de la habitación profunda calma, completa armonía, cada cosa en su sitio: las sillas colocadas como de costumbre; los "bibelots" intactos; los estantes con todos sus libros.

Sólo notó un cambio. Encima de la mesa, bajo su retrato colgado de la pared, había muchas flores, un enorme montón de flores de todas clases que subía hasta el cuadro y le rodeaba casi como una corona. Flores ya marchitas, secas; pero aún de vivos y múltiples colores.

Sonrió la joven a pesar de que sólo unas manos francesas eran capaces de ir a recoger flores a un jardín para colocarlas ante el retrato de una mujer bonita. ¡Manos francesas! No habían abierto siquiera el cajón de su escritorio, ni desatado el lazo de su saquito de costura, ni levantado los pisapapeles que sujetaban sus cartas y revistas; pero le habían dedicado el delicado recuerdo que más pudiera agradarle.

Y al dirigir la mirada hacia la puerta que comunicaba el tocador con su alcoba, vió que ésta tenía una cinta pegada por los extremos a la pared y por el centro a la puerta con varios sellos encarnados.

—¡Ah!—exclamó conmovida. —¡No han entrado en mi alcoba!

Aquel detalle la llenó de emoción. Se dejó caer en una silla, cogió, aprisionándolas contra el pecho, una brazada de flores y las besó con vehemencia.

Pero al levantar las flores vió una carta sobre la mesa. Carta cuyo sobre llevaba escrito su nombre.

"A la señorita Genoveva".

Rompió el sobre y buscó con avidez la firma. "Teniente Davrignat". Era un nombre seguramente del oficial que mandaba la fuerza. Leyó la carta:

"Señorita: Mis soldados estaban tan cansados y el combate ha sido tan duro, que me he tomado la libertad de darles en su casa un poco de descanso y de abrigo, que bien ganado lo tienen. Algunas manchas un poco de barro, no perjudicarán gran cosa la finca, no es verdad?

Estoy seguro de que la niña rubia, como la llaman a usted estos buenos muchachos, nos perdonará.

"¡La niña rubia!" Hace cuatro días que vivimos bajo su mirada, y que por su mirada estamos dispuestos a batirnos bien. Hace poco, al oír el ruido del cañón que se acercaba, he hecho desfilar a mis hombres uno a uno ante el retrato de usted. Todos le dedican estas flores que han cortado en el jardín.

"No se ría usted, encantadora niña rubia. Le aseguro que en aquel momento no hacían nada ridículo mis pobres "peludos", llevando los brazos cargados de flores; y que comprendían perfectamente el significado de aquel acto y el sentido de las palabras que les dirigí. Tienen madres, esposas, novias, hijas y hermanas, y usted era para ellos todo eso. Era usted la belleza, la gracia, el más delicado perfume de nuestro país... ¡La mujer francesa!



—¿No podría usted darme otra localidad?
—¿Es que no ve usted bien?
—Sí, pero tengo a mi sastre en la butaca de al lado.

"Por lo tanto haremos bien en morir defendiendo el techo que a usted cobija, el paisaje que aman sus ojos, el jardín donde paseó, este precioso recinto donde se despertó su alma y donde sus sueños se elevaron.

"¡Si usted supiera, señorita, cuán fácil es batirse y morir por la patria, cuando ésta se manifiesta en el rostro de una mujer joven, de ojos sonrientes y de bucles rubios!

"Esto lo hacen mis soldados, y por eso son capaces de sentir la felicidad del sacrificio. El enemigo no entrará. ¡No pondrá aquí el pie! No romperá la débil cinta tendida ante su puerta y que ninguno de mis hombres se ha atrevido a romper. ¡No entrarán aquí, yo se lo juro a usted!

"¡Ah! Si yo no me he atrevido siquiera a hojear los libros cuyas páginas se hallan tal vez señaladas por su mano allí donde una frase, un pensamiento la haya conmovido, ¿cómo podría consentir que algún oficial enemigo pueda poner la mano en su retrato y llevarse, como botín de guerra, la imagen de la hermosa niña rubia?

"Señorita: Junto al arroyo que baña el jardín hay una praderita sombreada por tres álamos blancos. Allí haremos sepultura los que sucumbamos en esta lucha y en cada una de ellas pondremos una cruz con el nombre del soldado enterrado.

"Eche usted flores sobre ellas, hermosa niña rubia, y vaya usted de vez en cuando a rezar por nosotros.

"La saluda.—Teniente Davrignat."

Junto al arroyo... el jardín...

De toda aquella carta, cuyas líneas le habían llegado al alma, sólo retuvo Genoveva estas palabras:

"La praderita... las tumbas con sus cruces..."

—¡Ah! —exclamó llorando. —¡Flores! ¡Os las prometo a todos! ¡A todos hasta el último día de mi vida!

Bajó corriendo, atravesó el jardín y llegó hasta la pradera sombreada por tres álamos blancos. Allí estaban las tumbas: era un reducido cementerio con algunas modestísimas cruces hechas con troncos de ramas y cada una con un pedazo de papel.

—¡Dios mío! ¿Qué nombres leeré? ¿Cómo se llamaron aquellos hermanos que dieron la vida para que ella pudiera ser feliz? "Juan Dupare"... "Antonio Rigaud"... "Vatinel, sargento"... "Ficurian, cabo"... "Mario Delsol"...

Conforme iba avanzando su angustia crecía y se precisaba. Sin que sus ojos pudiesen leerlo y mientras pedía la paz eterna para cada uno de los fenecidos, iba buscando anhelante un nombre que no quería encontrar.

Y así llegó hasta la última de las cruces. Y el nombre del teniente Davrignat no estaba escrito.

Entonces se arrodilló, llena de abnegación, de agradecimiento, y rezó por los que habían muerto...

Cómo se forja la suerte

Debe saber el joven que, "por regla general, el mejor hombre obtiene el mejor empleo" y que el persistente mérito acaba por vencer.

Hay tan pocas probabilidades de que los ineptos y perezosos logren éxito en la vida, como de que los caracteres de imprenta dejados caer al azar en el suelo compusieran el "Paraíso perdido". La fortuna sonríe a los hombres que no se asustan del trabajo por penoso que sea y tienen nervio y audacia bastantes para dejar de lado menudencias y fruslerías.

***Enséñese a la juventud** que sólo es grande quien heroicamente vence al destino; que la diligencia es madre de la suerte; que, la mayoría de las veces, lo que llamamos fatalidad no es ni más ni menos que el espantajo del apático, del perezoso, del negligente, del abúlico; que, generalmente, el fracaso proviene de haber desperdiciado la ocasión que se escapa, se desliza y escurre de entre las manos de quien no sabe aprovecharla.*

Del santoral de invierno

Isabel Rosa, Rosa de Santa María, Rosa de Lima, patrona de América.

"Rosa son tus mejillas, tus labios rosa, y rosa tus alientos y tu alma rosa."

Recordemos. Evocar lo pasado es leer el más interesante de los libros sin las barreras del tiempo ni del espacio:

A fines del siglo XVI nació en Lima una criatura angelical, hija de padres españoles, no pobres; pero con menos hacienda que santo temor de Dios.

No era esto extraño. El mundo entero estaba absolutamente preocupado con eso, porque así es el mundo, no puede vivir sin preocupaciones de un linaje u otro.

A los paganos sensuales reemplazaron los cristianos ascetas; á éstos, la iglesia y los Santos Padres, los Papas y su poder omnímodo. Nacieron el cilicio, los ayunos, el monosprecio del mundo. Se aprisionó la castidad entre altos muros. Cundió la mortificación corporal como una epidemia, y el que no se marchaba como Antonio a la Tebaida, ansiaba por hacerlo, repitiendo como la mística Teresa:

"Mira que muero por verte,
y vivir sin Ti no puedo;
que muero porque no muero".

Salvar el alma era el único fin, y el medio, sacrificar el cuerpo, destruirlo, macerarlo, atormentarlo hasta el martirio y las alucinaciones del éxtasis.

Cristo había sido reformado por completo, según su propia iglesia. Cristo había predicado el amor de los demás y de la propia existencia; había perdonado y protegido a la adúltera, resucitado a Lázaro, símbolo del pecador redimido por la gracia. Había comido con el leproso, porque era él un hermano, y asistido a unas bodas, porque éstas cumplen la ley de la creación, y convertido el agua en vino, porque la alegría es la bendición de Dios, y acariciado a los niños, que no nacen de la abstinencia; y en fin, Cristo no había hecho de Dios un mito pagano capaz de complacerse en la destrucción de su obra y en el sufrimiento de sus criaturas.

Pero el mundo estaba absolutamente preocupado con la santidad: la escultura no producía sino imágenes tristes, enflaquecidas, cuerpos de mártires sangrando; la pintura, monjes, ascetas, ermitaños, santos, la poesía cantaba el desprecio del mundo, la proximidad del fin universal, las dulzuras de la vida contemplativa, la paz del claustro.

En Lima brotaban los conventos y reinaba el horror de la inquisición, a pesar de que de los 28 artículos creados por el famoso Torquemada, que hizo quemar en Castilla y Aragón 8.000 personas vivas y 3.500 en efigie y contó 90.000 confiscaciones de bienes con apoyo del Rey y del Papa, no se habían puesto en vigencia los más crueles, bajo el blando influjo de las costumbres orientales, ligeras, concupiscentes, que hicieron de la sede del virreinato peruano un país delicioso, mansión del placer y nido de los amores de romance, bajo los misterios del manto y la basquiña.

Nació ese suave capullito del Rimac cuando luchaban por igual el terror y la licencia, desde el ancho palacio del virrey con sus puertas de escape y sus trampas, hasta los barrios bajos de la ciudad o en que vivían muy alegremente los hijos del Congo y la Nigricia, y la abundante pintoresca variedad de tipos desde la apretada sortija, hasta la verdadera, ondeada, cabellera corta y esponjosa, marco de rostros pálidos, obscuros, con ojos admirables y carnudos labios violáceos de una voluptuosidad "sui generis".

Decían los poetas místicos que una rosada claridad se extendió en el diáfano azul, haciendo exclamar a los videntes: "algún arcángel desciende a redimirnos de la dominación del pecado y del enemigo malo".

La tradición y la historia, la leyenda, la fábula, se enlazan admirablemente al referir los rasgos de la vida de esa criatura de Dios, que en la pila bautismal se llamó Isabel, y creciendo en edad, creciendo en belleza y en la frescura de su tez nacarada, llamáronle Rosa y la conocieron por tal y la celebraron además, porque en sus límpidos colores se reflejaba la pureza de su alma y en sus ojos obscuros brillaba la luz de la bienaventuranza.

Hay quien la cree nacida en Porco, jurisdicción de la Villa Imperial del Alto Perú, y aparecida en Lima. En Bolivia píntanla morena, con hermoso tipo de india de pura raza incaica; bella con la belleza de las Ñustas emperatrices, o de las cosas sacerdotisas del Sol e hijas de la Luna. Corónanla de rosas y la elevan sobre nubes formadas con pétalos blancos sonrosados por el sol poniente.

EN EL PRESIDIO DE USHUAIA



El carcelero.—Después de treinta y tres años de estar en presidio se ha descubierto que fué usted víctima de un error judicial. Está usted libre.
El condenado.—¿Y qué voy a hacer a los ochenta años?
El carcelero.—¡Rehacer su vida!

Pero en Lima se enseña la casa donde nació. Subsiste sin variación la estancia estrecha en que se entregaba a la más dura penitencia. Esta estancia sirve de bóveda al tabernáculo del templo construído en su memoria y que se conserva con el nombre de Santa Rosa de los Padres, porque la rodeaba un convento de religiosos destinados al cuidado de sus reliquias.

Allí están todavía, fijos en el muro desconchado, el clavo de donde se colgaba por los cabellos y la silla tosca, de brazos, en que pasaba sus horas de éxtasis contemplativo. La piedad y la fe han burlado la vigilancia, y las astillas arrancadas como reliquia, han hecho hondos surcos en los brazos y en el asiento. En una caja preciosa se guardan restos de ese cuerpo glorioso y prendas de vestir y cabellos hermosos a pesar del tiempo.

Esa caja sale en andas, salía al menos cuando conocimos aquella mágica ciudad, en procesión, llevada en hombros de bellas vírgenes vestidas de blanco, entre filas de criaturas y mozas que inspiran todo, todo menos reverencia y afán de vida ascética y casta continencia.

La imagen de la virgen Isabel la sigue entre mullido piso de flores y nubes de blanco incienso de pebeteros y sahumadores.

La población entera se rejuvenece y regocija; las campanas repican alegría, las músicas halagan con especial timbre el oído, y las muchachas casaderas y las ya casadas, las viudas y las beatas de este y el otro hábito, y los clérigos, los frailes, los magnates y hasta el ejército, siguen haciendo marcha regular a ese séquito en que toma parte todo el mundo, con más cariño que fe, con más fe que ganas de imitar las virtudes, sufrimientos y penitencias de Isabel Rosa de Santa María.

Porque en efecto, el Florilegio Santo y sus biógrafos profanos declaran que Isabel odiaba por ascetismo sus colores de rosa y "frotaba con pimienta sus mejillas hasta correrlas". No podía sufrir que la solicitasen los mancebos apuesto que iban en pos de sus bellísimas prendas reveladas a despecho de su afán de ocultarlas. No quería más que a Dios y sólo pensaba y moría por Dios. Nunca se atrevió el demonio que tentó a Cristo, a tentar la cristalina pureza de Isabel, que nació rosa de Alejandría y murió rosa de Jericó, el 24 de agosto de 1617, a los 31 años de edad. Fué canonizada 60 años después por Clemente X, y la iglesia honra su memoria el 26 y 30 de agosto.

Bórdanse alrededor de esa hermosa creación seráfica mil leyendas. Dícese que un Papa exclamó: "Santa y en Lima, sería preciso que llovieran rosas", y llovió un buen chaparrón de rosas que confirmó con un milagro el mérito de las virtudes.

Y la verdad es que en aquellos tiempos licenciosos, en que la intriga amorosa hacía de Lima el cielo de las mujeres, era verdaderamente maravilloso que una criatura hermosa, y nacida para amar a los humanos, se entregase por entero al amor divino, al sufrimiento y a la penitencia, sin culpas que purgar, ni motivos de arrepentimiento, ni expiación de flaquezas de ningún linaje.

Pero también reinaba la filosofía que enseñaba el desprecio del mundo y la necesidad de la insensibilidad hasta el estoicismo y el nirvana. La religión no miraba la tierra sino para maldecirla, y el clero tenía a sus pies al mundo, con sólo una arma, pero, ¡qué arma! el confesionario, antecámara de la inquisición y capa de plomo que oprimía todas las expansiones generosas.

Han pasado cerca de tres siglos. Rosa recibe aún cariñoso homenaje en los altares. Recibirálo en tanto que la virtud sea estimada en el mundo.

Brocha GORDA.

VIDALITAS

Necesito cura,
vidalita
tengo el alma herida:
dame la guitarra
vidalita
china de mi vida.

Cuando tengo penas
vidalita
me gusta cantar;
yo no sé mi china
vidalita
como tú, llorar.

La guitarra llora
vidalita
lo que estoy penando
y como una hembra
vidalita
me está consolando.

No le tengas celos,
vidalita
china, al instrumento:
tú eres mi deseo
vidalita
y él mi sentimiento.

En horas de pena
vidalita
de dolor y mal
dame una guitarra
vidalita
o dame un puñal.

Y en horas de gozo
vidalita
de fe y de fervor
guarda la guitarra
vidalita
y dame tu amor.

Mayorino FERRARIA.

Madrid, mayo 1925.

Un cuento para niños

El "Hermano Grande" y la "Hermanita Chica"

Por Irik GRUJNE

(Traducido del polaco).

Hace muchos años, en una pequeñísima aldea del país de los esquimales vivía un pescador que tenía esposa y una hija pequeña. Era aquella familia completamente feliz pero un día de invierno, muy frío, muy frío, el pescador se enfermó y se murió. Entonces fué cuando la viuda se dió cuenta de lo serio que se presentaba el problema de la vida porque no tenía un hijo que pudiese trabajar para sostener la casa. Los vecinos no podían prestarle gran ayuda, porque todos los muchachos trabajaban para sus padres. Pensó la viuda en adoptar a un huerfanito, pero en la aldea no los había. Pasaron meses y meses y la viuda estaba cada vez más pobre y desesperada. Un día, estando ella sentada sola en su casa remendando un vestidito de su hija, se presentó ésta trayendo algo en brazos.

—Mirá, mamá,—dijo la nena,—lo que me ha regalado nuestro buen vecino. Lo tendremos en casa y será para mí como un hermanito.

—¡Pero si es un oso!—exclamó la viuda.

Era en verdad un osito, pero cachorro y muy gracioso y simpático. Lo dejaron en el suelo y saltó con tanta alegría que daba ganas de reír.

—¿No era esto lo que necesitábamos?—dijo la nena. — El podrá ser para ti como un hijo y para mí como un hermanito, y cuando sea más grande yo le enseñaré a que trabaje para nosotros.

—¡Pero si a nadie se le ha ocurrido nunca eso de criar un oso en casa!

—¡No importa, seremos los primeros.

La viuda no se resistió al deseo de su hija porque, en realidad, el osito le había sido muy simpático.

El oso creció y creció y enseñado por la niña aprendió infinidad de cosas a tal punto que era verdaderamente útil en la casa. En vista de que todo lo aprendía con tanta facilidad, la niña se propuso enseñarle a hablar, con tal éxito, que al cabo de poco tiempo el oso conversaba como una persona.

Como correspondía a un individuo de su raza, el oso creció hasta hacerse muy grande, tanto que la niña le llamaba "Hermano Grande" y él le llamaba a ella "Hermanita Chica".

Los vecinos sabían todos lo útil que era el oso, pero ignoraban que hablara, pues la viuda tenía esto en secreto de miedo de que, si los esquimales se enteraban, creyeran que se trataba de algún animal endemoniado y quisieran matarle.

Pero como sabían lo útil que era el oso, pidieron que le dejaran que les acompañara cuando salieran a pasear. La pobre mujer, aun cuando le era doloroso separarse de su osito, no tuvo más remedio que acceder, pero antes de que saliera de la casa le dijo:

—Ten cuidado "Hermano Grande" y haz todo lo que te manden. Oye todo lo que digan, pero no pronuncies una sola palabra porque eso sería tu perdición y la nuestra.

Por la noche la viuda y la nena oyeron todo lo que "Hermano Grande" les contó de la expedición de pesca. El oso, valeroso y hábil, había cazado con sus zarpas más focas que todos los demás pescadores. Después de aquel día "Hermano Grande" acompañó a los esquimales siempre que éstos iban a pescar y pescaba mucho más que todos juntos, pero los pescadores, que creían que el oso no sabía contar ni podía llevar la noticia, hicieron que su pesca entrara en el lote común y luego dividían lo pescado por partes iguales. Nunca estuvo tan rica la aldea y la viuda daba gracias a la Providencia que le había proporcionado un ayudante tan eficaz. No le gustó la forma cómo procedían los pescadores, pero no pudo decir nada porque no podía confesar que el oso se lo había contado.

Pasó un año y el oso llegó a su completo desarrollo. Entonces se confirmó un temor que desde hacía algún tiempo tenía la viuda. Estaba una tarde la niña jugando con el oso sobre la nieve, frente a su casa, cuando llegó un vecino a visitar a la viuda y le dijo que los hombres de la aldea habían notado que el oso era ya demasiado grande y que no era prudente tenerlo en libertad porque podía enojarse cualquier día y tener la fantasía de comerse a dos o tres de los vecinos más respetables de la localidad.

En vista de esto, los vecinos habían resuelto que el oso debía ser sacrificado y comido por el vecindario. La viuda no se atrevió a oponerse a ese plan, pero pidió que le concedieran unos días antes de ponerlo en práctica.

Aquella noche, llorando amargamente puso a "Hermano Grande" al tanto de lo que pasaba y le dijo la resolución que habían tomado los aldeanos, celosos de la ayuda que a ella le prestaba el oso, pues no era a otra cosa a lo que obedecía lo resuelto por los esquimales, manifestándole que lo mejor que podía hacer era escapar de la aldea.

Pero el oso era tan valeroso como bueno y no podía conformarse con la idea de escapar sin dejar asegurada la existencia de los seres amados.

—No puedo irme,—decía mirando a la "Hermanita Chica".—Si yo me voy ¿quién se cuidará de ella?

Pero cuando oyó que la niña decía que prefería que se fuera por más que eso era una amargura para ella, a que lo mataran, él pensó que tenía razón y tomando en sus brazos, primero a la niña y después a la mamá, las besó con ternura.

—Aún cuando no vuelva,—dijo entonces,—yo haré de modo de que a ustedes no les falten nunca las focas que necesitan para vivir.

Dicho esto y bajando la cabeza para que no notaran que iba llorando, "Hermano Grande" salió de la casa y desapareció en la obscuridad de la noche.

"Hermano Grande" no volvió nunca más a la aldea. Cuando el tiempo se hizo un poco más benigno, la viuda, que no hacía más que pensar en él, salió de la casa y se dirigió a las colinas de las afueras de la aldea con la esperanza de ver al oso. Después que hubo caminado una larga distancia vió a lo lejos un oso que caminaba hacia ella. Como no podía saber si era o no "Hermano Grande" y podía ser un oso feroz y salvaje, la viuda se escondió detrás de unas rocas, pero cuando el oso estuvo cerca de ella le reconoció: era su hijo adoptivo. El oso llegó hasta donde estaba la mujer, puso ante ella una foca que traía en brazos y se fué.

Desde entonces, cada vez que la viuda iba a las colinas, se presentaba "Hermano Grande" y le daba una foca, de modo que nunca faltó ni alimento ni vestidos en la casa de "Hermanita Chica".

Y así sucedió durante muchos años y la mamá de la niña murió feliz cuando le llegó su hora, pues la chica se había hecho grande sin sufrir privaciones, gracias a "Hermano Grande" y se hallaba casada y tenía un lindo hijo, así que no se vería, en caso de quedarse sin marido, en la situación en que se vió su pobre mamá, que se libró de la miseria gracias al osito que fué su espíritu bueno.



..."tomando en sus brazos, primero a la niña y después a la mamá, los besó con ternura.

La lágrima de Mallarmé

Era uno de esos banquetes de "La Plume", cuya truculenta vanidad he referido en otra parte. No sé ya qué "gran hombre" lo presidía. A lo largo de las mesas se agrupaban legiones de artistas locuaces.

Nos disponíamos a sentarnos y los "queridos maestros" se ubicaban en los sitios de honor. Figuraban entre ellos algunas notoriedades oficiales, un poco pasmadas al encontrarse en tal lugar, y algunos amigos sinceros de la juventud, entre los cuales Stéphane Mallarmé. Sin embargo, quedaban dos asientos vacíos, reservados para dos ausentes. Ya el buen Deschamps daba la señal para que cada uno ocupara su silla, cuando, de golpe, la puerta se abrió con estrépito y dos hombres entraron del brazo, apoyándose el uno en el otro. Eran Paúl Verlaine y Gabriel Vicaire, abominablemente ebrios, que avanzaban hacia la mesa de honor. Nadie se sentaba, esperando que ellos lo hicieran: la escena era cómica y lamentable al mismo tiempo. Esos dos verdaderos, esos exquisitos poetas, apenas podían caminar y servían de risa a toda la banda de petimetres y bohemios reunidos en el festín.

—¡Vamos, mi viejo!—decía Vicaire—. Un poco de coraje. ¡No faltan más que dos pasos!

Y esa chuscada, esa salida ingenua de buen borracho, provocó una hilaridad general. Yo mismo, que estaba junto a D'Esparbés, no pude dejar de reírme con él. Pero de pronto, al dirigir por casualidad la mirada hacia la mesa de honor, contemplé una escena muda que heló mi sonrisa y me conmovió hasta el fondo del corazón. Detrás de las notabilidades oficiales, que se burlaban contemplando la escena humillante, un hombre, un gran poeta, un ser cuya vida fué siempre de admirable belleza, volvía el rostro para ocultar una lágrima: era Stéphane Mallarmé. ¡Oh! ¡El profundo y sublime dolor que descubrí, de súbito, en el alma de ese noble enamorado del ideal, de vida impecable, de obra altiva; en esa alma orgullosa a la que desgarraban las risas de los bárbaros y apiadaba la miseria en que habían caído sus hermanos! Guardaré, por toda mi vida, la elocuente lección de dignidad humana que me ofreció, en aquella hora ruidosa, la lágrima secreta de Stéphane Mallarmé.

Jean CARRERE.

AUSTERLITZ

Por el coronel D'ANDREE

Sobre los gorros de la guardia pasó como un estremecimiento. ¡Ah! casi nada; perceptible, sin embargo, como el friseo de un seto dentro del cual penetrara una bandada de pajaritos.

El emperador acababa de montar a caballo, y la guardia sabía lo que ésto significaba; ella iba a cargar.

Desde por la mañana, la batalla entablada sobre todo el frente, continuaba. La línea francesa hacía sentir su presión mortífera en todas partes, pero en ninguna de un modo decisivo.

Como de costumbre, el emperador se hallaba cerca de la guardia, que se mantenía abrigada; recibía con toda impasibilidad los partes, y se negaba sin piedad a mandar los refuerzos solicitados.

Las insistencias para obtener auxilios, las súplicas transmitidas por los ayudantes, sofocados, y las negativas hechas en tono seco por el emperador habían ocupado toda la mañana.

Hacia las doce, los mozos de cocina desembalaron el necessaire de plata sobredorada, y le sirvieron un pollo frío y una botella de chambertin.

Cuando hubo terminado su almuerzo, hizo una seña.

Roustán trajo a "Eúfrates" y le presentó el estribo; el vencedor de Marengo se puso en silla, saludado por las aclamaciones de la guardia

Ella, como hemos dicho, conocía el gesto; sabía que el dios de las batallas iba, con su golpe de vista infalible, a elegir el punto de ataque contra el cual lanzaría a sus dogos desencadenados.

El emperador pasó delante de la guardia, que pataleaba con sus gorros de osezno en la punta de las bayonetas; pasó poniendo la nota sobria y obscura de su austero uniforme entre los encajes, las plumas y los dolmanes de su séquito.

Detuvo su magnífico caballo árabe sobre un collado, con un ademán tan brusco que el animal, de dolor, se sentó sobre los corvejones. Detrás de él, los fulgores de las recamaduras también se inmovilizaron.

El emperador miró largo rato, obstinadamente, paseando sobre el conjunto sus ojos de lince. Por momentos hacía uso de su anteojo, para registrar algún pequeño rincón del inmenso escenario. Luego, por tres veces, su mano fué a sacar del bolsillo del chaleco una narigada de rapé. Aspiró tres veces seguidas, dispersando el sobrante de rapé a su alrededor.

Los gruñones habían visto con entusiasmo ese otro gesto, que también conocían, y que denotaba en él la más viva satisfacción.

Decidiéndose por fin, dió una orden breve, alzando el dedo, y Bessieres se alejó al galope, para ocupar su puesto al frente de la guardia, la espada desnuda.

A su voz de mando, la guardia, como una muralla de piedra, con su paso de carga lento, majestuoso, el arma al brazo, las cabezas inmóviles, las caras esculturales, indescifrables, la guardia irresistible se puso en marcha.

Una descarga, dos descargas; una brecha, dos brechas; inmediatamente tapadas. Los hombres caían sin una palabra, sin un gemido, si un gesto, para no impresionar a los camaradas. E impasible, sin detenerse una sola vez, la guardia, baluarte vivo, siguió avanzando hacia la victoria.

El otro, como una estatua, miraba desde su observatorio. Un cazador de la guardia, al gran galope, se dirigía hacia ese hombre que con su anteojo escudriñaba el alma de la batalla.

El estafeta, muy pálido, parecía abrumado de fatiga por la carrera, tanto que para trepar la cuesta tuvo que asirse con las dos manos, del arzón de la montura. Al tiempo que pasaba delante del estado mayor del emperador, un oficial de guías le gritó:

—"Está bien que para subir te hayas servido de la quinta rienda, pero me imagino que soltarás el arzón, para presentarte ante su majestad".

El hombre hizo un esfuerzo y se enderezó.

Puso pie en tierra con dificultad y presentó el parte con mucha corrección.

Pero Napoleón, para quien nada pasaba desapercibido, mirándole con aire impasible, dijo:

—¿Cómo es eso? ¡Un cazador de la guardia que se presenta ante su emperador con el uniforme desgarrado! Hay agujeros que no quiero ver.

Y sacándose la cruz, la colocó sobre la rasgadura estrellada del dolmán, que una bala certera había hecho.

Un ayudante, desmontando, fijó con un alfiler la cruz sobre el agujero, mientras que el emperador, después de haber leído el parte, y sin poder reprimir un "¡Ah, ah!" de alegría, decía al ayudante que estaba más cerca:

—Orden a Drouot de que todos los cañones disponibles tiren a bala contra el hielo de los esteros.

—Sire,—dijo el estafeta,—¿no hay contestación?

—No.

—Entonces, sire, os pido permiso para morir.

Y el hombre se derrumbó como una masa.

Iwan se precipitó y arrancó los botones del dolmán. Una gran mancha de sangre apareció sobre el pecho del héroe, cubriéndolo así con una Legión de Honor anticipada.

El cirujano puso la mano sobre el corazón del cazador.

—Ha muerto,—dijo.

—Como un ejemplo,—agregó el emperador.

Y poco después se oyeron grandes aclamaciones, chasques desde todos los ámbitos del campo de batalla convergieron hacia el collado, mientras los tiros de cañón parecían prolongarse en crujidos siniestros, como si los mantos de hielo se rompieran.

Así fué Austerlitz.

Influencia del dolor

Schiller produjo sus más bellas tragedias en medio de sufrimientos físicos que le llevaban casi hasta la tortura. Haendel, advertido de la proximidad de la muerte, por un ataque de parálisis, y luchando contra la miseria y el sufrimiento, se puso a componer las obras soberbias que han inmortalizado su nombre. Mozart concibió sus grandes óperas, y en último lugar su "Requiem", cuando, acribillado de deudas, forcejeaba además contra la enfermedad que debía matarle. Beethoven compuso sus más bellas sinfonías en medio de la sombría pesadumbre que le causaba una sordera casi completa. Y el pobre Schubert terminó su corta pero brillante carrera a la edad de treinta y dos años, no poseyendo por toda propiedad, cuando murió, más que sus manuscritos, la ropa que llevaba y sesenta y tres florines de plata. Algunos de los más bellos escritos de Lamb fueron igualmente producidos en medio de una pesadumbre profunda.

LA SEMANA DE SEVILLA
EN EL TA-BA-RIS



La troupe Ibérica, (conjunto femenino, únicamente), que en las magníficas reuniones del Ta-Ba-Ris, pusieron una nota española de alegría y color.



Señora Angela Rivas y señorita Mezanda, otros de los atractivos de la fiesta.



En pleno. La troupe Ibérica, con todos sus elementos, lista para iniciar el programa de danzas y cantos regionales de España.



Gente de teatro



Mary Greham, segunda tiple y bailarina del teatro de la Comedia.



Inés Murray, del Maipo. En el cuadro "Cantores ambulantes", de la revista en cartel, hace una estupenda creación.



Teresita Kelemen, del mismo teatro.

Colación de grados en la Facultad de Ingeniería



El rector de la Universidad y los ministros de Instrucción Pública y Guerra, doctor Sagarna y general Justo, respectivamente, durante el acto de la entrega de los diplomas y premios a los alumnos egresados en 1923, y de los diplomas a los nuevos profesores honorarios.



Un aspecto del salón de actos de la Facultad de Ingeniería, durante la entrega de los diplomas.

En el Archivo General de la Nación



Con motivo de la reciente jubilación del subtesorero general, don Felipe A. Castilla, tributóse una demostración a dicho señor, en el salón de actos del Archivo General de la Nación, durante la cual se le hizo entrega de un pergamino y se le obsequió con un reloj y cadena de oro. — Los asistentes al servirse el lunch.

SIMPÁTICA INICIATIVA PARLAMENTARIA



El diputado nacional, señor Guillermo Sulivan, que acaba de presentar al Congreso el siguiente proyecto de ley: "En homenaje al pueblo hermano del Paraguay, declárase condonada su deuda procedente de los gastos de la guerra llamada de la Triple Alianza. El Poder Ejecutivo hará la devolución de los símbolos conquistados en la misma por los ejércitos argentinos."

BIBLIOGRAFIA



Señorita Alfonsina Storni, inspirada poetisa argentina, autora del volumen de versos titulado "Ocre", acabado de publicar.



Señor Simón P. Bayona, autor del libro "Prosa campera", con prólogo de Julio Díaz Usandivaras, recientemente aparecido.

ALREDEDOR DEL MUNDO



HENRY FORD, SOÑADOR — El hombre que, posiblemente, posee la fortuna mayor del mundo, sorprendido por la cámara fotográfica, mientras observa, pensativo, el fuego que arde en la chimenea de la cocina de una propiedad que ha adquirido recientemente en Clarenceville, Michigam. El edificio es de una centenaria e histórica posada, en la que se detenía la diligencia que efectuaba los viajes a Detroit.



UNA PESCA MILAGROSA. — Llenando un bote con arenques, pescados en Raynham, Massachusetts durante la época propicia.



Ezra Mecker, de 95 años de edad, que ha ido de Oregón a Wáshington, en un carro arrastrado por bueyes.



Dos de las 33 campanas que forman "El carillón de Rockefeller", donado por éste a la Iglesia Bautista de la Park Avenue, en memoria de su madre. Se construye en Inglaterra, y el rey Jorge y la reina María asistieron a un concierto dado por el caballero Jef Chevalier, "carillonero" de St. Rombold, de Malinas



La condesa de la Maza, pasando un novillo "a la limón", en compañía del diestro Algabeño, en una fiesta taurina dada en honor del príncipe Luis de Hohenzollern, nieto del ex kaiser.



Un admirable buque de cuarenta pulgadas de largo, que se mueve por la electricidad. Su constructor y propietario, C. B. Hollis, de Brooklyn, está revisando la maquinaria. El costo total del admirable juguete es de 1.500 dólares y posee radiotelegrafía y luz eléctrica. La corriente la proporcionan unas pilas secas.



BODAS DE ORO MILITARES DEL GENERAL RICCHERI





El 19 del corriente se cumplieron cincuenta años del ingreso del general Pablo Riccheri al Colegio Militar, y con tal motivo esta prestigiosa figura del ejército argentino, ha recibido numerosas demostraciones de afecto y simpatía. — A la izquierda: el general de división Pablo Riccheri, en 1912. A la derecha: uno de sus últimos retratos

EXPOSICION RICHARD HALL



''En el patio. Efecto de sol''.



''Señor Remigio Lupo''.

Dós de los cuadros de Richard Hall, recientemente expuestos en el Salón Van Riel.

La mujer en el arte

La profesora señora Angelina Corti de Bufano, cuya fotografía ilustra hoy las páginas de FRAY MOCHO, y a quien debo ratos de gloria y felicidad, abrirá dentro de poco tiempo, un ciclo de audiciones poéticas donde se darán a conocer exclusivamente las producciones de todos los poetas jóvenes de nuestros días; cuyos poemas, la mayoría de las veces, desaparecen en el más ingrato de los anónimos.

Es hora de relegar al silencio, aunque sea por unos años, los gloriosos nombres de Rubén Darío, Amado Nervo y Santos Chocano. Sí: es hora de relegarlos al silencio, para volver a invocarlos mañana con la sagrada unción, con el profundo respeto y admiración que inspiran y merecen los sacerdotes del magno ideal, los divinos artífices de Dios...

Se han repetido hasta el cansancio los sublimes versos de ''Marcha Triunfal'', ''El día que tú me quieras'' y ''Fuga''. Es hora de silenciarlos para que no pierdan su hermoso brillo a fuerza de ser repetidos, pues, las repeticiones hastían, y todo lo que hastía pierde su valor.

Es hora de que nuestras declamadoras vuelquen sus almas y sus corazones, en las producciones de nuestros jóvenes poetas, que han producido poemas tan bellos como los ya tantas veces declamados. Es hora, repito, de que nuestros apolonidas salgan a la luz con todos sus valores y con todas sus bellezas!...

La señora Corti de Bufano, se propone ser la iniciadora de esta campaña intelectual, en bien de las producciones argentinas, que son las menos recordadas en los recitales propiciatorios; y a fe mía, que saldrá triunfante en su noble empeño, ya que sus méritos consagradísimos como profesora de canto, música



La profesora señora Angelina Corti de Bufano.

y declamación, y las virtudes artísticas que reciben las alumnas en la academia de su nombre, le prestan dones para salir airosa en la labor soñada.

Cuñada de nuestro laureado poeta Alfredo R. Bufano, y digna esposa del señor Jorge Bufano, uno de nuestros más destacados músicos, es artista por excelencia: de un dulce decir y un alma plenamente elevada en la declamación, conquista desde el primer instante la atención y simpatías de todos los oyentes, dejando en las almas un perdurable recuerdo de satisfacción.

Decía al comienzo de este artículo, que debo a la señora Corti de Bufano, ratos de gloria y felicidad; en efecto: la noche que declamara los versos de mi ''Poema final'', vi lágrimas, ¡muchas lágrimas! en las pupilas cariñosas de las mujeres, y miradas sensitivas en los ojos de los hombres... ¡lágrimas en mis ojos; emociones de niño dentro de mi corazón!... mientras lloraban, imploraban los versos de mi poema, dedicado a mis hermanos: los tuberculosos que murieron en el espacio silencioso de una sala en penumbras.

Sea, pues, en gratitud este sencillo artículo; y sea él como un aviso de esperanza para todos mis hermanos los jóvenes argentinos cultores del verso: ha llegado la diosa anhelada; ha llegado a nuestros corazones la señora reina del arte, la soberana vendimiadora espiritual, para tomar de las rosadas vides los mejores racimos de nuestros versos, y hacer con ellos el suspirado vino deleitoso de que están ansiosos los espíritus selectos, hastiados ya de un elixir que no puede producir divinas embriagueces a fuerza de haber producido muchas.

Ricardo M. LLANES.

EQUITACION, GOLF, NATACION, TIRO AL BLANCO Y TURF



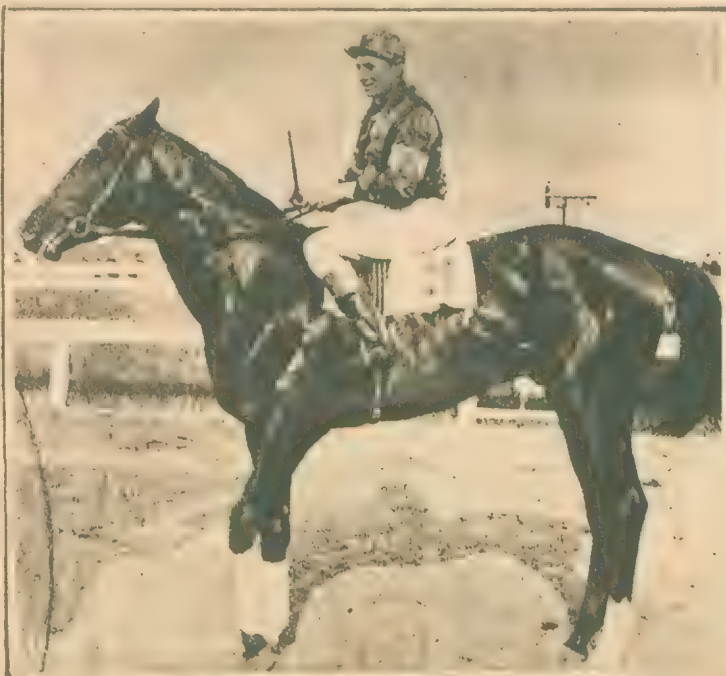
EL CAMPEÓN OLÍMPICO PREPARÁNDOSE PARA UNA NUEVA CAMPAÑA. Pathfinder, considerado el mejor caballo saltador en las Olimpiadas de Francia conducido por el mayor C. L. Williams en un concurso realizado en Wáshington



Stephen Donoghe, famoso jockey inglés, retratado por Sir John Lavery.—Cuadro expuesto en la Exposición de la Real Academia.



Miss Nevada Talhem, capitana del equipo de rifle de muchachas de la Universidad de Kansas y una de las primeras tiradoras de rifle de Estados Unidos.



Coventry, con Clarence Kummer "up", ganador del premio de 52.700 pesos. en el Pimlico Track.



DE FABRICACIÓN CASERA. — Dos muchachos de Macon (Georgia), someten a la inspección del famoso jugador Walter Hagen, dos mazos de golf, fabricados por ellos.



Earl Sande, el primer jockey de Norte América jugando al golf, durante la convalecencia del serio accidente que sufrió el pasado verano, en Saratoga.



Grupo de nadadoras y nadadores que han tomado parte en un concurso en Pasadena. — Johnny Weissmuller, campeón mundial está en el centro



EL FOOTBALL EN LA CAPITAL FEDERAL Y EN EL INTERIOR



CAPITAL FEDERAL. — Equipo de primera división de Atlanta, que resultó vencedor en el partido jugado contra Lanús por un score de 1 a 0 goals.



Componentes del team de Lanús, primera división, que, a pesar de sus esfuerzos, fué derrotado por Atlanta.



Una vista parcial de las tribunas populares durante el match sostenido entre Atlanta y Lanús.



Banchero, arquero de Atlanta, abandona su valla para conjurar el peligro.





Después de un potente tiro de Saruppo, que parecía un goal inevitable, Banchero salva la situación con un eficaz "puñetazo".



CAPITAL FEDERAL. — Cuadro de Chacarita Juniors que triunfó sobre Urquiza en el partido jugado en la cancha del primero.



Equipo de Urquiza vencido por 1 a 0 goals en su encuentro con Chacarita Juniors.



TUCUMAN. — Combinado de la Federación Tucumana de Football que venció a la Liga Cultural de Football de Santiago del Estero.



Los representantes de la Liga Cultural de Football, de Santiago del Estero, vencidos por Combinado de la Federación Tucumana, mediante un score de 3 a 1 goals

Fots. Giraz y Saccone.

En honor del escritor don Bernardo González Arrili

Celebrando el premio obtenido en el Concurso Municipal de Literatura, por don Bernardo González Arrili, con su libro titulado "La Venus Calchaquí", le fué ofrecido a este señor un banquete que se llevó a efecto en el restaurant de la Estación Once (F. C. O.), y al cual asistió un numeroso grupo de amigos del mencionado autor. — La cabecera de la mesa.





Vista parcial de los comensales que tomaron parte en la demostración tributada al escritor señor González Arrili.



Música



Señor Ramón Correa, autor de "Así es mi vida", tango para piano, recientemente aparecido.



Crónica de Montevideo

Una breve visita a Raquel Sáenz

En mi estada de horas en esta ciudad, cuya visita imprevista he realizado después de mucho tiempo y me ha permitido solazarme en los matices de su belleza y recoger el rumor de su mar, luego de recorrer sus playas frías y desiertas por la estación, sus plazas melancólicas y bordadas de hojas secas, y evocar tiempos idos en el capricho de la arquitectura de sus edificios, he querido también para unificar a todo ese complemento de cosas que han hablado a mi ser en un lenguaje arrobador, visitar a Raquel Sáenz, una de las últimas poetisas surgidas recientemente en este país y autora del libro "La almohada de los sueños".

Nos dirigimos a la calle Cerrito, la tarde estaba en todo su esplendor; un cielo claro parecía proyectarse sobre el mar que circunda y ciñe la ciudad de Rodó.

Con esa amabilidad que caracteriza a los espíritus cultos, Raquel Sáenz vino a nuestro encuentro, sonriente, iluminada por la luz interior que ha dejado en sus versos. Afable en su trato, con unos grandes ojos de alucinada, con una inquietud espiritual que la revelan una elegida de los dioses, nos contó de su obra.

—Ha sido la crítica muy amable. De todas partes se han ocupado de mí.—nos dice.

—¿Y hace mucho que escribe? —le repetimos.

—Desde muy joven—nos exclama.—Siempre sentí la obsesión de cantar a las cosas bellas, y así lo hice. Más tarde el amor, el arquero supremo me cautivó con su flecha, por eso mi libro, es un libro de amor.

En efecto, su obra es así, un búcaro juvenil, un ramo de rosas y lirios, un cántaro de agua fresca y pura.

Raquel Sáenz vive con su señora madre—también poetisa—cuya especialidad está en cantar a la tradición, y una hermanita amante del arte musical.

La escritora es joven, su ensueño se trasluce en sus poemas de los cuales el crítico brasileño Angelo Guido ha dicho: "Su arte es lleno de emoción y tiene la levedad y la magia de las palabras susurradas en sordina por ser la expresión de esa belleza interior que anda perdida en sus sueños y en sus devaneos"

Luego nos lleva a su pieza de trabajo, se nota en su escritorio un sinnúmero de revistas y libros recibidos de todas partes.

Nos habla de "Vida Femenina", publicación que dirige su señora madre, cuyo material selecto es un alto exponente de verdadera literatura.

Mientras nuestra conversación giraba sobre diversos tópicos, se acerca a nosotros su fiel amigo "Didy", un perrito blanco como un capullo de algodón. Irascible se muestra con nuestra visita, ya por espíritu de celo o bien por demostrar sus condiciones de celoso guardián.

Raquel Sáenz nos habla de su afán de volcar en sus estrofas, a veces desaliñadas pero espontáneas, la ternura y el amor que la asaltan. Nos cuenta de sus penas casi siempre manifestadas en forma elegante en sus poemitas sencillos.

Después nos dice con esa facilidad de su palabra cálida:

—Los argentinos han sido muy amables conmigo, mucho se han ocupado de mí y esto no lo olvida mi corazón.

Nos manifiesta que sus versos son sinceros, forjados en la verdad, todos ellos un jirón de vida, un cúmulo de inquietudes, una dominadora tristeza, versos que los ha dado de muy adentro de su alma.

Le hablamos de un nuevo libro y nos dice: ahora sale la segunda edición de este último, pero después reuniré toda mi última cosecha, mucha inédita y otra ya dada a la publicidad.

Y su segundo libro, quizá más terminado, más brillante, reafirmará las condiciones de esta sensible alma enamorada de la belleza.

Haciendo un paréntesis a la amable acogida de la poetisa, nos despedimos con una gratísima impresión.

El sol ponía sus últimos tintes de oro en el cerro: un aire frío venía desde el mar y la sombra empezaba a extenderse por las calles largas, infinitamente largas como una pena.

F. de MONTEMAR.



La poetisa, señorita Raquel Sáenz, en su mesa de trabajo



Con su perrito Dydi.

GENTE MENUDA



Carlos Babuglia Poch.



Hilda Rosa Iturburu L.



Luis Fernández Giossa.



Francisco Miguel y Pedro Cirilo Iturburu.



Niños de Pinasco Sobredo.

AYER Y HOY



LUJÁN (F. C. O.) Coche historico que perteneció al coronel don Matias Ramos Mejias y que el general Bartolome Mitre utilizo como carpa durante la campaña de 1874 que ha sido donado al Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires, **por los señores Pablo, Adolfo y Alejandro Olivera.**



MENDOZA El moderno material rodante contra incendios con que el cuerpo de Bomberos de Mendoza desfiló en las recientes fiestas del aniversario patrio causando **el mejor efecto entre el público que presenció su paso.**

LA CACERIA DEL ZORRO EN RIO CUARTO



Grupo de jefes y oficiales del regimiento 14 de infantería y de caballeros que tomaron parte en la cacería del zorro **últimamente organizada por el teniente coronel don Lindor S. García y llevada a efecto con gran entusiasmo deportivo.**



El teniente don Ramón S. Narvaja, que hizo de zorro en la mencionada cacería.



Señor Enrique Villeplam, tesorero de la Sucursal del Banco de la Nacion Argentina que obtuvo el triunfo dando caza al zorro.

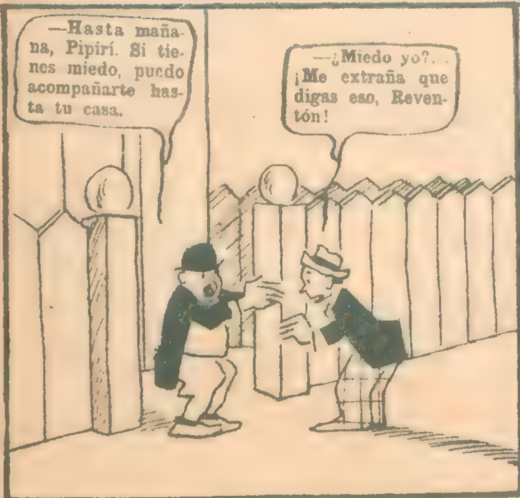
Fots. Sara S. Martínez, Capra y J. Agostini



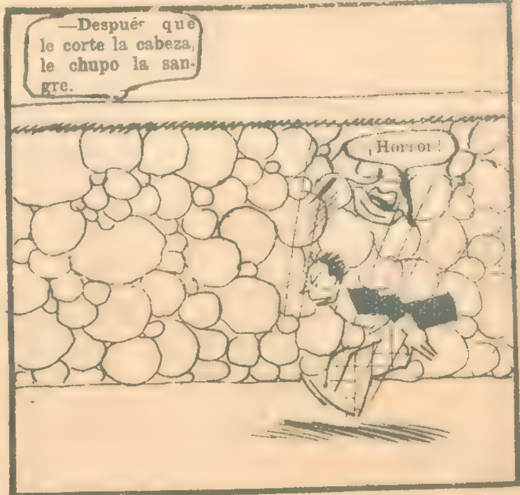
AL PASO TARDO DE UN POBRE VIEJO

P A G I N A   I N F A N T I L

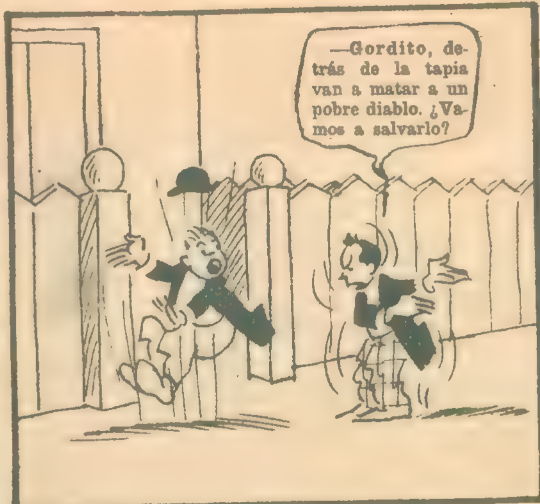
Aventuras de Pipirí, *por Blay*





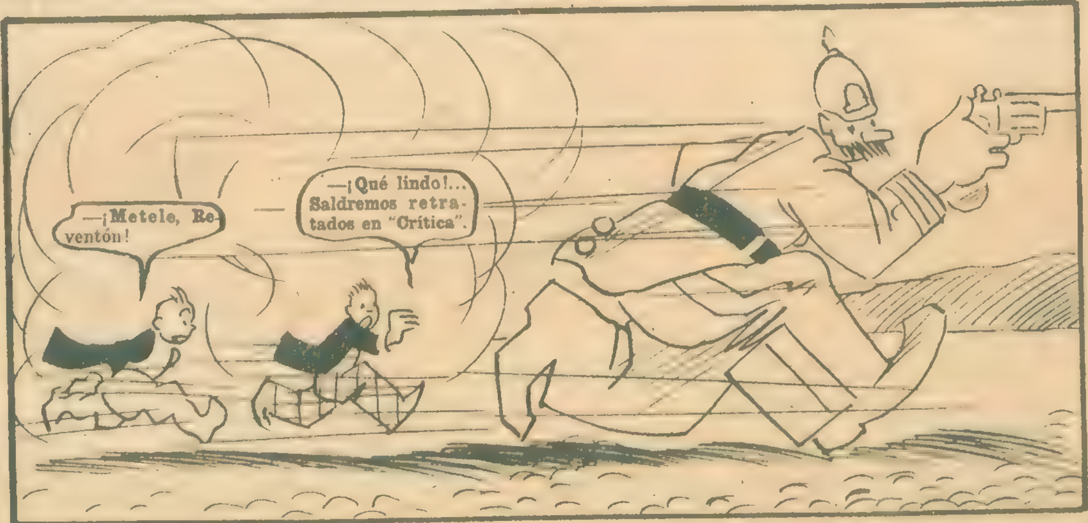


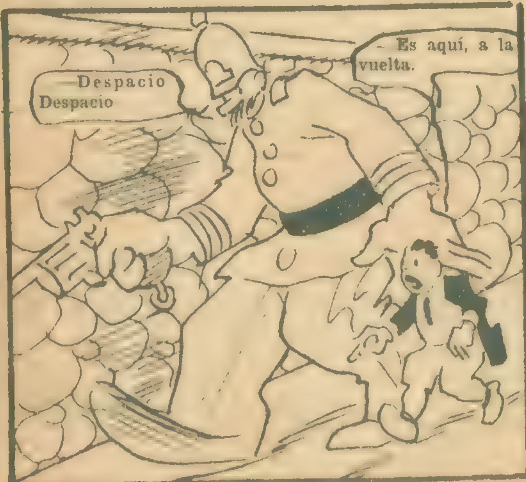


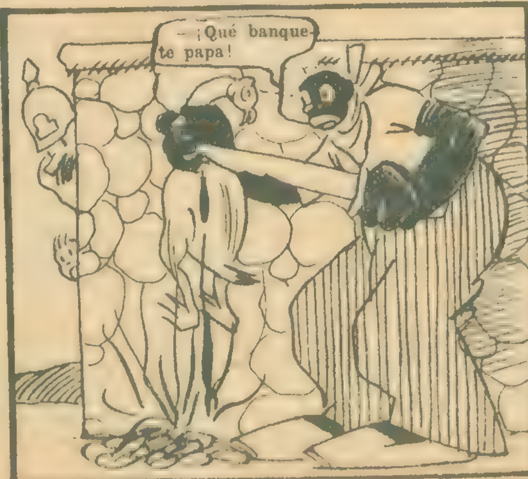














EL NUEVO EDIFICIO DE NUESTRO COLEGA "LA RAZON"





Doctor Angel L. Sojo, director de "La Razón".

Como una gallarda prueba del progreso alcanzado por nuestro colega "La Razón ofrecemos en la presente página una fotografía del vasto y magnífico edificio recientemente construído por el difundido diario de la tarde, en la Avenida de Mayo, números 729 al 741, con salida a la calle Rivadavia, en el cual acaban de ser instaladas sus oficinas, talleres y maquinarias, con toda la comodidad, amplitud y modernos adelantos requeridos para el perfecto y complicado funcionamiento de un órgano de la importancia y proyecciones del que nos ocupa, justamente considerado como un brillante exponente del periodismo sudamericano.

EL FEMINISMO EN LOS DEPORTES



La señora J. S. Upham, esposa de un mayor del ejército de los Estados Unidos, entrenándose en el salto de obstáculos para tomar parte en un concurso de equitación

LA DECORACIÓN FLOREAL EN NUESTROS SALONES



Arreglo artístico con flores, hecho en el "Vogue Club", por el conocido floricultor José Chauvin.



1800 flores de crisantemos presentadas en la última "Exposición floral", organizada por "Los amigos del arte".



Conjunto de azaleas, plantas formadas, exhibidas en el mismo salón.



Arreglo artístico del salón del Dr. Samuel Bosch, para una fiesta social.



FRAY MOCHO EN TUCUMAN



Un aspecto del banquete ofrecido por la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos a sus asociados con motivo del vigésimo quinto aniversario del reinado de Víctor Manuel III.



Carrera de 260 kilómetros organizada por el Motor Club de Tucumán.—Coche Hudson, piloteado por los hermanos Matencci, que se clasificó primero



Automóvil Rugby, dirigido por E. Nougués y P. Brizuela, que obtuvo el segundo puesto en la categoría "coches chicos"



Miembros del directorio y empleados del Banco de la Provincia de Tucumán, durante la demostración ofrecida al gerente de dicho establecimiento, señor Rafael Frías (x) en ocasión de cumplir sus bodas de plata con la mencionada institución.



Los conductores del Oakland, en un alto de la segunda vuelta arreglando el motor a raíz de un incendio producido en el mismo



Comisión directiva del Sindicato de Mozos, después de un baile social organizado en honor de las familias de sus asociados



Coche Rolli que abandonó la prueba en que tomaba parte: debido un accidente que le ocurrió durante el desarrollo de la carrera

Fot. V. Saccone



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Escena de "El traje iluminado", producción Metro-Goldwyn, interpretada por Viola Dana, Lew Cody, Monte Blue y Marjorie Daw, que presentará la Corporación el día 27 del corriente.



Un pasaje de "El tío soltero", cinedrama que tiene por protagonistas a Baby Peggy, Claire Adams, Clara Bow, Richard Tucker y Edward Horton, que desde anteayer distribuye la Sociedad General.



Escena de "El cisne negro", producción que interpretan Monte Blue, María Prevost, Helene Chadwick, Mary Mac Laren, Lilyan Tashman y John Patrick, que el viernes último dió a conocer la general.



Un cuadro de conjunto de "Los dos vagabundos", cinecomedia interpretada por Lloyd Hamilton, Ben Alexander, Matt Moore, Patsy Ruth Miller y Mary Carr, que Max Glücksmann estrenará el domingo 28 del actual.



Tom Mix como protagonista de "Con la parca al anca", cinedrama que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Escena de "El fin del mundo", cinta de Artistas Unidos, donde ha reaparecido Jack Pickford, al cual rodean Norma Schaerer, Alec B. Francis y Claire Mac Dowell.



Un pasaje de "La esposa del otro", cinedrama interpretado por James Kirkwood, Lila Lee, Matt Moore y Wallace Beery, que Max Glücksmann estrenará el 27 del mes en curso.





Dos escenas de "Eso no es amor", cinedrama interpretado por Nita Naldi, Jack Holt y Rod La Rocque, que la Paramount distribuye desde el sábado último.



Italia Almirante y Alberto Tollo, protagonistas, con Aníbal Betrone, de "L'Arzigogolo", adaptación cinematográfica, — notablemente realizada bajo la dirección de Marco Almirante, — de la tragedia del mismo nombre de Sem Benelli, dada a conocer recientemente en el Cervantes a nuestro público por María Melato.

VIDA BANCARIA



Vista parcial de los concurrentes al banquete organizado en honor de don Emilio Luderitz, por los empleados de la Agencia número 8 del Banco Español del Río de la Plata, celebrando su reciente ascenso a inspector de la nombrada institución.

NECROLOGIA



El doctor Emilio del Solar, pronunciando una oración fúnebre durante el acto de la bendición del túmulo erigido al periodista Julio de la Paz, ceremonia que estuvo a cargo de monseñor Villanova Sánz.



Señor Humberto Martinelli, recientemente fallecido en La Plata.



Ingenieros civiles y agrimensores egresados, en 1923, de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Buenos Aires



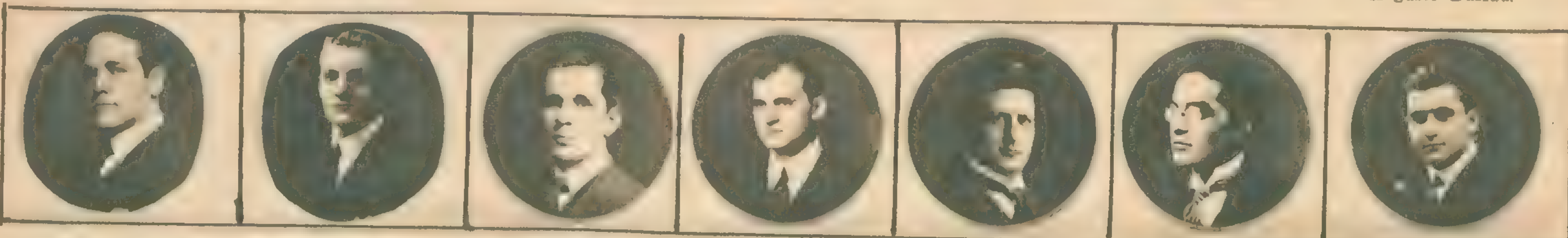
Enrique D. Montdor. — Víctor C. Dodero. — Julio Vela Huergo. — INGENIEROS CIVILES Seguismundo Klot. — Luis C. Cárdenas. — Juan Carlos Vidal. — Francisco Moledo.



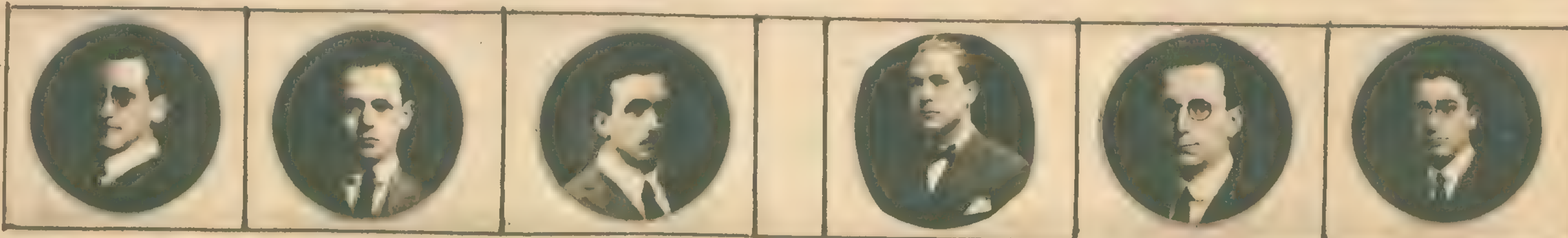
Atilio José Tille. — Alberto Taubenschlang. — Rodolfo H. Gigena. — Esther Smith Bunge. — Roberto Reto — Juan Sahore. — José Luis Real



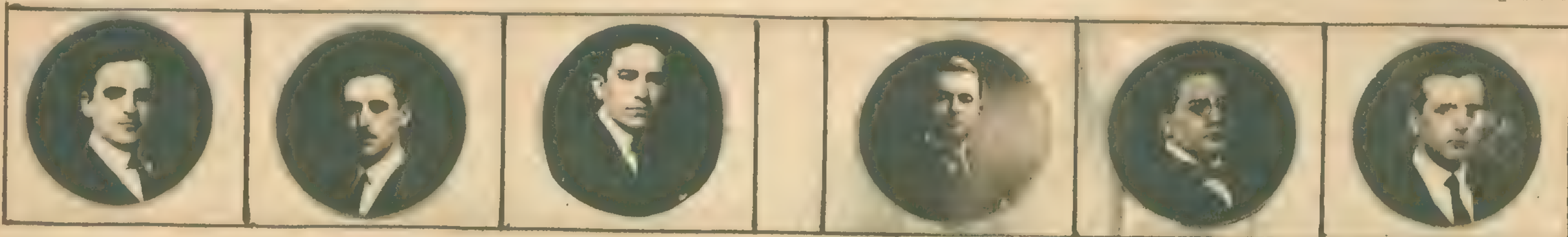
Héctor Marcelo Cano. — Alberto G. Velarde. — Luis A. Delpini. — Hugo V. Biolcati. — Alberto A. Balvie. — Víctor M. Cremarchi. — Augusto Duffau.



Martín A. Brizuela. — Edmundo Gellón. — Federico Cole. — Teresio Bara. — Alberto G. Nequeçaur. — Emilio E. Sisto. — Pedro M. Orfila.



Roberto G. Perazzo. — Atilio Gallo. — Juan E. Lascombes. — Raúl B. Moulié. — Máximo E. Mantel. — Rodolfo C. Tagliaretti.



Nicolás E. Saris. — Augusto G. Terrasini. — Patricio Velázquez. — Angel V. Pacheco. — AGRIMENSORES Dante B. Civit. — Roberto G. Krause.



Diego J. Calatrava — Martín Fennen. — Horacio Lutzcher. — Carlos F. Venzano. — Alberto E. Taubenschlang. — Luis C. Cárdenas. — Domingo G. Cuille.

Narrac ones superfantásticas

SIHOMARA

Por Juan AUGUSTO

Se dice que no tengo imaginación. Que se diga. Otros, en cambio, tienen demasiada. Por ejemplo, un tal Onofris u Onofric, autor de unas narraciones (que él denomina fantásticas), cuyos originales vinieron a mi poder el otro día.

El secretario de redacción de este periódico (a quien, metiéndome a intermediario, le pedí la publicación de dichas narraciones), me llamó a su presencia y me dijo:

—Mire, he leído los papeles esos que me trajo. Dígale a su colega...

—No es colega mío, señor secretario —le interrumpí:—es un hombre que se llama Onofris u Onofric...

—Bueno — prosiguió, — explíquele a ese individuo que sus narraciones no son fantásticas, sino de otra índole.

—¿De qué índole, señor secretario?

—Son alcohólicas—dijo. Y agregó: —Comuníquele también al fulano ese que, a pesar de todo y en obsequio a usted, serán publicadas; y adviértale que, en obsequio a él mismo, sería mejor que bebiese menos ginebra.

—¿Ginebra, precisamente le digo?

—La especie de bebida es lo de menos—repuso el secretario;—se trata de que no beba alcohol.

—He leído yo también las narraciones (la primera de las cuales es esta que va a continuación), y como ha llegado a mi conocimiento que el tal Onofris u Onofric emigró a otra provincia luego que supo mi compromiso con el periódico, he resuelto escribir algunas líneas al final de cada historia de estas, para expresar al público, en forma comedida respecto a todas ellas, lo que con muy malos modos, de seguro, le diría al autor cara a cara: el por qué las narraciones son algo más que extravagantes, o sea,

Y aquí da comienzo Onofris.

I

No le es dado a mi pluma describir la belleza de Sihomara; describir su talante de diosa, el dulce y a la vez profundo mirar de sus ojos negros, ni sus labios del color de la alborada, que sólo el céfiro podía besar sin profanarlos. Y cuantas veces intenté expresar el encanto de aquella hermosura, hube de compararlo "al que excitaría la contemplación de Urania".

Semejante a chispa ligera que comunica su ardor y su luz a cuanto es elemento propicio a la llama, y luego crece ésta y todo lo consume, así germinó la inefable mutua pasión de que éramos cautivos: lumbre fugaz primero, en breve espléndida aurora cuyos efluvios nos penetraban como al cristal la luz.

Ardiente vocación por las ciencias —sobre todo, por la que, por antonomasia, ha recibido el nombre de Filosofía,—movió a Sihomara a compartir mis horas de estudio en el solitario pabellón que me servía de tranquilo refugio contra las locuras y vanidades humanas.

Más que otro alguno de los problemas no resueltos por el hombre, preocupábala el misterio de ultratumba; y su ansiedad no tenía límites cuando consultaba las obras, cien veces leídas, de los más grandes filósofos.

—¡Ah! — exclamó desesperada un día.—¡Cuán horrible es la muerte para el que no ha definido la vida ni adivinado su objeto!... ¡Convénceme, por piedad, de que al disgregarse mi cuerpo, la fuerza que mantiene su forma, que anima la fugaz hermosura de que te has prendado, la mónada espiritual que reside en mí, sobrevivirá a mis órganos porque es eterna. ¡Convénceme de que somos inmortales, de que no acaba la existencia al cesar para siempre los latidos del corazón, porque no bastan al genio del artista, a la ciencia del austero filósofo, al sacrificio del mártir, la gloria efímera o los honores alcanzados en el mundo; porque la conciencia no admite que los sufrimientos del paria, las amarguras del proscripto, los tormentos del esclavo en la ergástula, no tengan más fin que su propia injusticia!...

—Será como tú piensas—dijo gangueando una impertinente voz,—pero me parece, querida Sihomara, que no sólo esos caballeros son dignos de que se les recuerde en este mundo y recompense en el otro. Los corredores pasan también por duras pruebas y merecen la inmortalidad. Ejemplo: yo mismo.

Quien así hablaba era un personaje que se había introducido en la estancia con la osadía más irritante. Al verlo, quedó Sihomara muda de espanto, y huyó el animado color de sus mejillas al cruzarse su mirada con la del intruso.

Era éste de pequeña estatura, y sus ojos tan abultados, que, más que ojos, parecían dos hernias del cerebro.

El volumen desmesurado de su abdomen contrastaba de singular modo con el de sus piernas, si demasiado largas para el busto que sostenían, demasiado flacas para su propio largo.

Vestía el personaje levita y pantalón carmesíes, ambos muy ceñidos; campeaba en su sombrero, de estrecha copa, un lazo de muselina, y al extremo de la cadena de su reloj bailaban algunos dijes, que al chocar entre sí, daban el La sostenido.

—Me parece—le dije al intruso con expresiva irritación,—me parece que ha entrado usted en esta casa como en la suya...

—Así es—repuso—y siempre hago lo mismo donde quiera que se halla mi mujer, o, si te pagas de términos —añadió poniendo los ojos en blanco —mi amada esposa.

—¿Mujer?... ¿Esposa?... — repetí confuso.—¿De quién habla?

—De la señora—dijo señalando a mi gentil compañera.—Y aproximándosele:—¿No es cierto,—le preguntó burlescamente—no es verdad que eres mi esposa, o, como suele decirse, mi costilla ante Dios, los hombres... y los animales?...

Presa del estupor, de la duda, de no sé qué sentimientos, balbucí incoherentes frases de pesadilla. Sihomara miró al hombre con mezcla de espanto y cólera; sus labios se movieron cual si fueran a expresar una protesta, y cayó al fin desvanecida en brazos del intruso, que con voz estentórea llamó:

—¡Bartolo!

Entróse en la estancia un enano de fornidos miembros, rubias patillas y aguileña y descomunal nariz, vestido con un mameluco ajedrezado de negro y rojo, y cubierta la cabeza con enorme turbante.

Detúvose aquel engendro ante el hombre de la levita, se dió un par de bofetadas (en señal de vasallaje, sin duda) e inclinándose hasta el suelo:

—¡Adsum!—profirió como quien deja escapar un estornudo; y enderezándose, extendió los brazos.

—He aquí a tu patrona—díjole el de la levita entregándole el inerte cuerpo de Sihomara, que fué ligera pluma para el membrudo enano.—Transpórtala a la berlina ¡marcha! porque a la pobre le ha dado un síncope ¡trota!... ¡Que se recobre en casa ¡vuela!...

Echó a correr el monstruo, y como yo intentara seguirle, me lo estorbó el intruso, que, llegando antes a la puerta, giró en ella sobre sí mismo y apoyó ambas manos en las jambas.

—¡Esta sí que es buena!—exclamó gesticulando como un simio.—¿Pretendes, joven romántico, robarle su esposa a un ciudadano distinguido, cuyo nombre figura en las crónicas sociales?... ¿Te agrada mi mujer, eh? ¡Diantre! ¡mi dinero me ha costado y no la soltaré a dos tirones!...

—¡Señor—dije trocando mi impotente ira en humilde súplica,—no se burle de mí!... ¿Qué lazos unen a usted y a Sihomara?... ¿Es, en verdad, su esposa?... Permítame al menos...

—Basta — me interrumpió, — sé lo que vas a decirme. Verás a tu ídolo, y pronto... He aquí mi tarjeta... Ve esta noche a mi palacio, a las diez en punto... A las diez; no antes... Abur.

Y se fué canturreando:

Tú lo has querido, tú te lo ten.

En la cartulina con bordes dorados que me dejó, decía:

GIRGENTI
Corredor de vinos y ciruelas pasas.
Avenida Vieytes

(Aquí termina la primera parte de esta narración. No digo nada sobre ella, porque las mentiras, cuando se cuentan así, impúdicamente, no merecen más comentario que el silencio.)

II

Al sonar la hora prescripta—hora entre ilusiones, dudas y congojas, esperada cual ninguna—me encaminé al palacio del odioso personaje, que en mi delirio imaginaba tirano cruel de Sihomara.

La fascinación de lo desconocido aceleró mis pasos, y en breve llegué a la mansión de Girgenti, situada en la intersección de la Avenida Vieytes y una sombría callejuela.

Rodeábala el oloroso follaje de un bosquecillo de limoneros y naranjos, y cercaba todo un muro guarnecido de bardas de hierro. Dos pilares terminados en agudos pináculos sostenían la labrada puerta que me dió entrada al jardín.

Avancé bajo los árboles floridos hasta una magnífica escalinata de mármol, por la cual subí, sobrecogido por el silencio pavoroso y la profunda obscuridad de aquel ámbito. Entré en un vestíbulo cuadrangular, cerrado, como los de las casas moras, por una cancela sin cristales. Abrí ésta con más vacilación que esfuerzo, y me hallé en el patio principal del palacio.

Circulalo una galería flanqueada de esbeltas columnas, a la cual daban las puertas de varias habitaciones y pasillos. En su centro, con leve rumor, corría el agua por las tres desiguales tazas de una fuente de piedra, en derredor de la cual inclinaban sus tallos sobre el zócalo de los arriates, dalias, crisantemos y claveles.

Me adelantaba, al azar, por la parte izquierda de la galería, reprimiendo

mis pasos y registrando con la mirada las tinieblas de angostos corredores y profundas hornacinas que de trecho en trecho perforaban el muro; y de improviso llegaron hasta mí, cautivándome con el encanto de su melodía, los sonidos de un arpa... Eran las notas melancólicas, tiernas, dulcísimas, del "Claro de luna", de Beethoven; era la música predilecta de Sihomara, y era ¡cómo dudarlo! ella misma quien pulsaba las sonoras cuerdas...

Presa de honda emoción me detuve, y escuché en religioso éxtasis aquel patético adagio que ejecutaba la más bella e inspirada intérprete que pudo soñar el más grande de los músicos. Y olvidados el sitio, la hora, el objeto de mi desatinada empresa y el peligro que quizá me acechaba traidor en la misteriosa morada, "sin sentir" mi propia existencia, yo escuchaba la divina música por ella suspenso y embargado...

Mas un desgarrador sollozo y un gemido de cruel amargura, que de pronto reemplazaron a los extinguidos acentos del arpa, disiparon las quiméricas venturas de mi ensueño; y sin cuidarme de apagar el ruido de mis pasos, me dirigí hacia una habitación situada al extremo de la galería, en la cual me pareció que había sonado el arpa y a través de cuya puerta se proyectaba un haz luminoso hasta el mosaico de un intercolumnio, haciendo menos densa la obscuridad de aquella parte de la casa.

Transponiendo la referida puerta, me hallé una sala octogonal de muros y techo pintados de celeste y orlados de grecas blancas. Un mullido diván de ocho ángulos orientados como los de la habitación, ocupaba el centro de ésta, y arrimados al muro veíanse varios taburetes de pies angrelados, y una mesa taraceada de nácar y ébano, sobre la cual, en cincelado azafate, relucía el oro de una liliputiense vajilla de te.

En la alfombra—tan espesa que se hundía en ella el pie como en el césped de un prado—yacían diseminados algunos cojines de diversas formas y exquisita labor.

Alumbraban la estancia las diez bujías de un candelabro de bronce colocado en el capitel del diván; y sentada en éste, con el busto reclinado sobre un almohadón de inimitables guadameciles; apoyada con languidez una mano en el arpa magnífica cuyos sonidos me habían embelesado; fija la mirada en ese punto indefinido del espacio, a la vez distante y próximo, donde el espíritu en sus cuitas ve escritos y borrados en rápida sucesión sus propios pensamientos... hallábase la gentil Sihomara.

Muy quedo, pronuncié su nombre. Volvió ella el rostro sobrecogida, lanzó al verme un grito de angustia, y corriendo hacia mí:

—¡Horacio!—profirió con reprimido acento.—¿Por qué has venido?... ¿Por qué?...

—Para verte, para estar una vez más a tu lado—dije.—¿No bastaría ese motivo?...

—¡Huye!—exclamó con vehemencia. —¡Huye, porque tu vida está amenazada!... Huye ahora, al instante; ¡por Dios no te detengas!...

—Y vengo asimismo—dije, con ironía y dolor desbordados—a que me reveles la secreta pero legal y santa coyunda que te sujeta al dominio del caballero Girgenti...

—¡Horacio, por piedad—exclamó sin querer responderme, fijando con zozobra la mirada en la obscuridad de la galería—si me amas, huye!... ¡Oh! ¡cómo podré convencerte de que tu vida corre peligro en esta mansión maldita!... ¡Pero no te irás, lo sé, no te irás si no respondo a tu pregunta y desvanezco tu esperanza!... ¡Perdón por no haberte confiado otrora el secreto que hoy voy a revelarte!... ¡Perdón por no haberte narrado la terrible historia de mi vida!... Oyela, y luego vete, Horacio; déjame entregada a mi suerte, que nadie sino Dios podrá trocar por otra feliz...

—Huérfana y sin fortuna quedé cuando era niña, y en poder de un tutor malvado y corrompido—narró con alterado acento Sihomara.—Mil veces me has dicho que soy bella... Pues bien, Horacio: esta belleza que admiras, fué causa de mi desventura... ¡Fuí vendida, sí, vendida al infame cuyo nombre llevo, por mi tutor, más infame aún! Y el pacto fué concluído en una orgía, cuyos ecos parece que aún oigo y me conturban como infernales clamores... Y compartí el tálamo vil, pidiéndole a la muerte que me socorriera en mi infortunio que yo creía insuperable... Mas, un día... ¡Ah, tú no puedes imaginar cuán horrendo es mi destino!... un día descubrí que el hombre ¡no! ¡que la bestia con humana forma cuya pasión me injuriaba, era un réprobo, y que un terrible hechizo torturaba su existencia maldecida!... ¡Cómo confiarte el secreto de ese hechizo sin morir de horror!... El recuerdo tan sólo de cuanto vi y supe entonces, habríame enloquecido ya, si no evocara en mi memoria otro recuerdo, único rayo de luz en las sombras de mi pasado: aquel día fué también de ventura para mí, Horacio... porque te conocí y amé la vida...

Así habló ella, y fueron estas últimas palabras agradables a mi oído como al de fatigado viajero del desierto el murmurio de cristalino manantial.

Cuando se extinguía el eco de su dulce voz, que yo había escuchado cautivo al par de sus labios y de sus ojos, fijó ella vivamente la mirada en la puerta del salón y fué presa del espanto... Volví el rostro, y, parado en el umbral, juntas las manos y elevados los ojos en actitud de inefable éxtasis, entreabiertos los labios por burlona sonrisa... vi al hombre de la levita carmesí y detrás de él a su grotesco enano.

—¡Qué lástima!—expresó Girgenti con voz que, con traza de pesadumbre, emitía él apagada y temblorosa— ¡Qué lástima!... ¡He aquí dos jóvenes sentimentales que entregados estaban a confidencias mutuas... y hemos interrumpido su coloquio... y se han quedado como dos azucenas!...

Cruzado de brazos ante aquel infame, buscaba su mirada con la mía preñada de odio; pero él fijó sus hinchados ojos en Sihomara, y con tal fijeza y cólera, que su víctima cayó en el diván desfallecida de angustia.

—He aquí una señora—profirió Girgenti, dejando su actitud fingida y endureciendo la voz a medida que hablaba—he aquí una señora que se desvanece sin chistar... ¡sin llorar... sin protestar!... He aquí a un joven romántico—prosiguió, hablando con el monstruo y señalándome con un pie—un distinguido pero temerario joven que he sorprendido a solas con mi mujer, quiero decir, con mi esposa queridísima, y con el cual, estimable Bartolo, vas a tener en seguida un diálogo breve... muy breve... Y designando un cordón de seda que con una gumía llevaba el monstruo a la cintura:

—Hasta donde alcance el cordel —dijo,—nada más que hasta donde alcance...

Recobrándose Sihomara por la certidumbre del riesgo que yo corría, lanzó un grito de horror al oír tales palabras y se interpuso entre el enano, que fríamente disponía su cuerda, y yo, que no acertaba a persuadirme de que había oído mi sentencia de muerte. Pero reaccioné al punto, y separando el hermoso cuerpo que me escudaba, avancé hasta casi tocar el de Girgenti. El hombre de levita carmesí me miró entonces y con espantable expresión de rabia:

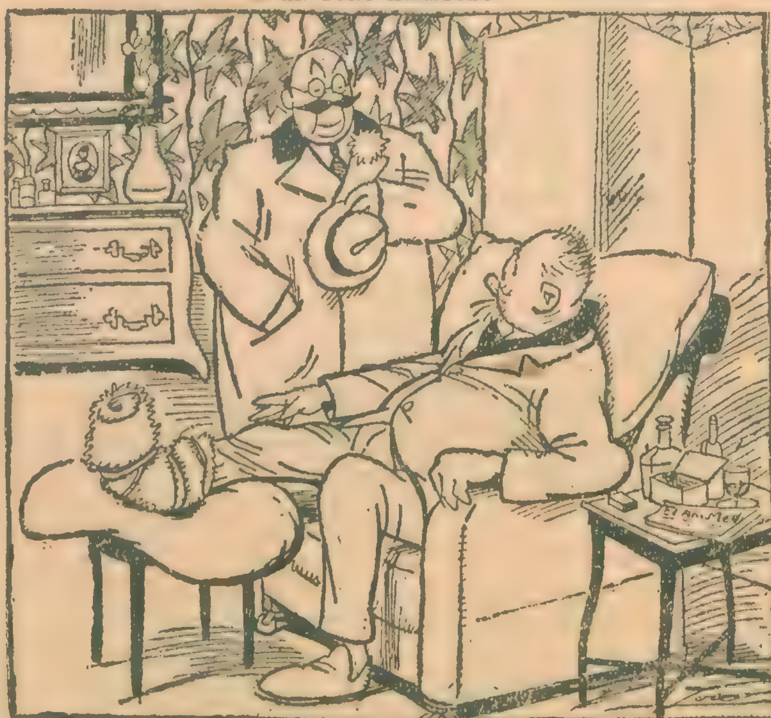
—¡Monstruo maldito!—fueron mis palabras.—¡Inmundo vaso en que las Furias obras sus maleficios: vas a volver al Orco, si Dios me ayuda!...

Y precipitándome sobre el enano sorprendido, le arrebaté la gumía y me revolví contra el amo. Mas, cuando iba a herirlo sin piedad; en tanto que su servidor, indeciso, se mantenía inmóvil; y Sihomara, transfigurado por la aflicción su bello rostro, en vano me rogaba que huyese, fijáronse a un tiempo nuestras miradas en el dueño del misterioso palacio... y entonces resonaron las terribles voces que aún parecen llegar a mis oídos recordándome aquella escena indescriptible:

—¡El hechizo!... ¡El hechizo!...

La gumía cayó de mis manos inertes, y pasmado, mudo de terror, presencié el horrible prodigio que se realizó en Girgenti.

EN TONO AMISTOSO



—¡Maldito tiempo! ¡Aquí me tienes, baldado de reuma, sin poder dar ni un mal paso!

—¡Será el único que no podrás dar después de los muchos malos que has dado en esta vida!

Vi que su cuerpo, dilatado por irresistible fuerza interior, se hinchaba y avejigaba haciendo estallar la ropa que lo cubría; vi que su piel se cubría de verrugas purulentas; que su rostro, congestionado por violento aflujo de sangre y humores, se deformaba aplastado por el cráneo; que sus ojos avanzaban en las órbitas hasta casi salirse de ellas; que su boca, de súbito rajada, mostró el abismo de las fauces; y le vi, por último, caer de bruces en el pavimento y adquirir la forma definitiva de hórrido batracio...

El estupor heló la sangre de mis venas. El pensamiento pareció aniquilado en mí...

. . . .

Cuando mi espíritu recobró su imperio, miré despavorido en derredor, a la manera del que despierta de un sueño angustioso y aún ve fantasmas de la pesadilla.

A mis pies, inmóvil, sin sentido, yacía Sihomara. En vano, de rodillas junto a ella, la llamé suplicante; en vano quise volver a su cuerpo el calor y a sus labios la facultad de pronunciar mi nombre: sólo respondió a mi llamamiento el débil latido de su corazón.

En aquel instante se elevó en la estancia un canto fúnebre, plañidero. Era la voz del enano la que oía, y estremecido, volví el rostro.

Allí estaba aún la horrible forma del hechizado; aún estaba fija en mí su mirada con diabólica expresión de sarcasmo y odio.

En sus fauces abiertas iba echando el engendro, una por una, alternativa y acompasadamente, las monedas de dos talegos que tenía a sus pies; y cantaba al mismo tiempo la triste salmodia, interrumpiéndola en cada compás con las palabras "Oro" o "Plata", según era de uno u otro metal, de uno u otro talego, la moneda que tragaba el hechizado.

Aparté con abominación la mirada de aquella terrible escena, y ciñendo frenéticamente con mis brazos el exánime cuerpo de Sihomara, salí de la habitación y huí con mi preciosa carga de aquel palacio maldito.

Los penetrantes perfumes del jardín y el aire fresco de la noche volvieron a la vida a mi gentil Sihomara; y sintiendo animarse los latidos de su corazón:

—Vuelve en ti—le dije con expresión de ternura infinita,—vuelve en ti, para que sepas que ahora eres mía para siempre.

—¿Tuya?... ¡Jamás!—gritó detrás de nosotros el enano; y arrebatándomela de los brazos, me dió un golpe en la cabeza con la gumía, derribándome sin conocimiento.

. . . .

Al abrir los ojos me hallé tendido en la calle. Una mujer del pueblo y un agente de policía, inclinados sobre mí, me observaban a la primera luz de la aurora. Y la mujer bañaba mis sienes con agua y vinagre, murmurando:

—¡Pobre joven!... Al caer se ha herido... Debe de padecer de "mal de corazón"... ¡Pobre joven!

Y el agente hizo: ¡Hum!...

———

Aquí termina el tal Onofris u Onofric.

Empedernido positivista, es decir, acérrimo enemigo de fantasías como soy, he almacenado bilis en demasía durante la lectura de las inverosimilitudes narradas en esta historia, para poder decir respecto de ellas algo que no sea desagradable.

Cuenta el protagonista, que a las reflexiones de la mujer del pueblo, el agente de policía respondió con un: "hum"...

En cuanto a mí, repito como mías las palabras del secretario de redacción: En obsequio a sí mismo, sería mejor que Onofris bebiese menos ginebra... Y también en obsequio a la literatura.

Confesión suprema

Por Eduardo DELPIT

I

La joven señora hizo un movimiento de hombros, como si la pregunta del hombre, que estaba en pie delante de ella, fuera inadmisible e insensata. Se acercó él al sofá donde ella temblaba envuelta en un chal, aunque era el mes de abril. En aquella sala vulgar del hotel, el sol a través de las cortinas, derramaba una luz solar de ámbar. Parecían dos fantasmas que conversaban en pleno día. Estaban a dos pasos de distancia, eran jóvenes, no formaban entre ambos un medio siglo.

El rogó de nuevo; ella no contestó.

Entonces, vencido por su obstinación, no hallando más palabras, se refugió en el pasado. ¡Cómo lo recordaba todo! La mañana fría de invierno, la alameda de la iglesia, Diana con traje de novia, apoyada en el brazo del marqués de Sorges. Temblaba; estaba toda blanca y triste, bajo el saludo triunfal del órgano, con la mirada fija, a la que los cirios festivos daban un brillo como de lágrimas. Había entonces sentido de súbito su vida truncada, perdida para siempre, pues Sorges era su amigo de infancia, casi su hermano. ¡Sería un crimen!...

Sin embargo, la amó durante cuatro años; la amaba todavía, sin que nadie, ni ella misma, lo sospechara.

¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo la pasión lo dominó tan bruscamente? No lo sabía; ni sabía por qué la imagen de aquella novia ruborizada y tímida, de aquella delgada criatura que tantas veces había sido su compañera de diversiones, se imponía ahora en su existencia. Tal vez, porque le daba lástima, porque se veía una desesperación en su rostro, porque iba hacia su nueva vida, como a un sacrificio. ¿Encontraría los cariñosos cuidados que necesitaba una naturaleza que conservaba la sensibilidad y timidez de la infancia? ¡El menor choque le sería fatal! Sorges era bueno; pero de aquella bondad del león cuyas caricias lastiman, y encolerizado, era casi siempre violento; a veces, brutal...

¿Cuál sería el porvenir de ellos?

Al cabo de un año nació una hija; Diana; en el encanto de su nuevo estado de madre, escondía su frente entre los encajes que rodeaban una carita rosada de ángel.

II

El recuerdo de este pasado volvía a su espíritu, en aquella sala, entre aquellas flores, delante de Diana.

En medio del mayor desorden, había baúles abiertos en la confusión de la llegada, que ostentaban por su contenido un lujo refinado. Diana llegaba de Italia. Hacía un año que no la veía. Quería él que volviera a partir la misma noche.

La joven se había encogido de hombros.

Estaba cansada—no podía ya ocultarlo más, y le pedía lo dijera en su nombre a su marido,—cansada de la vida que se le imponía; vida insoportable, mortal.

No se defendía, era culpable; pero no se cierra la casa a una mujer, por una simple palabra, sobre todo, cuando hay una hija.

No lo negaba, pues; no amaba a su marido; era verdad, amaba a otro; mas este "otro" lo ignoraría siempre. Por otra parte, lo había confesado ella misma a Sorges, lealmente, por escrúpulo de conciencia, para que no se la creyese mejor de lo que era. Pero Sorges había exigido el nombre, y ella se había negado a decirlo. ¿Por qué decirlo, si era su secreto propio? Su franqueza probaba su inocencia. No podía haber nada más.

¿La había echado? ¡tanto peor! Había partido, creyendo que tal vez la llamaría. Por eso, ni siquiera abrazó a su hija. ¿No la llamaba? Pues volvería por Margarita, para verla, para llevársela, ya que no podía vivir sin su hija.

Diana exponía todos estos detalles lentamente, con tono firme, aunque un sollozo contenido le hiciera a veces temblar la voz. Sus grandes ojos, apenas abiertos bajo las espesas pestañas, parecían temer levantarse. Había una contradicción extraña entre la resolución de sus frases y la timidez de su actitud.

El sufría mucho.

De súbito, se levantó ella, y rozándolo casi con su pecho palpitante, titubeando:

—Es mi esposo—dijo,—el que le envía a usted, ¿no es así? Le anuncié mi llegada y le di mi dirección. Por lo que veo, todo lo que merezco de él, es el consejo, dado por intermedio de usted, de alejarme de nuevo.

—No, yo mismo pensé venir.

—Entonces, ¿por qué tengo que irme?

—Porque es necesario. Créame: tiene usted que dejar París, aunque no sea más que por unos días; pero, ¡salga usted en seguida! No se la esperaba a usted; Sorges no está preparado.

—¿Qué le pasa?—preguntó Diana.

—Olvidaba la hora: Sorges me espera.

—¿Es indispensable?

—Absolutamente indispensable; tenemos los dos que cumplir un deber...

—¿Un deber?

Formulaba estas preguntas con su mirada fija, algo enternecida; pero él, en tono seco, agitado, nervioso, exponía otros argumentos, suplicándole de nuevo.

Debía prometerle que saldría en seguida. Si él insistía, era porque había motivos serios. De un momento a otro podría presentarse allí, en aquella misma sala, Sorges. En los últimos tiempos su irritación era excesiva. Por lo demás, bastante caro le había ya costado a ella la esperiencia; cuando se proponía vengarse, ¡nada lo detenía! Se alejaría, aunque fuera por una semana y se procuraría calmarlo, mitigar la violencia de su odio.

Pero Diana, obstinada, repetía:

—¡No! ¡no! ¡no! ¡quiero a Margarita!

Entró un criado llevando una carta en una bandeja de plata.

—De parte del señor marqués de Sorges.

Una carta grande, con un ancho borde negro, como un marco de crespón.

—¿Qué es esto?—preguntó Diana.

Palideció él horriblemente, y se precipitó para impedir que abriera el sobre.

En tono suave observó ella:

—No es por él por quien he venido; ¡es por mi hija!

Y siguió con voz entrecortada:

—Estoy enferma ¿sabe usted?, muy enferma. Necesito a mi hija. Hay momentos en que me parece que voy a perder la razón. ¡He sufrido tanto! ¡No merecía que se me tratara como una criminal! ¡Se me podía dejar al lado de Margarita! Sus pequeños dedos, puestos sobre mi corazón, habrían hecho impenetrable mi secreto. ¡Cuántas veces las hijas salvan el honor de las madres!

Como dormida, absorta en sus tristes pensamientos, se apoyaba inconscientemente en él. Luego, los ojos se abrieron de repente, brillantes de un reflejo de acero que las rubias pestañas hacían más intenso. Sus hombros se estremecieron bajo el cabello de oro resplandeciente.

El sol de la tarde, rozando el marco de la ventana, lamía el borde inferior de las cortinas, y acentuaba aún más aquel tono de luz de ámbar, que los hacía parecer dos fantasmas.

El contemplaba a Diana sin atreverse a hacer un gesto, de tal modo el fino rostro dolorido tomaba las proporciones fantásticas de un ensueño; su triste ensueño de cuatro años atrás, brotado en la plena luz de una iglesia, entre los acordes de los órganos, una mañana fría de invierno.

III

En medio del silencio, la campana del reloj dió tres golpes: se estremeció él.

Pero los grandes ojos de Diana, dilatados por el horror, ya recorrían el papel. Era una invitación fúnebre. Aquella misma tarde, a las cuatro, tenía lugar el entierro de Margarita.

Se dió vuelta, enseñando sus blancos dientes, y, contorsionándose en una formidable carcajada:

—¡Te amo! — gritó, echándose en los brazos de su interlocutor.

Una duda horrible le hizo estremecerse.

—¡Está loca! — murmuró aterrado.

Tenía razón: estaba loca; pero había dicho la verdad.

LOS DOS LEGIONARIOS

Por Paul HERVIEU

Después de la tormenta un viento áspero corría por la calle agitando cortinillas y encrespando los charcos de agua. A través de los vidrios mojados de mi ventana vi dos caballeros que acababan evidentemente de encontrarse: ambos oficiales de la Legión de honor, diferentes en aspecto, pero iguales en distinción; se sacudían mutuamente la diestra, con la boca cerrada, la mirada digna, el semblante severo.

El de este lado, flaco, de bigotes encerados, con la chimenea caída sobre la oreja, la levita arqueada y ajustada en la cintura ocupaba tal vez algún alto cargo en el ejército. El otro, un poco grueso, y de largos cabellos blancos, personificaba, por su rostro pálido y afeitado, su corbata blanca y su sombrero de felpa, al honorable miembro de alguna academia.

...No se desprendían absolutamente. Por el contrario, se fortificaron en sus actitudes respectivas: el oficial superior, apoyando la palma de la mano en su grueso bastón de junco; el docto, recostándose sobre el pico de cuervo de su paraguas desenrollado... Y permanecían inmóviles, mudos, bajo las gotas de agua que se escurrían todavía de un toldo.

Como su embarazo se prolongara, me tocó en el corazón; y, palabra de honor, me sentí instintivamente incómodo por ellos.

...Al fin el docto se decidió a romper el silencio; sus labios se agitaron. Al soplo de palabras que no oí, la fisonomía del oficial superior se puso aún más sombría; arrugas melancólicas lo surcaron de pronto. Y la respuesta fué prolijamente meditada...

Luego, sus dientes parecieron masticar frases breves.

Entonces el docto se retrepó bruscamente; sus párpados subieron y bajaron varias veces, como puertas de trompas, sobre el globo de sus ojos que chispearon. Y con un ademán que le cruzó las manos sobre el vientre, reveló una sorpresa incrédula, una compasión mezclada de espanto en su fuero interno...

Yo estaba prodigiosamente interesado. Cediendo a la necesidad íntima que uno tiene de dramatizar la vida, admiraba la fuerza ciega del azar que había puesto a esos dos antagonistas cara a cara, bruscamente, en una encrucijada. ¿Sería el azar, realmente? He ahí lo que temía yo no llegar a saber nunca.

...En seguida, los dos se entregaron a una mímica bastante extraña. El oficial superior levantó el bastón y lo paseó rígidamente alrededor de su botín izquierdo, como si trazara un plan. Hizo esto y esperó.

A su vez, el docto dibujó, con su paraguas, un triángulo sobre su zapato derecho, contemplándolo ardientemente, con la cabeza baja, como un geómetra preocupado en un problema.

Y entonces los dos se miraron de hito en hito con una ansiedad recíproca, fundiendo en una sola sus miradas...

Yo ya no respiraba.

...De repente, el docto señaló con su paraguas el pie del oficial superior, y describió una elipsis encima de esa extremidad.

Asomaron lágrimas a los ojos del otro, al que el viento agitaba con rabia los faldones de la levita. Con ademán febril sacó del bolsillo un pañuelo, con el que se tapó completamente la nariz; y, sin interrumpir su parte en los misteriosos procedimientos, tocó, con el extremo de su pesado bastón, los dedos del pie del docto.

Este se quitó el sombrero, se pasó los dedos por los cabellos y suspiró penosamente.

¿Qué desenlace iba a tener semejante situación?

...Los dos hombres volvieron a darse la mano, hablando apresuradamente y a un mismo tiempo, reteniéndose con fuerza, multiplicando los pequeños saludos de aquiescencia.

Cuando se separaron, noté que ambos cojeaban, por igual medida.

Estos representantes de la Legión de honor eran sin duda, gotosos, y yo había estado presenciando lo que ellos habían tenido a bien decirse sobre sus pies, únicamente sobre sus pies, sobre sus pies para y exclusivamente.

Para la gente de campo

LAS FRUTILLAS. — Cómo se cultiva y se cosecha la más exquisita de las frutas

Quizás, fuera del rosal, no exista planta que la cultura haya perfeccionado tanto, de generación en generación, como le ha sucedido a la fresa o frutilla. Hace trescientos años, no era mucho más sabrosa que cualquiera otra de las frutas producidas por las plantas que crecen en el borde de los caminos. Durante el siglo XVII, a alguien se le ocurrió ocuparse de mejorarla y entonces principió su cultivo.

Poco después se pensó obtener especies nuevas, mezclando las europeas con las americanas. Los resultados fueron generalmente satisfactorios. De padres a hijo familias enteras de jardineros continuaron los experimentos cruzando y recruzando las especies. El mejor resultado obtenido últimamente, es la variedad "Royal Sovereign".

Casi no hay comparación posible entre la frutilla de los bosques del norte de Francia, de Inglaterra y de Alemania con un producto tan perfeccionado, tan realmente magnífico como el "Sovereign".

Si las plantas tuvieran nuestras pequeñeces, no hay ninguna de las muchas clases de frutillas cultivadas que no volvieran con desdén su altiva cabeza si se encontrase de repente al lado de su abuela, la pobre fresa silvestre. Habría que perdonarle ese movimiento orgulloso, la frutilla moderna es demasiado cara a los aficionados para que no se la encuentre siempre perfecta.

En Inglaterra, una parte de los condados de Kent y Hampshire han merecido el nombre de tierra de la frutilla. Allí durante las primeras semanas del verano, se desarrollan escenas graciosísimas. Las centenas de miles de verdes plantitas abren a los rayos del sol su multitud de flores blancas, promesas de una cosecha generosa.

Hecho por el jardinero lo posible para obtener una fruta de primera clase, el resto debe dejarse a merced de ese tan movedizo e intranquilo personaje que es el tiempo, especialmente durante el cambio de las estaciones.

Pocos son los que se deleitan saboreando las frutillas y que reflexionan sobre los muchos cuidados que han recibido del horticultor, ni las muchas inquietudes que le han dado. Desde que sus primeros botoncitos se forman hasta que la fruta madura vaya a descansar en una cestita y presentarse al aficionado.

Hay que proteger las pequeñas plantas de los fríos tardíos de la primavera, y conservar los canteros libres de toda yerba que sofocaría las frutillas. Pero no es todo, el sol no tarda en arrojar directamente sus rayos sobre la tierra y es de temer que en vez de madurar simplemente la fruta la queme: nueva causa de alarma.

No cabe duda, sin embargo, de que cada año vamos imitando aquí a los incansables hortelanos de Europa y que nuestra fértil tierra producirá cantidades de frutillas tales que no sólo el precio de ellas, las harán en la debida estación, común con todas las mesas, sino que las exportaremos.

No hay razón alguna valedera para que muchos distritos de la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, no se conviertan en otra tierra de las frutillas como aquella a que aludiamos al principio, y creemos, por consiguiente, útil indicar no sólo cómo se cultivan allí, sino cómo se cosechan, que esta última operación exige también aprendizaje serio.

Hace cincuenta años, se introdujo en el Hampshire unas pocas plantas de frutilla. La tierra resultó muy favorable para ese cultivo y primeramente despacio, luego con un ímpetu que demostraba cual resultado daba, los plantíos fueron cubriendo espacios de terreno más considerables. Ahora se les ha consagrado miles de acres. Ahora, todos los habitantes, desde el peón en el pequeño huerto que rodea su casa, hasta el quintero que le consagra centenares de acres, todos cultivan las frutillas.

Cuando las flores se han transformado en verdes cabecitas prometedoras de frutas deliciosas, los cuidados redoblan. Uno de los primeros, es protegerlos contra el efecto de la lluvia, que los encorva hacia la tierra y les cubre de barro. Para impedirlo, se echa en el suelo, entre cada planta una capa de paja menuda donde, en todo caso, pueden descansar las frutillas. Centenares de acres se cultivan así, y la labor que exigen es, como se comprende, prodigiosa.

El efecto producido por esa operación en un área tan grande, produce un efecto muy raro. El color claro de la paja, el verde oscuro de las hojas de las plantas y el rojo de las frutas que maduran se combinan para ofrecer un espectáculo digno de ser visto.



EN LA AVENIDA DE MAYO

—¡Mozo! ¿Me da usted una paja para tomar la limonada?
—Haga el favor de esperar un momento, que están todas ocupadas.

Luego se hacen los preparativos para la cosecha y éstos no son pocos. Desde luego, las frutillas se envían a los clientes en pequeñas cestas de mano, de la capacidad de un galón (unos 4 decímetros cúbicos) y pesan cuando están llenas de cuatro a cinco libras.

Puede hacerse uno la idea del número de esas cestas que se emplean en el distrito de Hampshire durante la estación propicia, con saber que, el año pasado, de la sola estación de Swanwick, no se despachó menos de 940.000 para Covent Garden y otros centros de distribución. Hubo día en que se enviaron 42.000 cestas. Y Swanwick es una sola estación entre la media docena de las que despachan los productos de ese distrito. Grandes pilas de esas cestas han de haber sido preparadas de antemano, para que las lleven los cosechadores.

Entre las muchas otras operaciones demasiado numerosas para que se mencionen, hay que citar, sin embargo, la erección de tiendas y galpones donde se pesan, cierran y dirigen las cestas y se las prepara para mandarlas al ferrocarril, los contratos pesados con los consignatarios y en fin, lo más importante quizás, es el conchabo de los cosechadores.

La verdadera cosecha principia durante la primera semana de julio.

Las matas se hallan entonces en todo su crecimiento y algunas son relativamente enormes, pues ciertas variedades llegan a tener quince pulgadas de alto, y están cubiertas de frutos que necesitan solamente del calor irradiado por el sol de verano, para tener ese delicioso color de las tempranas frutillas.

Las plantas fuertes y bien abonadas de dos o tres años producen frutos de tamaño anormal y de peso extraordinario, y no es raro obtener de un solo pie dos o tres onzas en cada recolección. Algunas frutillas crecen en formas raras.

Una de las más extrañas que se recuerde es la que presentó el año pasado una planta de una quinta de Hampshire: de un grueso tallo, de tres pulgadas y media de circunferencia, salían no menos de treinta y dos frutillas.

Algunas variedades dan más fruto que otras. Se ha cosechado en una sola planta hasta tres libras de calidad superior.

Lo que más llama la atención del visitante en ese campamento, es el número extraordinario de los niños harapos y sucios que contiene. Sin embargo toman su parte en la labor y ayudan a sus padres. La recolección de las frutillas es la gran fuente de ganancias de esos individuos. Los mismos vienen, año tras año, a determinadas quintas donde se les espera.

Cuando está bien organizada, la cosecha de un campo de frutillas de cinco acres por ejemplo no es tan monótona ni fastidiosa como se creería. El pequeño ejército de hombres y mujeres se esparce en él, dos o tres por cada hilera de plantas.

Naturalmente, se recoge sólo la fruta madura, y como la revisan dos o tres personas, cada hilera de frutillas no tarda en ser despojada de todas las que se pueden mandar al mercado. Naturalmente, quedan las demás y las verdes, para otra recolección y se verifican cuatro o cinco de éstas antes que se haya sacado de las plantas toda la fruta que puede dar.

Tan pronto como una cesta está llena, un niño la lleva a la tienda o galpón para que se la examine, después de haber suplido el cosechero con otra cesta.

Trabajando de esta manera, dos hombres no tardan en "limpiar" un gran plantío.

Tan pronto como los niños encargados de ello, llevan al galpón los galones llenos, se examinan las frutillas se las cubre con una hoja de grueso papel blanco sobre el cual se halla impreso la dirección del consignatario y se las envía. A menudo las cestas deben ir a parar a centenares de millas de distancia, y no hay nada más que esa hoja de papel entre el deseo de un goloso ladrón y la fruta tentadora.

Los carros que llevan las cestas de frutillas hasta la estación están construídos de una manera muy ingeniosa y tienen varios estantes, de manera que pueden transportar un gran número de ellas sin que el peso de una aplaste el contenido de la otra. La misma disposición se ha repetido en los vagones de los trenes que salen de la estación de Swanwick durante la estación propicia.

La estación, en el momento de la partida, presenta un raro espectáculo de animación—de animación ordenada, se entiende. No hay confusión, ni gritos innecesarios. Dos trenes forman una ancha y larga avenida. Los carros llegan hasta los vagones, que llevan cada uno un tablero con la indicación de su destino. En su interior van provistos de estantes sobre los cuales se colocan lasa cestas de manera que se llena todo el mayor espacio posible: pueden entrar así unas seiscientas en cada vagón. La ventilación es perfecta. Cuando llega al fin de su viaje cada frutilla se encontrará en su lugar y en la mejor condición posible.

Los más grandes productores de frutilla despachan anualmente unas cuarenta mil cestas de 4 libras. En esta cantidad no está incluída la fruta que se recoge más tarde y se destina a las fábricas de dulces y jaleas.

Londres, con sus seis millones de habitantes es naturalmente el gran mercado de Europa para las frutillas y Covent Garden aunque siempre sea un lugar de transacciones importantes presenta en julio un movimiento extraordinario. Desde media noche, grandes carretas cargadas "hasta las orejas de los caballos", de las cestitas de frutillas se alinean en las calles vecinas y, poco a poco, en medio de un ruido ensordecedor, de las invectivas que se prodigan los conductores, de los latigazos, de los caballos que caen o que quieren disparar, todos van descargándose, las cestas pasan un momento en los depósitos de los consignatarios y no tardan en ofrecer sus odoríferas frutas en los escaparates de las casas de comestibles y de primores de todos los barrios.

El testamento cruel

Por J. H. ROSNY

—¿Qué cómo ha ocurrido?—decía Carlota Nallet a su amiga Catalina, que acababa de llegar de los antípodas.—De un modo más sencillo que muchas aventuras banales. Cuando emprendiste tu viaje a Brisbane mi padre acababa de morir y nos dejaba sin recursos. Era la miseria, agravada por la enfermedad de mi madre y falta de condiciones para luchar por la vida. Encontré un empleo, que tuve que dejar a las dos semanas porque al jefe le gusté demasiado. Por la misma causa tuve que dejar una segunda ocupación. Me encontraban hermosa, y esto era un obstáculo. La miseria era en casa cada vez mayor.

Por entonces regresó de Egipto mi tío Celestino, hermanastro de mi padre. Vino a visitarnos. Era un viejo bien conservado, y cuando me vió exclamó:

—¡Qué sobrina más encantadora tengo!

Oyó los lamentos de mi madre y accedió a prestarle con un recibo en regla 500 francos.

—Que venga a verme mi sobrina—dijo al marcharse.

Fuí a verlo y se mostró muy amable. Volvió a prestarnos otros mil francos, y un día me dijo:

—Hija mía, quiero que mi fortuna sea tuya, y para eso hay un medio. Sé mi mujer. La ley no lo impide.

La proposición me causó espanto, y a mi madre aquella unión le pareció algo abominable. Rehusamos. El tío Celestino insistió de nuevo, y ya no volvió a prestarnos dinero. Un día supimos que estaba enfermo de cuidado y fuí a verlo varias veces. Siempre me recibía gruñendo:

—¿Vienes a contar mi dinero, ingrata? Pues no se necesitan muchas escrituras para desheredar a una sobrina. Y, sin embargo, si quisieras...

Murió. Estábamos seguras de que me había desheredado; pero el notario nos hizo saber que me dejaba heredera de la mitad de su fortuna. La otra mitad iría a manos de un primo nuestro, al cual no conocíamos porque sus padres estaban reñidos a muerte con el mío. El testamento imponía una condición. Mi primo y yo debíamos casarnos. Durante cinco años sólo percibiríamos el interés del capital, y transcurrido este tiempo la fortuna pasaría a ser propiedad de nuestros hijos. A falta de hijos el capital pasaría a la beneficencia para obras de caridad.

—¡Es innoble!—dijo mi madre.

Era todavía más innoble de lo que había imaginado, porque mi primo resultó ser un mutilado de guerra un cuerpo sin piernas y con un solo brazo.

Vivía miserablemente en el bulevar Talence, adonde fuimos a verlo. Nos encontramos con un joven mortalmente triste y muy simpático. Había debido de ser muy alto. La primera impresión fué horrible. La idea de ser la mujer de aquel hombre, casi sin miembros, me produjo espanto. Lo comprendió y me dijo:

—Sí; ese testamento es infernal. Parece más bien una venganza.

—Eso es, en efecto—dijo mi madre. Y le contó nuestra historia.

—¡Qué canalla!—exclamó el mutilado.

Mi madre lloraba. Le espantaba la miseria, mucho más ahora con la visión de la fortuna perdida.

El mutilado la miraba compasivo. Al fin dijo melancólicamente y resignado:

—Ese miserable deja una fortuna cuantiosa; casi cuatrocientos mil francos de renta. Me parece que los gustos de usted son modestos; los míos, también. En cinco años podríamos economizar lo bastante para ponernos los tres al abrigo de la miseria, y entonces mi prima será todavía demasiado joven.

—Tendrá veinticuatro años—suspiró mi madre.

—Toda una vida por delante. Pues bien—y lo juro que pienso más en usted que en mí,—aceptemos ese matrimonio, que será una ficción de matrimonio, y en seguida nos divorciaremos.

Había tanta honradez en el tono de su voz y en su mirada, que no nos atrevimos a decir que no. Lo pensaríamos... Y lo pensamos.

Todo dependía de mí. Mi edad era la edad de los bellos sueños. ¡Cinco años! ¡Aquello me parecía una eternidad! ¡Pero mi madre enferma, la miseria..., casi la indigencia! Al tercer día dije que sí, y al mes siguiente era la mujer de mi primo Pedro.

En el intervalo la simpatía había crecido entre nosotros. Convinimos en vivir los tres juntos, como lo exigían las conveniencias sociales.

Fuimos más bien dichosos. Los cuidados asiduos volvieron a mi madre la salud perdida. Pedro reunía documentos para escribir un libro sobre la guerra. Yo vivía... soñaba...

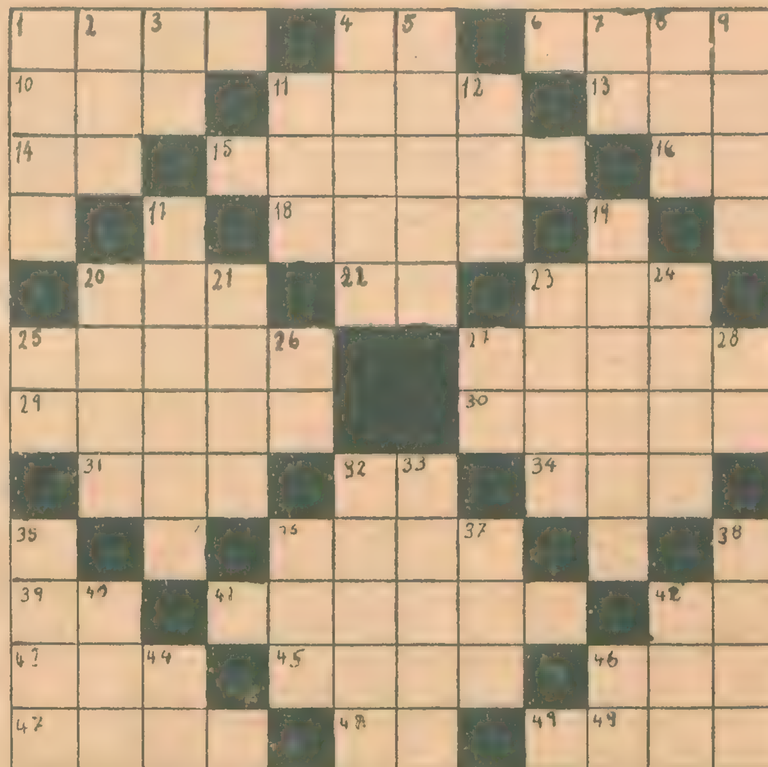
Por lo demás, mi afecto para mi compañero aumentaba. Era muy simpático. El pavor que me produjo en otro tiempo la vista de su cuerpo mutilado se atenuaba de día en día. Era un organismo sano, por el que circulaba una sangre pura.

La vida apacible duró poco. Pedro estaba cada vez más triste, y pude advertir que sus ojos me miraban con amor. Primero sentí la misma repulsión que al verlo por vez primera. Luego tuve piedad de él, y esta piedad se fué acentuando cada vez más. Un día no pude soportar verlo desgraciado, y me decidí a ser su mujer.

Al cabo de algún tiempo ya no me daba cuenta de la miserable condición de Pedro. Mi amistad por él se transformaba en un amor muy tierno, tan tierno, que deseé ser madre, y tuve la felicidad inmensa de serlo de un hermoso niño, robusto, fuerte, como lo fué Pedro.

Esta es mi historia. La venganza de mi tío Celestino ha fracasado. Quiso sembrar la desgracia y sembró la felicidad. Amo a mi marido, amo a mis dos hijos, amo la vida, la juventud, la primavera, y mis sueños juveniles, que yo creía quiméricos, han llegado a ser una realidad.

Palabras cruzadas



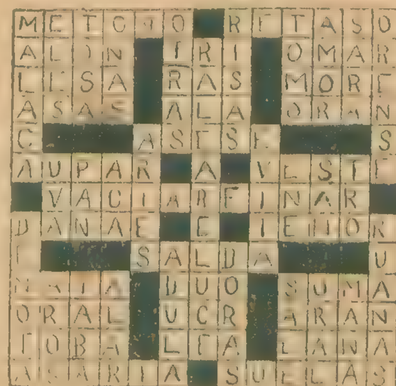
HORIZONTALES

1—Cosa de bulto.
4—Nota musical.
6—Conjunto de flores.
10—Tiempo periódico.
11—Orate.
13—Título de nobleza.
14—Nota musical.
15—Cuerda gruesa.
16—Acusativo de un pronombre personal de tercera persona.
18—El que está bien de salud.
20—Nota musical.
22—Acusativo de pronombre personal de tercera persona.
23—Pronombre personal en plural de primera persona.
25—Huesecillo de la parte posterior de las fosas nasales.
27—Chismes, cuentos.
29—El que recurre a un juez buscando sentencia favorable.
30—Palmípedo.
31—Altar de sacrificios.
32—Lo que desean conseguir los novios.
34—Sinónimo de unir.
36—Adonde suelen ir varias obras teatrales rechazadas por el público.
39—Contracción.
41—Engañoso, fraudulento.
42—Interjección para detener a las caballerías.
43—Autoridad etiópica.
45—Mercado marroquí.
46—Una persona cualquiera.
47—Raza de la que proceden los indo-europeos.
48—Iniciales de una nación americana.
49—Lo que usan los barcos que no son de vapor.

VERTICALES

1—Gentilicio de una nación desaparecida de Asia.
2—Lo que busca todo el mundo
3—Nota musical.
4—Uno de los fundamentos de la Etica.
5—Imágen sagrada en la religión ortodoxa.
7—Carta valiosa de la baraja.
8—Lo mismo que mirra.
9—Lo que conviene que hagan los fieles en la iglesia.
11—Artículo determinado en plural.
12—Lo mismo que propietario.
17—Planta que sirve de condimento.
19—Planta oriunda de América.
20—Plato que figura en todos los banquetes.
21—Lo mismo que atontada.
23—Nombre de mujer
24—Gusta mucho a las mujeres
25—Lo que contestan los mozos cuando les llaman.
26—Iniciales de la nación.
27—Lo que hace el generoso.
28—Pronombre enclítico.
32—Célebre legislador griego.
33—Parásito.
35—Lo contrario de cruz.
36—Ciudad de Galicia.
37—Plantígrado
38—Apéndice de los animales.
40—Alero.
42—Lo que suponen que tiene la mujer andaluza.
44—Adverbio.
46—Clásica infusión china.

Solución del problema anterior



El aire es la vida

La renovación del aire en los locales donde se encuentren reunidas muchas personas es indispensable, siendo una precaución que se descuida muy a menudo. Nuestra respiración introduce en el aire, además de una mayor proporción de gas carbónico y de vapor de agua, exhalaciones de la boca, pulmones y piel, que son otros tantos productos deletéreos eliminados por el organismo y que, por tanto, son del todo impropios para entrar de nuevo en nuestro aparato respiratorio.

Por lo tanto, en el cuarto de un enfermo esta renovación es todavía más indispensable.

Es útil recordar que un hombre adulto necesita, para su respiración, 6 metros cúbicos de aire por hora. Una habitación, para ser sana, debe tener por lo menos 3 metros de altura y un volumen de aire de 13 metros cúbicos por individuo.

PAPEL Y TINTA

"El camino de Eros", Poemas de Samuel de MADRID

Saliéndose de su marco trazado, el señor De Madrid da a la publicidad este libro de poemas íntimos, en los cuales significa cambiantes estados de su alma, siempre en una forma sencilla aunque sin ninguna característica particular.

El volumen se hace estimable, porque una de sus mayores riquezas la constituyen la sinceridad. El escritor hablándole a la éjida de sueños, a la amada inspiradora, sabe encerrar una tristeza siempre dominante en los pequeños cuadritos de sus poemas, casi siempre juveniles, frescos y amatorios.

Es un poco difícil dentro de la sencillez encerrar una emoción, y mucho más para un poeta que pasa del verso a la prosa, y el señor De Madrid lo consigue.

Sin embargo, creemos que su fuerte es el verso y esos estados de alma dichos por él en versos sonoros hubieran ganado en emoción. No obstante este libro, es tierno como una flor y sentimental. Es un libro concebido por un espíritu sutil.

"Tres novelas jujeñas", por Horacio CARRILLO

Dice el autor de este libro, en su título, "Tres novelas jujeñas", pero entrando a estudiar su obra notamos que sus novelas son más bien descripciones acertadas, matizadas de color y belleza.

En la novela, los personajes tienen vida, movimiento, color; se desarrollan y actúan dentro de un ambiente, pero el señor Carrillo, no nos pinta los personajes, no les da movimiento, sólo los describe con conciencia y acierto, con un estilo dulce y agradable, de aquí por qué este libro difiere de su título con la parte intrínseca.

No es una obra pesada, al contrario, se hace estimable, pues el señor Carrillo, conocedor de la región del norte, nos hace vivir en aquella soledad, en aquel silencio acariciador. Su pluma narra, describe, pinta con calor y emoción, escenas, cuadros, paisajes, pero los protagonistas están ahí, sin vida, reflejados por él, sin actividad alguna.

En síntesis, esta obra es interesante, porque el lector se llena de conocimientos de aquellos lugares tan bellos y tan poco visitados. Son dignas de citarse las descripciones panteístas, algunas de sabor patriótico y otras con muchas reminiscencias de pasadas épocas.

Problemas de educación, por Oreste CIATTINO

He aquí un librito bien concebido, donde el autor con bastos conocimientos de educación, estudia algunos problemas que conciernen con aquella.

Este libro debieran leerlo todos los maestros, los cuales muchas veces encerrados en su apostolado de enseñar, descienden al estudio de las obras como estas, que abren un horizonte y critican con acierto e inteligencia.

El señor Ciattino, unifica un estilo claro y sobrio, a la acción de su pensamiento preciso y de sus conocimientos acertados en materia de educación.

Todos sus problemas los resuelve sin apasionamiento, con inteligencia, por eso esta obra se hace estimable y bella.

F. B. V.

"Cuentas de vidrio", Poesías de Eduardo O. ZAPIOLA

He aquí un libro simpático. Su primer mérito consiste en la sencillez y emoción que encierran casi todos sus versos. El autor de "La canción de los niños", sigue el sendero iniciado en su obra anterior. Una ternura suave, un encanto casi infantil, surge de aquellos trabajos donde pone la gota de acíbar que agrega su espíritu atormentado. Surge también el anhelo imposible de poseer el alma de aquella mujer lejana y de tener en sus brazos, en constante adoración, una rubia cabeza de amante...

Claro está que no en todas sus poesías vive momentos de tristeza. El señor Eduardo O. Zapiola es, también, un fino observador, y desarrolla con acierto el verso irónico.

Finalmente, hay en este volumen trabajos notables, tales como "Insomnio", "Virgen", "Nuestra casa", "Febricitante", y otros de no menos valor artístico, donde el autor demuestra sus indudables dotes de poeta.

E. M. de O.

"Nativa"

He aquí el interesante sumario de que consta el último número de la popular revista criolla que dirige el señor Julio Díaz Usandivaras: Juan Peláez, Los montoneros (portada); F. Pereyra, Adivinanzas criollas; L. A. Espeche Cano, El mogote manchao; M. Martínez del Río, Las hierbas virtuosas; Miguel A. Camino, La escarapela; J. Díaz Usandivaras, Argentina; Carlos Acuña, El repecho; J. Díaz Usandivaras, La nacionalidad y el mate; Aníbal Marc. Giménez, La lechuza; Roberto Lehmann Nitsche, Astronomía indígena americana; Pedro Sofía, Cielito (página musical); Pedro C. de María, En la estancia; G. Coria Peñaloza, Siluetas nacionalistas; J. P. Echagüe; Orosman Moratorio, Flor del monte; Silverio T. Vázquez, Campaña bonaerense; Miguel Martos, Amor propio de gauchos; Carlos Stutz, Los cardos; Sarah Esther Arroyo, Sollozos de guitarra; Pedro C. Nieto, Saudade; Juan Zuretti, Oid mortales el grito sagrado (composición fotográfica) Ricardo V. Sánchez, Nativa; Cleofé Pereyra de Goicca, Tía Juana; Daniel Elías, Décimas; Ramón Emigdio Avecilla, El consejo del tata; Osvenci Donadio, Campera; Enrique Pérez Colman, En la ciudad "arribeña"; Alberto Williams, Ausencia; L. J. Schenoni, Un año más; Hugo Silvestre, El fantasma; Simón P. Bayona, La carreta; Parmenia Romo Pueyrredón, Felicidad; José M. Oyuela, La tradición; Busilis, Bibliografía; Lizardo Molina Carranza, Deberes con la patria; Redacción: Juan Zuretti, Una enormidad, Cine Los Andes, La poetisa Edeff, Del vicegobernador de Entre Ríos; ilustraciones de Agrelo, Delfín G. Lorea, Eusevi y Fortuny.

Lo que dicen de "Canciones de ternura", el último libro de José E. Peire

Para cuantos tuvieron oportunidad de conocer y apreciar las manifestaciones poéticas del autor de este nuevo tomo de versos y especialmente "Inquietud", un bello libro de iniciación, la lectura de la última obra de José E. Peire viene a constituir el exponente corroboratorio del verdadero valor que encarna este joven poeta que, apenas salido del período de la adolescencia, se nos muestra pletórico de inspiración en un meritorio afán de sobreponerse a las gravitaciones del ambiente, poco propicio, como es notorio, a este género de nobles especulaciones ideales.

Hay en "Canciones de ternura", cuanto puede serle exigido a un libro de su índole: espontaneidad en la realización; belleza en la forma; visión clara de los temas elegidos; compenetración ostensible de lo objetivo y lo subjetivo, que funde a veces de manera sorprendente sin llegar a la arbitrariedad caprichosa y deformadora; un alto sentido de los fines de la vida; en una palabra: espiritualidad y seguridad en la concepción y medios generosos para expresarla traduciéndola en obra estética que eleva o conmueve, que nos encanta y que nos hace pensar.

Es posible, que el dolor de Peire no sea el dolor que la realidad, brutal y atormentadoramente, va volcando en el corazón de los hombres para ennoblecerlos y hacerlos más sabios: el dolor de los veinte años no es el dolor de las edades avanzadas, la diosa Ilusión es el hada madrina de los corazones que despiertan a la vida y que se estremecen ante el misterio de lo que aún ha de venir y que se espera el tesoro cuya posesión ha de hacernos poderosos y triunfadores. El dolor de Peire, es el dolor de las primeras espinas que la rosa de los goces iniciales oculta entre la esmeralda suave de su ramaje tentador. Pero el poeta—y Peire lo es en la más noble acepción del vocablo—goza del privilegio de las anticipaciones. Su alma, como su corazón, van más allá de la hora vivida para penetrar en las reconditeces imaginadas en los instantes del ensueño. La visual de su espíritu horada los horizontes y se extiende inquisidora en las lejanas auroras de los lejanos días. Y sintiéndose fuerte para abandonar transitoriamente la propia cárcel, visita las cárceles ajenas; padece con el dolor de los otros; y recogiendo de ese viaje imaginario la gran enseñanza de las experiencias sentimentales, vuelve para elaborar con ella la inimitable miel con que se enriquece el dorado panal de la poesía, de la poesía que pone en nuestras pupilas una lágrima y en nuestra alma una promesa o una consolación...

Y esa es la poesía de este libro de Peire, como lo fuera la de su anterior: poesía que es una lágrima, un suspiro, una nota

"Forjado entre el anhelo y la ve-
[hemencia",

como expresara él mismo al definir las características de "su verso" en las páginas de "Inquietud".

Pero lo que mejor sintetiza la obra de este poeta joven que tan gallardamente hace sus primeras armas, es la blanda ternura que pone en ella; ternura de alma buena, de un alma en la que el niño aún no ha sido definitivamente sustituído por el hombre, de un alma que se embebe en delectaciones insuperadas con el beso casto de la madre generosa en sacrificios o con la mirada promisora de la novia gentil que le brinda el perfume de sus flores de ilusión.

¿Qué es, en suma, el nuevo libro de versos de José E. Peire? Pues, sencillamente: la obra de un poeta que no usurpa el calificativo.

Si no puede decirse menos, como expresión de juicio crítico... tampoco puede decirse más, que no son poetas todos los que haciendo versos lo pretenden, ni puede, para los que realmente lo son, haber mejor elogio que el reconocimiento de su jerarquía intelectual y de la legitimidad de sus títulos a la admiración y al respeto.

Y frente a estas "Canciones de ternura", como ya antes frente a "Inquietud", es de justicia reconocer en Peire esa jerarquía y esos títulos, los más altos que pueden ostentarse aún entre quienes los menosprecien por incomprensión o los combaten por sordidez egoísta o utilitaria.

"Canciones de ternura", contiene un interesante prólogo del autorizado escritor y poeta Félix B. Visillac, que es un justo elogio de la personalidad de Peire, quien con esta nueva obra confirma plenamente las fundadas esperanzas que hiciera concebir en su apreciabilísima labor anterior.

JOSÉ OLIVA NOGUEIRA.
Rosario, 1925.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

(Continuación)

Tuberculosis intestinal.—Acompaña frecuentemente a la tuberculosis pulmonar, sobre todo al final de su evolución.

Síntomas. — Formas de los adultos: Diarreas, primero pasajeras, luego permanentes con evacuaciones abundantes que debilitan mucho, acompañadas de dolores de vientre y en ciertos casos de pérdida de sangre; a veces se observan trastornos disenteriformes con falsas ganas de defecar, que se repiten con intervalos próximos.

Forma infantil. — En los niños la enteritis tuberculosa va siempre complicada con tuberculosis de los ganglios de la parte del peritoneo que envuelve a los intestinos. El vientre se hincha y sus venas se hacen muy visibles.

Higiene preventiva de la tuberculosis. — Para todo el mundo: Tomar la costumbre de respirar lo más profundamente posible, y siempre por la nariz, cuyo mucus es microbicida.

No acostumbrarse a llevar pañuelo de seda, lo cual hace muy sensible al cuello a cualquier cambio de temperatura. No besar nunca en la boca, pues el contagio se produce por esta vía.

Vivir lo más posible al aire libre, escoger para dormitorio una habitación grande cuyas ventanas estén siempre abiertas durante el día, y de noche entreabiertas, o sea la persiana cerrada. No beber más que leche hervida, y cuidarse de no comer menudillos de animales, si estos no están muy bien cocidos.

(Continuará).

Secretos de tocador

PARA BLANQUEAR EL CUELLO Y LOS HOMBROS

Son las pomadas y las cremas, aplicadas con discreción sobre la piel, las que dan a los hombres y al cuello la blancura y el brillo.

Después de esta primer aplicación, se procede al empolvado meticuloso empleando polvos blancos, naturales, rosados o rachel, según la tonalidad de la piel.

Las hermosas de otre tiempo, antes de descotarse se pasaban por los hombros y cuello un linimento hecho de raíces de ciclamino, o bien se frotaban con una pasta formada con harina de nabo. Esas operaciones tenían por fin dar a la piel toda su nitidez.

El harina de habas y la destilación del jugo de limón, jugo de fresas y de pepinos, así como el agua de genciana tienen la propiedad de limpiar perfectamente la piel y blanquearla.

Cuando se tiene prisa, se considera más práctico recurrir a preparaciones experimentadas que se pueden además componer en casa, no ofreciendo ningún peligro desde el punto de vista de la higiene.

Esta receta es la de una excelente pasta que tiene por objeto blanquear la piel:

Pomada de pepinos . . .	50	gramos
Oxido de cinc.	5	,,

Tendréis cuidado de emplear antes la siguiente loción, que blanquea la piel:

Agua de rosas.	450	gramos
Tintura de mirra. . . .	5	,,
,, ,, opoponax . .	8	,,
beniuí . . .	5	,,
,, ,, quillaya. . .	9	,,
Esencia de limón. . . .	4	,,

Les recomiendo igualmente esta otra pasta, muy conocida y muy eficaz:

Miel de Narbona . . .	25	gramos
Grasa de chancho. . . .	15	,,
Agua de rosas.	15	,,
Aceite de almendras dulces	25	,,
Tintura de mirra.	5	,,
Jugo de cebollas de azucena	5	,,

Para apretar la piel del cuello, se hacen unciones ligeras con algodón hidrófilo impregnado con la siguiente preparación:

Glicerina.	50	gramos
Agua de rosas.	50	,,
Agua oxigenada.	20	,,
Alumbre en polvo. . . .	5	,,

Si la piel del cuello es un poco terrosa, las unciones se hacen con una leche que contenga las substancias:

Lecho de almendras. . .	300	gramos
Naftalina.	10	,,
Nitrobencina.	2	,,

Esta otra crema limpia y suaviza la piel sin irritarla jamás:

Miel semilíquida.	400	gramos
Aceite de almendras amargas	400	,,
Harina blanca de almendras.	150	,,
Glicerina.	100	,,
Agua de rosas.	100	,,

Es el aceite y el harina de almendras que dan a esta crema el poder de suavizar.

Les aconsejo, para los cuidados diarios, emplear un jabón que no debe prepararse más que en pequeñas cantidades:

Aceite de almendras dulces	200	gramos
Manteca.	200	,,
Jabón ordinario.	300	,,
Agua de malvavisco. . . .	400	,,
Alcohol.	50	,,

Se pone en un tarrito, al bañomaría, se deja fundir para que se incorpore todo. Se trasvasa y se deja enfriar. Se aromatiza según el gusto.

Consultorio del hogar

LOS ABASTECEDORES

A excepción de algunos detalles que son de la incumbencia del dueño de casa, generalmente es la mujer la que está en relación con los abastecedores. A ella, pues, es a quien toca escogerlos con cuidado, y no según su renombre y su boga,—a menos que tenga una situación que le permita hacerlo—pero entonces debe adquirir la seguridad de que son concienzudos, honrados y que sus mercancías son de buena calidad.

En principio hay que evitar una apertura de cuentas con los proveedores, sobre todo en la concerniente a gastos corrientes; el crédito, es el principio del trastorno. A veces se está precisado de no pagar las cuentas más que cada mes, particularmente en el campo, en donde la falta de cambio, una ausencia, etc., son razones de fuerza mayor. En este caso se debe inscribir en un cuaderno la fecha y la naturaleza de la entrega. Provista de este documento se verifican las facturas y así se ve si el abastecedor no ha sorprendido nuestra buena fe o si no se ha equivocado y ha omitido apuntar una mercancía. En tal caso debe hacérsele notar, y de este modo adquiere la seguridad de que sus facturas son cuidadosamente examinadas, lo mismo en su interés que en el de su cliente, concluye por experimentar por éste una gran consideración que se traduce en pedidos perfectamente solicitados.

Otro punto no menos importante es no destruir nunca una factura pagada ni un simple recibo, todo debe ser cuidadosamente clasificado y conservado. Las letras pueden ser reclamadas, una letra de comercio es valedera durante varios años, si se lleva a los tribunales, y las facturas pueden cobrarse en el término de un año.

Consultorio femenino

María Elena B. Lanús.—Esta receta es muy buena para fricciones:

Flores de eucaliptus. . .	200	gramos
Hojas de eucaliptus. . .	50	,,
Vinagre bueno.	1	litro

Haga macerar flores y hojas después de reducirlas a fino polvo. La maceración debe durar un mes. Luego filtre y ponga en frascos.

Mezclado con agua, es excelente para la cara e imponderable para fricciones del cuerpo.

Alba F. Rosario.—Para blanquear las manos haga preparar:

Aceite de almendras dulces	50	gramos
Agua de rosas.	20	,,
Agua de Colonia.	15	,,
Polvo de arroz.	1	cucharada
Glicerina.	1	,,

A una lectora. Lomas.—Para descongestionar la nariz:

Agua destilada de llanten	20	gramos
Agua de salvia.	20	,,
Glicerina.	10	,,
Agua de rosas.	20	,,
Sulfato de cinc.	2	,,

Mezcle. Humedezca la epidermis muchas veces por día.

Mary Rosa. Capital.—Un buen polvo contra las arrugas es el siguiente:

Mezcle:

Talco.	25	gramos
Polvo de iris.	5	,,
Polvo de almidón.	10	,,
Fécula de arroz.	2	,,

Sofía S. Capital.—Esta poción es muy buena para combatir la obesidad:

Yodo.	0,50	gramos
Yoduro de potasio. . .	1	,,
Agua.	300	,,

Dos cucharadas en cada comida.

Novias



1. Traje en crespón adornado con cuadrados de la misma tela. Galón de perlas terminado con una borla.
2. Vestido en crespón romano, adorno de encaje en la religiosa y en las mangas.
3. Traje en charmeuse adornado por un volante en forma y de una doble cola retenida por galones de perlas.
4. Cómo se fijan los cuadrados del traje N.° 1.
5. El mismo trozo de tejido forma los dos volantes y la cola del traje N.° 2.
6. El delantero de la fig. 3 mostrando el cruce y cómo se coloca el volante.

El testamento de una señora yanqui

Deja su fortuna para los perros

Durante un formidable incendio que se produjo en una casa de Mount Holly, Nueva Jersey, sucumbió una señora llamada Beatriz Bohn, en compañía de dos hermosos perros, que constituían toda su familia, y a los cuales adoraba.

El fuego destruyó también el edificio y sólo pudo salvarse de las llamas una caja de caudales, en que la señora Bohn guardaba sus joyas, acciones de numerosas sociedades que se hallan en brillante prosperidad y su testamento.

La fortuna de la señora Bohn asciende próximamente a cinco millones de dólares.

Al conocerse la noticia de su muerte se ha presentado a las autoridades de Nueva Jersey una señora habitante en Filadelfia llamada mistress María S. Hartwig para ponerles de manifiesto una carta que le había escrito la señora Bohn, juntamente con un testamento, en que dejaba toda su fortuna a aquélla; pero a condición de que la utilizara en construir un vasto edificio, donde había recoger a todos los perros "sin hogar y desgraciados". La testadora ordena que su funeral sea lo más barato posible, y que los fondos se depositen en dos bancos, a disposición de la persona encargada de cumplir sus últimas voluntades, que son las de cuidar de los perros.

En la carta recibida por mistress M. S. Hartwig dice la señora Bohn: "He tenido durante mi larga vida muchos [illegible] amigos y dos perros, y he adquirido el convencimiento de que los últimos son más fieles y abnegados que los hombres y las mujeres a quienes he conocido. [illegible] esta razón deseo recompensar las virtudes de los animales de cuatro patas, legándoles cuanto he logrado reunir después de una existencia de trabajo y de ahorro

Páginas olvidadas

LAS BODAS DEL AGUA

Por Nicolás GRANADA

Ella, iba en el banco de adelante, apoyados sus diminutos pies, primorosamente calzados con borceguíes de gamuza gris, en una de las cuadernas del ligero y sutil esquife.

El, iba en el otro de más atrás, en idéntica posición a la de ella.

Los dos llevaban trajes ligeros y flotantes: ella, un vestido de brin claro con blusa a la marinera, y él unos pantalones de dril, hasta la rodilla, y un "maillot" a rayas blancas y azules.

Cubrían sus cabezas anchos sombreros de paja con el ala levantada sobre la frente, solamente que ella sujetaba el suyo con un profuso y sutil velo crema, anudado con un gran lazo por debajo de la barba.

Remaban lenta y acompasadamente, hundiendo de perfil en la linfa tranquila los largos y flexibles remos de palas rolas que, ejecutada la blanda impulsión, salían del agua sin ruido, gracias a un pequeño movimiento tornátil de muñeca, para caer nuevamente en el espejo líquido, apenas turbado por unas cuantas gotas de agua y por el ligero remolino causado por la presión impulsiva de los bogadores.

Remaban en silencio. Ella, mirando el horizonte, él, devorando con los ojos el pequeño escote blanco y delicado que dejaba a descubierto el cuello de la blusa de su compañera, y sobre el que jugueteaban a impulso de la brisa, mil pequeñas hebras de cabellos de oro rizados en que moría su profusa y desordenada cabellera.

De repente, ella dijo con voz reposada y tranquila:

—Se nos va a hacer noche, antes de llegar a casa.

—No importa — contestó él en el mismo tono—hay luna.

Callaron; pero ella apretó un poco la bogada, lo que hizo derivar ligeramente el esquife del lado de su remo.

—¿Qué haces? — dijo él—¿No ves que nos vamos sobre los camalotes?

La observación venía tarde, porque a un segundo golpe de remo dado con un raro vigor por la bella batelera, la canoa viró casi de golpe sobre babor, internándose rápidamente entre el tupido embalsado de plantas acuáticas que, alternando con juncos y espadañas, bordaban la costa de la isla, yendo su proa aguda y ligeramente levantada, a embicar en la arena en que morían los musgosos albardones.

Un frondoso sauce llorón, cuyos largos festones de verde y profusa hojarasca a cada paso besaban a los violáceos nenúferas, acarició suavemente sus rostros, vertiendo sobre ellos el sutil polvo de sus pequeñas flores amarillentas.

El sonrió, dejó caer el remo preso por la orquilla bruñida del tolete, sacó en silencio un cigarrillo, lo encendió, y después de una larga aspiración de humo aromático que dejó escapar en seguida en el tranquilo ambiente, murmuró:

—¡Está bien!

—¡Tú tienes la culpa! — exclamó ella, haciendo inútiles esfuerzos con su remo, que no consiguió sino arrancar y tirar por el aire un montón de hierbas destrozadas.

—Ahora son inútiles las discusiones,—contestó él con gran calma,—puesto que estamos varados, y bien varados. Aprovechemos la ocasión para descansar y hablar un momento. Luego me echaré al agua y pondré a flote la canoa, pues es inoficioso usar el botador para hacerla zafar de donde está.

—Es que...—dijo ella algo inquieta—descansar y conversar lo podemos hacer en casa.

—Sí; entre aquella turba de indiscretos que no nos deja un momento de libertad...

—¿Y para qué quieres ese momento?—exclamó ella poniéndose de pie y dominando con una sonrisa llena de intención a su primo y compañero de excursiones acuáticas.

—¡Para repetirte que te adoro, Luisa!—murmuró él en notas graves y cálidas.—Para decirte que es necesario que concluya ya este estado de cosas insostenible e insoportable; para invitarte a pronunciar una palabra que para mí encierra todos los ensueños de mi dicha, todas las promesas de mi esperanza...

—Mira, Carlos:—dijo ella volviéndose a sentar, esta vez cara a cara a su compañero de remo—Ya te lo he significado en más de una ocasión. Eres tú muy niño, y yo me considero muy poco segura en mis ideas, para entrar en estos momentos en un terreno en el que creo que como en ninguno, se necesita poseer en alto grado el sentimiento profundo y verdadero de la sinceridad, que es el alma del cariño de buena ley.

Escucha, y no me interrumpas: Te quiero... sí; te quiero demasiado, para no usar de mis coqueterías para contigo. Esa es la razón, porque admito a mi alrededor esa turba de adoradores tontos e insustanciales que tanto te irritan. Es que quiero defenderme, y defenderte a ti de un falso movimiento del corazón, que tal vez mañana deploraríamos.

La brújula del sentimiento por la que se guían tantos inexpertos en el piélago del amor, como la náutica, tiene a veces sus desvíos y hasta suele enloquecerse a la proximidad de imanes misteriosos, que enciende la sangre, y ciegan la razón.

Esperemos.

La providencia determina con hechos maravillosos e inesperados la revelación del verdadero destino de los seres.

¡Esperemos! ¿Qué cosa más hermosa que esperar?

La noche había caído casi repentinamente con sus tules diáfanos y azulados.

Por sobre el sauzal de la orilla opuesta, se veía aparecer algo como la vislumbre bermeja de un incendio.

Era la luna que nacía tras las ramas recortándolas en negros encajes.

La luz de un pailebot fondeado a la sombra de los árboles, viboreaba en sutiles culebreos, sobre la rizada superficie del río.

Un canto lejano de algún isleño que venía de lejos con su lancha cargada de perfumantes frutas ondulaba melancólicamente en el aire tibio y perezoso.

Carlos, con los codos en las rodillas ocultaba el rostro entre sus manos, guardando un silencio fosco y doloroso.

—¡Vamos!—le dijo al fin su prima, tocándole en el hombro con su breve y perfilada mano, después de haberlo contemplado un momento con piedad, tal vez con amor.—¡Vamos! ¡No seas niño! No es prudente que nos detengamos más aquí. En casa estarán inquietos... y luego los comentarios...

Carlos se puso de pie bruscamente, y sin decir palabra, tomó su remo y tentó por la proa un esfuerzo para hacer escurrir la canoa hacia la hondura.

¡Inútilmente!

El río bajaba con rapidez, y la pequeña embarcación estaba casi en seco.

Vestido como estaba saltó entonces al agua por el lado de popa, con la intención de hacer girar desde allí al esquife sobre la arena, facilitando así su traslación hacia las aguas profundas.

No es posible describir lo que pasó entonces.

El cauce del río debería precipitarse allí en un barranco profundo, porque no bien saltó Carlos en el agua, cuando su cuerpo desapareció por completo entre las algas, sobre las que quedó tan sólo flotante su sombrero.

Luisa, lanzó un grito agudo y angustioso, y sin reflexionar un momento saltó la borda, tirándose en el sitio en que acababa de desaparecer su primo.

Se produjo una ligera ondulación en la red de las plantas acuáticas, se sintió el rumor ledo de algunas burbujas que se deshacían en la superficie, y luego, nada...

La luna asomaba por encima de los árboles cubriendo el río como con una red de plata constelada de brillantes.

Uno de sus rayos horizontales vino a herir en lo profundo de la fronda al ligero esquife, cuyos remos pendían a un lado y otro, como las alas de una ave muerta.

De su popa pendía flácido, ondulante, vaporoso, un velo blanco, que parecía una virginal enseña de duelo.

A los lejos iban y venían en los giros de la brisa nocturna, frases melancólicas del canto rústico del isleño.

En las quintas se encendían las luces, se poblaban los balcones de siluetas blancas, sonaba un piano, cortaba el aire la cromática de una risa...

¡Pasaban volando la primavera, el amor, la dicha de vivir!...

Caminar a gatas para crecer

Los órganos y los huesos de nuestro cuerpo que no están sujetos a presión crecen continuamente hasta los cuarenta años. El corazón se hace más fuerte, la capacidad de los pulmones aumenta, y el cerebro sigue desarrollándose hasta la cuarta década de la vida, y por lo tanto, a los cuarenta años se necesita un sombrero más grande que a los treinta.

Pero el hombre deja de crecer al principio de la tercera década, porque desde esa época la presión que ejerce el peso del cuerpo mientras se está de pie comprime las vértebras o pequeños huesos de la espina dorsal, los cartílagos, la pelvis y los fémures, y esta presión contrarresta con exceso la clasticidad natural de los cartílagos y el crecimiento de los huesos.

Si el hombre fuera un cuadrúpedo, y por lo tanto estuviese libre de la presión producida por su peso sobre la espina dorsal, seguiría ganando estatura hasta diez años después, como lo prueba el hecho de que los huesos no sujetos a compresión siguen creciendo hasta los cuarenta años.

De estas observaciones, hechas por el doctor J. L. Nascher, se desprende que los que deseen ser muy altos no tienen que hacer sino andar a gatas el mayor tiempo posible.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3 00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"LA FIESTA DEL CORAZÓN", de Armando Moock, en el Liceo

En medio de la inundación de revistas que ha llenado nuestros teatros en la actual temporada, el estreno de una bella comedia resulta un acontecimiento extraordinario y el cronista que ha vagado por esos escenarios contemplando con ojos distraídos los cuadros brillantes y triviales del género teatral mínimo, se encuentra un poco perplejo y abrumado por falta de entrenamiento, ante una obra como ésta de Moock, donde es indispensable pensar para comprender.

Por esta causa, tuvimos que asistir a las dos primeras representaciones de la pieza y sólo en la segunda pudimos darnos cuenta de que aquello también es teatro. Pensamos y comprendimos. Ahora nos ha de costar un nuevo esfuerzo presenciar el estreno de las próximas revistas y abstenernos de pensar para poder comprender.

Después de esta breve exégesis de la labor interna del cronista, podemos asegurar complacidos que "La fiesta del corazón" es la más interesante obra dramática estrenada en la temporada actual. Ya hemos elogiado muchas veces la producción artística de este autor que representa entre nosotros uno de los más sólidos prestigios teatrales. Moock es siempre interesante y renovado. Escribe parca y concienzudamente, estudia los conflictos y la psicología de sus personajes y escribe los diálogos bellamente, con estilo literario, dentro de lo que la literatura teatral exige en unos casos y permite en otros.

No disponemos ahora de espacio para estudiar detenidamente este bello drama de Moock. Lo haremos algún día en estas mismas columnas con el sosiego que merece y aunque tengamos que hacerle tal vez algún reproche, brevemente o "in extenso", será siempre un sincero aplauso el colofón de nuestra crítica.

"La fiesta del corazón" fué inteligentemente recibida por el público. Se aplaudió calurosamente al autor y a los intérpretes, recibiéndose allí la impresión de que estábamos en un ambiente teatral extraño a nuestro medio habitual. Angelina Pagano, la Barausse, Fregues, Lliri y Bataglia, únicos intérpretes de la obra, lo bordaron con talento y cariño.

"LA FÓRMULA KADDENBACH", FUÉ ESTRENADA EN EL NUEVO

Hay que reconocer que la producción teatral atraviesa por una honda crisis. De otra manera no se explica que se estrene tanta obra mediocre o francamente mala. Y también hay que reconocer que los viejos autores, en su mayoría, o han agotado su ingenio o escriben al correr de la pluma, sin preocuparse sino en terminar la pieza.

Don Federico Mertens, que quince años atrás dió a nuestra escena algunas piezas graciosas y bien construídas, firma en colaboración con don Josué Quesada la segunda novedad que nos ha hecho conocer la compañía que encabeza el aplaudido actor Roberto Casaux.

"La fórmula Kaddenbach", menos que comedia como ha sido clasificada, es un juguete cómico en tres actos, sumamente infantil, sin originalidad, sin gracia, sin nada. A través de toda la pieza, no hay un chiste de buena ley, ni una situación interesante de verdad.

Gira el tema en torno de una droga que ha preparado un químico alemán para obligar a decir verdad a las personas. Eso es toda la pieza, cuyo primer acto es insoportablemente lánguido. Apenas el final del segundo resulta cómico, pero de una comicidad pueril.

El público recibió con tibios aplausos "La fórmula Kaddenbach", aplausos que en rigor iban destinados a los intérpretes, a Casaux principalmente, que encarnó al profesor alemán con su acostumbrada maestría, a Pierina Dealessi, otro tipo germánico y demás compañeros de escena, que pusieron toda su buena voluntad al servicio de la pieza.

"BIENVENIDO DEL CAMPO" DIVIRTIÓ MUCHO

En el Apolo, la compañía que dirige Vaccarezza, acaba de estrenar una nueva pochade de Octavio P. Sargenti, recibida con largos aplausos. Sargenti, lo hemos dicho ya, es el autor que mejor sabe construir esta clase de piezas, que requieren ingenio, gracia y agilidad de comediógrafo. Todo ello en buenas dosis está en "Bienvenido del Campo", pieza destinada, sin duda, a muchas representaciones.

El público rió a desmandibularse y saludó el final con sostenido aplauso. Los cómicos del Apolo, sobre todo la Bernal y Oicarelli, dieron vivacidad a sus papeles.

BLANCA PODESTÁ HIZO CONOCER UNA VERSIÓN CASTELLANA DE "LA EDAD CRÍTICA"

El drama de Max Dreyer, que estrenó la compañía de Nicodemi entre nosotros, ha sido puesto en escena por la compañía del Smart, reproduciendo la buena acogida que tuvo la versión italiana. Obra intensa, donde juegan los instintos y campea un soplo dramático formidable, la producción del gran autor alemán tuvo una excelente intérprete en Blanca Podestá, que en el personaje de la adolescente muchacha, poseedora de un temperamento erótico inquietante, conturbador, tremendo, renovó sus éxitos de actriz dramática vigorosa, que sabe hacer desbordar sus pasiones en los momentos álgidos del proceso escénico.

La secundaron discretamente los actores Casamayor y Rocha, muy naturales en sus papeles.

EN EL MAYO SE ESTRENÓ "LA VUELTA DE JUANIYO"

Con un libro bastante pobre, el maestro Penella ha hecho una especie de zarzuela que la compañía Pozas-Ligero nos ofreció últimamente desde el escenario del Mayo. Siendo su principal falla la letra, que se debe a don Manuel del Olmo, debía ser muy buena la música para que triunfara la pieza. Hay que decir que si no es excelente, varios números musicales fueron lo mejor que pudimos notar. Una romanza que cantó el tenor Vita es lo único digno de mención en esta obrita, que los directores del elenco, en dos personajes cómicos, se esforzaron en imponer sin lograrlo.

En otra edición nos ocuparemos de "Motetes y bulerías", sainete lírico estrenado días después.

MUIÑO-ALIPPI

La yunta de criollos que da nombre al elenco del Buenos Aires, continúa explotando la revista "Atención al fogonazo", que gusta cada vez más, habiendo repuesto "Es zonzo el cristiano macho cuando el amor le domina", estrenada en otra temporada con buen resultado.

Prepara en tanto el conjunto, una nueva revista, para estrenarla cuando la taquilla lo exija.

ALACRANERÍA

—¡Por qué rondará siempre por este teatro ese novelista?

—Hombre, con seguridad que tiene una obra en secretaría.

—Me parece más seguro que la obra es mala.

"SI LAS MUJERES MANDASEN", de Botta y De Bassi, en el "Sarmiento"

Por más que haya sido ya explotado en el teatro el tema del abusivo interés de las mujeres, es decir, de ciertas mujeres, por la política, siempre puede encontrarse en el asunto un nuevo aspecto que permita crear situaciones hilarantes. La mujer desorbitada que pretende asumir actitudes y funciones que no le corresponden, es siempre tan ridícula como el hombre que abdica de su condición varonil y desciende a gustos y modos peculiares del adorable sexo, en el que todo está bien mientras sea femenino.

Los autores han logrado ampliamente su propósito. El público del Sarmiento se ha reído y seguirá riéndose muchas noches con esta pieza que tiene situaciones felices y chistes de buena ley.

Los elementos de la compañía de César Ratti jugaron la pieza con acierto, sacando de la misma mucho partido.

JUVENTUD, DIVINO TESORO...

"Las alegres chicas del Maipo" constituyen sin duda el éxito más firme y seguro de los escenarios de revistas. Hay en esa sala un conjunto envidiable de muchachas lindas y alegres que tienen gracia, juventud, alegría, belleza y condiciones para el baile y el canto, todo ello bien aprovechado y presentado dentro de un marco apropiado para ese lindo "bouquet". Así se justifica la preferencia del público y su asiduidad en el aplauso. El cuadro español, en el que la traviesa Gloria Guzmán hace de las suyas, acompañada por la Lamas, las Carbonell y las ocho "girls", constituye una nota de efecto deslumbrante. Esto parece que va a seguir así hasta que pase el frío.

EL ÉXITO DE DE ROSAS

El cartel del Argentino no ofrece novedad. "El perfume del pecado" sigue atrayendo público en abundancia, que festeja las graciosas incidencias de esa comedia burlesca y un poco picante, pero dentro de la espiritualidad que aconseja el buen gusto. La labor de De Rosas es uno de los mayores atractivos de la obra.

EN LA CALLE CARLOS PELLEGRINI

Se mantiene el éxito de "La caja de Pandora" en el teatro de la Comedia. Cada noche se aplauden más los números de música, en los que el maestro Pittaluga ha derrochado inspiración.

En el número próximo nos ocuparemos de "El tío Quico", de Carlos Arniches.

LA MELATO

María Melato, la ilustre actriz italiana que está realizando en el Politeama una temporada brillante, está ofreciendo las mejores producciones del teatro contemporáneo de su país, cuyas excelencias no es este el momento de considerar. Ultimamente nos ofreció una primicia, el estreno de la pieza en tres actos de Piermaria Rosso di San Secondo, titulada "Il delirio dell'oste Bassà".

CAMBIO DE CARTEL EN EL IDEAL

Se anunciaba para los primeros días de esta semana, el estreno de una nueva revista de los autores de la casa, con el título de "Piernas al aire". Ya en todas las revistas lo están (y algo más también), sin necesidad del anuncio previo, de modo que en esta a que nos referimos serán más al aire todavía. Quién sabe si al aire libre. Ya veremos de lo que se trata y oportunamente emitiremos opinión acerca de esas piernas, materia en la que, modestamente, tenemos algunos conocimientos.

MUERTE Y RESURRECCIÓN

Este interesante espectáculo es posible que nos lo ofrezcan en el Marconi las huestes de Miguelito. Se cerró el teatro días pasados y se anunciaba que la compañía iba a pasar a mejor vida, es decir, a vida más holgada y exitosa, mediante una reorganización general del elenco. Unos han entendido así la cosa y otros creen que ese de la mejor vida es la definitiva, la de los que no vuelven. Nosotros no queremos afirmar nada. Hemos pasado por el Marconi y nos da miedo preguntar nada, como en las casas donde hay media puerta cerrada... Si es así, Q. E. P. D.

"PUENTE ALSINA", EN EL NACIONAL

Salimos del estreno del sainete de Samuel Linnig, en el Nacional, con el mismo desagrado que experimentamos cuando hallamos una mosca en la sopa. Es realmente repugnante para los espíritus delicados, ver ese desfile de ladrones y malevos, hombres y mujeres, que actúan en "Puente Alsina". Ambiente que asquea, donde el delito es dueño y señor de las acciones de los personajes, es necesario tener inclinaciones canallescas para gustar de tan triste espectáculo. Nada ni nadie pone en la pieza del señor Linnig una nota de nobleza humana. Todos son unos miserables que rivalizan en la infamia, y hasta la puñalada final, digno término del vulgarísimo drama de amor, lejos de indignar al espectador, produce una sensación de crimen, sin serlo, pues la protagonista es la que se ensarta en un cuchillo.

Los elementos de Carcavallo se desempeñaron bien en sus papeles.

FLORIDA

Las revistas "Desnudos artísticos" y "Colores y colorinches", continúan en el cartel del bonito teatro del pasaje Güemes. Empero, se ensaya otra por las dudas, titulada "Con suerte cayó la taba".

CASINO

El pintoresco circo de Pepino y los últimos debutos son atracciones que llevan mucha gente a la popular sala de la "rue" Maipú. Próximamente, debutos de artistas desconocidos para nuestro público.

GRAND SPLENDID

Llenos desbordantes se producen a diario en este regio cine, que frecuenta la gente "chic". Los palcos y las plateas se llenan de familias de nuestra mejor sociedad, que han elegido esta sala para reunión social, más que nada.

El sábado estrenóse "Circe, la encantadora", por la deliciosa Mae Murray, admirable actriz de cine.

CAPITOL

Mucho público hemos visto en esta bonita sala, en la que se exhiben bellas cintas de las mejores marcas. Anúnciase para pronto novedades de películas famosas, en tanto realiza interesante experimentos de hipnotismo el famoso profesor Piuman, ya celebrado por nuestro público.

Anécdota

Habiendo pedido un libro para leer el rey don Alfonso V de Aragón, se encontró la librería cerrada y fuera de palacio el que tenía la llave. El rey, que a toda costa quería leer, se dirigió a la puerta y con sus propias manos se puso a desclavar la cerradura. Se hallaba presente su capellán Mateo Siculo, hombre de mucha prudencia y santidad, y viendo al rey en tal ocupación, le dijo:

—¡Es posible, señor, que un rey tan poderoso, como vos lo sois, se ponga a hacer con sus manos una obra semejante?

Pero el rey sonriendo contestó:

—Decidme, padre honrado, ¡por ventura, Dios y la naturaleza dieron en balde las manos a los reyes?

La Rusia soviética

AVENTURAS DE UN PERIODISTA

(Reproducimos del último número de la "Revista de Occidente" este interesante artículo del distinguido literato español don Manuel G. Morente).

Los libros sobre Rusia.—Los libros sobre Rusia parecen novelas rusas. Y los rusos—los que han invadido Europa y los que se han quedado en Rusia—parecen todos personajes de Dostoyevski. ¿Será verdad esta apariencia? ¿Será solamente "color local"?

El arte y la literatura educan la visión y nos habitúan a contemplar las cosas desde su punto de vista—el punto de vista estético.—El paisaje pintado antecede al paisaje real y la descripción poética es el Bædeker que nos guía por la naturaleza. Con la novela, la música, el teatro y la escultura hemos aderezado cierta imagen romántica de Rusia: una Rusia lejana, entre asiática y europea, con planicies frenéticamente melancólicas, con lentas melodías angustiosas, con seres extraños e incomprensibles, capaces de cometer los crímenes más sombríos como de realizar las mayores heroicidades y las más delicadas renuncias; y todo ello bañado en un ambiente inmenso de hondo fatalismo, de milenaria, cósmica resignación, un menosprecio absoluto de la vida individual, un anhelo de fundir todos los vivientes en la única gigantesca ondulación de la estepa inabarcable.

Los viajeros de Rusia, sobre todo los periodistas, los políticos, los negociantes, podrían quizá haber contradicho, en parte al menos, esta nuestra imagen romántica del enigmático país. Pero no. Más bien la confirman. ¿Es porque ellos mismos han visto a Rusia a través de las representaciones artísticas? ¿Es quizá Rusia realmente tal como nos la figuramos?

He aquí un libro escrito por un periodista que parece conocer a fondo la Rusia anterior y posterior a la revolución soviética. He aquí un libro lleno de precisiones, de cosas vistas y oídas, testimonios concretos de sucesos que le han acaecido al autor personalmente. Y su lectura, que embarga como una novela, deja en el ánimo una impresión de pesadilla, de sueño horrible y fantástico.

La aventura del periodista.—El señor Popoff—que es alemán, a pesar de su sonoro nombre ruso—fué detenido en el Hotel Savoy de Moscú en noviembre de 1922. Conducido a la casa de la calle de Lubianka, número 2, donde tiene su domicilio la Cheka central, fué encarcelado en una celda infecta, de cuatro metros cuadrados, ocupada ya por otros varios presos. La parte exterior de la casa está destinada a las oficinas de la Cheka. La parte interior, rodeada de gruesos muros que la separan del mundo, sirve de cárcel. Allí se hacinan los reclusos en las más repugnantes y malsanas condiciones. Durante tres o cuatro días, el señor Popoff fué sometido a un refinado sistema de torturas morales. Sin sujeción a procedimiento fijo, sin posibilidad de defensa, sin conocimiento alguno de su presunto delito, transcurrieron los incesantes interrogatorios entre amenazas e insinuaciones de toda clase. La Cheka "trabaja" primero a sus víctimas, las aturde, las amedrenta con objeto de producir en ellas una depresión moral favorable a toda clase de cobardías. Para arrancar a los presos una confesión, o, mejor aún, una declaración, aplícales la Cheka toda suerte de violencias psicológicas, alternando la amenaza con el halago, la mentira con la brutalidad, la falaz promesa con la insinuación de castigos crueles o fatales, la arbitrariedad con el formalismo minucioso y mendaz.

Al fin pudo comprender Popoff que le acusaban de manejos contrarrevolucionarios y trato sospechoso en Berlín con enemigos del sovietismo. Pocos días después fué trasladado a la prisión de la "M-Cheka"—o Cheka local de Moscú,—situada en otro edificio de la misma calle. Encerrado en la "casa de los muertos" donde están las celdas de los condenados a muerte—sin duda, se pretendía impresionarle y acelerar así su "confesión",—tuvo ocasión de presenciar algunas ejecuciones a tiros de revólver. Llevado por fin ante Serchinski, jefe supremo de la Cheka, se le dijo que su detención había obedecido a un error y se le aconsejó insistentemente que guardara silencio sobre cuanto había visto y oído; principalmente debía callar ante las autoridades supremas del sovietismo. "¡No lo olvide usted! le decía, al despedirle, el alto empleado de la Cheka Artusoff.—Es muy conveniente que usted calle todo lo que aquí ha sucedido y se ha dicho, incluso para con los compañeros Radek y Chicherin. Más vale, más vale así. ¿Me entiende usted?"

Durante los numerosos interrogatorios, los agentes de la Cheka aprovecharon hábilmente la postración moral en que yacía el periodista para obligarle a poner su firma en cierto "compromiso de lealtad" que no es sino un compromiso de espionaje por cuenta de la Cheka. Todo el que cae en manos de la Cheka está irremediablemente perdido, porque, o es muerto, o es deportado a Siberia, o se consume meses y años en infectos calabozos, o ha de acomodarse a servir de agente secreto a la terrible institución policiaca. Así se explica que la Cheka disponga de millares y millares de espías en Rusia y en el extranjero.

Apenas salió de la cárcel, el señor Popoff fué requerido a cumplir su compromiso. Esta situación intolerable y la sensación angustiosa de verse espiado por cuantos le rodeaban: el mozo del hotel, el cochero, el portero y hasta su propia secretaria y traductora—una inglesa,—le decidieron a marcharse de Rusia. La empresa no es fácil para un sospechoso. Popoff tuvo la fortuna de conseguir su "evasión"—digámoslo así—merced a un providencial error de nombre que le permitió escapar a las garras de los agentes chekistas, que le habían vuelto a prender en la frontera.

En este libro, el periodista señor Popoff refiere minuciosamente su aventura y describe la Cheka y sus procedimientos con gran abundancia de detalles que afirma haber presenciado y de datos concretos que asegura conocer por testigos también presenciales y personas de absoluta veracidad.

¿Qué es la Cheka?—Las dos letras Ch. K. son en ruso las iniciales de las palabras: extraordinaria comisión. La "Comisión extraordinaria para la lucha contra la contrarrevolución, la especulación y el sabotaje" fué fundada en diciembre de 1917. Al frente de ella se puso a Félix Edmundovich Serchinski, uno de los bolcheviques más notorios, que se había distinguido por sus dotes de organización en los primeros días revolucionarios. A los pocos meses, la Cheka trabajaba con varios millares de colaboradores y cubría toda Rusia con la inextricable malla de su organización policiaca. A su servicio pasaron gran parte de los polizontes empleados por la antigua Ochrana—policía política del zarismo.—Los métodos de violencia, arbitrariedad, deportación y muerte fueron perfeccionados hasta un refinamiento increíble. Entre el 30 de diciembre de 1917 y el 17 de agosto de 1918 fueron ejecutadas por la Cheka unas mil ochocientas personas. Pero el gran período de terror y sangre comenzó en agosto de 1918 a raíz del asesinato de Uritzke y el fracasado atentado contra Lenín. Morían los hombres a racimos. ¿Motivos? Por comprar y vender, por actitud irónica frente al Soviet, por salir a la calle después de las ocho de la noche, por reunirse varias personas en la calle, etc... Desde septiembre de 1918 hasta fines de 1921 es incalculable el número de víctimas que hizo la Cheka. Las estimaciones oscilan entre 12.000 (confesado por los bolcheviques) y 150.000 (calculado por diferentes autores). En este período se puso en práctica el sistema de rehenes. A la menor sospecha, la Cheka apresaba doscientos, trescientos hombres, mujeres y niños, los encerraba en inmundos sótanos y los declaraba rehenes, es decir, que los tenía "en conserva" para ejecutarlos a todos si le sucedía el menor contratiempo a cualquier jefe sovietista. A todo esto, los decretos del Soviet abolían la pena de muerte en febrero de 1919, la restablecían en enero de 1920, la volvían a abolir más tarde. Pero la Cheka no hizo jamás el menor caso de estas leyes o decretos puramente protocolarios.

En febrero de 1922 fué la Cheka "disuelta" por decreto. Querían los bolcheviques dar cierta satisfacción a la opinión pública mundial. Pero esa "disolución" fué enteramente ficticia. Todo siguió funcionando lo mismo, o, mejor dicho, más intensamente que nunca, pues la Cheka crece en poderío y extensión cada día que pasa. El único cambio fué que en vez de llamarse Cheka, la Cheka tomó el nombre de G. P. U. En los rótulos de las puertas de las oficinas pusieron sobre las letras Ch. K. unos papelitos que decían G. P. U. Y todo siguió igual.

En los últimos años (1923 y 1924), la Cheka ha desarrollado en gran escala las deportaciones a Siberia y ha acometido la empresa extraordinaria de rebasar las fronteras de Rusia y actuar en el extranjero. Entre las interesantes curiosidades que cuenta Popoff en su libro, no son las de menos valía las que se refieren a la actividad de la Cheka en Alemania, en Francia, en Suiza.

La característica esencial de la Cheka, según Popoff, es su posición y actuación independiente del Estado y hasta superior al Estado. La Cheka no es solamente autónoma, sino soberana. No obedece a persona ni a institución alguna. Detiene a quien quiere, sin orden de nadie; encarcela por su propia autoridad; juzga ella sola sin sujeción a procedimiento, o, como dice, "según recta conciencia proletaria"; y por último, condena y ejecuta por sí. Es inútil que los jefes soviéticos pretendan, no ya oponerse, pero ni fiscalizar siquiera la actuación de la Cheka. No pueden nada contra ella. En cambio, la Cheka los vigila a todos, los espía a todos, al mismo Lenín, a Chicherin, a Radek. La Cheka es "un Estado en el Estado", o, mejor dicho, un Estado sobre el Estado. Cuenta Popoff que, presa por la Cheka una señora de la intimidad de la mujer de Lenín, éste en persona telefoneó respondiendo de la detenida y reclamando fuese puesta en libertad. La Cheka contestó: "Si te empeñas en que pongamos en libertad a la detenida, consideraremos tu actitud como una prueba de desconfianza hacia nosotros". Y añade Popoff: "Lenín colgó el auricular y, sin decir palabra, desistió de toda gestión ulterior. La Cheka, que él había creado, resultaba

más poderosa que su mismo creador''. Para satisfacción del lector, diremos que el delito de la señora amiga de Lenín consistía en ''no haber querido ser espia por cuenta de la Cheka''. La señora se consumió un año entero en los sótanos de la Cheka y falleció pocos meses después de su liberación.

Otro rasgo de la Cheka que hace resaltar el autor es el carácter antieuropeo, hostil a cuanto procede de Occidente, hombres y cosas. La Cheka está animada de un espíritu asiático —''mongólico'', dice Popoff.— Sus procedimientos, sus cárceles, sus hombres dan la impresión de un convento tibetano o de una banda de piratas chinos. ''No se sabe nunca si los chekistas meditan exigir rescate a sus presos o sacrificarlos ante el altar de algún numen sangriento de la estepa''.

Maneras de la Cheka. La "casa de los muertos".—En la calle Lubianka, número 14, tiene su domicilio la Cheka de Moscú. Antes de la revolución, la casa era sede social de la Compañía Moscovita de Seguros. En el fondo del patio existe un edificio independiente que la Cheka ha destinado a cárcel de los condenados a muerte. Por esta razón es conocida en toda Rusia bajo el nombre de ''casa de los muertos''. En el ala derecha de este edificio hay una cámara... Pero dejemos hablar al mismo Popoff: ''Hay una habitación amplia y completamente vacía, a lo largo de cuyas paredes corre una estrecha galería de hierro. Esta sala fué antaño archivo y biblioteca de la Compañía Moscovita de Seguros. Le han quitado el suelo, de manera que actualmente la cámara se sumerge hasta la planta baja en una a modo de cueva o sótano obscuro, que tiene salida derecha al patio. Una escalerilla de hierro conduce desde el suelo hasta la puerta del corredor y la galería alta. La extraña disposición de este recinto le ha valido el nombre de ''nave de máquinas''. ¿Para qué sirve esta ''nave de máquinas'' con sus galerías, sus escaleras y sus corredores? La respuesta descubre uno de los más terribles secretos de la Cheka. Aquí son ejecutadas las indefensas víctimas. Los condenados a muerte, que por lo general se manifiestan increíblemente sumisos y resignados a su suerte, penetran desnudos por la puerta del corredor en la ''nave de máquinas'' y bajan por la escalerilla de hierro. Abajo los aguarda el verdugo, que los despacha de uno o dos tiros de revólver en la nuca. El verdugo usa siempre un revólver Colt, porque éstos son los de mayor calibre que la Cheka ha encontrado en los arsenales de su antecesora, la Ochrana zarista, y además porque el tiro de Colt es siempre mortal. El verdugo tira a la nuca porque de esta manera el rostro de la víctima queda tan mutilado que resulta incognoscible; circunstancia a la que la Cheka concede gran valor, primero, porque no quiere hacer mártires, y segundo, por la incómoda solicitud de los parientes que vienen a reclamar los cuerpos de sus allegados. Los cadáveres de los ejecutados son conducidos al patio y en autos especiales trasladados a Lefortowo, arrabal de Moscú, donde reciben sepultura anónima.''

Los hombres de la Cheka. El jefe: Serchinski.—He aquí la descripción que Popoff hace de este personaje,

La danza de los espectros

Por Miguel GALLUZZO

Para "FRAY MOCHO"

QUIEN ERA DON LUIS

Don Luis Altamayor era un hombre honorabilísimo. Era un hombre gordo. Un hombre adinerado que había amasado varios millones a costa de mil sacrificios. A pesar de su rubicundez que pregonaba a ojos vistos su excelente estado fisiológico, don Luis poseía perennemente en su frente estrecha un pliegue pronunciado, que ensombrecía su mirada y contraía su ceño. Y no era malo don Luis. Filántropo como él, pocos se habían visto sobre este bendito mundo. Su descollante actuación en el comercio nacional, del cual se retirara hacía un par de años para disfrutar de su fortuna tranquilamente en aquel su palacete de Belgrano, habíanle creado un nombre y fama respetables, y era tenido el bueno de don Luis Altamayor por un personaje de intachable conducta y un caballero imbuido en una moral perfecta.

Su palacio en Belgrano, fiel exponente de su fortuna incalculable, interpretaba el temperamento estético y pseudo artístico de don Luis. Una profusión inusitada de esculturas, cuadros y adornos costosos, sin simetría ni gusto, revelaban el temperamento cambalachero de Altamayor y su desmedido deseo de ostentación que lo llevaba a convertir su casa en un museo de cosas sin importancia, aunque agradables a la vista.

QUIEN FUE DON LUIS

De España, la bella, llegó un día Luisito Altamayor en compañía de un tío suyo, cuando apenas contaba siete años de edad.

Venía ávido de contemplar maravillas, y recoger a manos llenas el oro que pródigamente Buenos Aires brindaba a todos los hombres pillos del mundo que quisieran explotar sus riquezas y habitar su santo suelo invocando la protección de los dioses más o menos santificados también. Su tío, un viejo andaluz que ya había estado en ella, díjole que aquel que trabajara con maña en el extremo sud de América, juntaría dinero suficiente para comprar al mundo. Y el chico se lo creyó. Y un buen día, el chico sintió deseos le cruzar el Atlántico y pisar la tierra del oro. Enterado el tío de los deseos de Luisito, por su hermana, y deseando dejar a alguien la fonda que tenía en el Paseo de Julio se decidió ir a buscarlo, y así lo hizo, para alegría del jovén ibérico.

Mas al desembarcar comenzaron las desilusiones. ¿Aquella calle sórdida era la de la ciudad del oro? ¿Y aquel éxodo de vagabundos muertos de hambre eran habitantes del país de los grandes filones dorados? ¿Por qué no eran ricos? ¿Por qué la ciudad a quien asignaban el rango de reina del Plata no era sonriente y hermosa? ¿Por qué los rostros de sus habitantes reflejaban la preocupación constante, el vicio y la degradación y no eran sanos y optimistas como cuadraba a los pobladores de una gran metrópoli del bienestar?

Y abrió Luisito sus ojos desmesuradamente ante cada lacra que descubría y a la noche de aquel día sintió haber abandonado su terruño, y hallóse aislado, entre los gritos de los marinos borrachos y el reír estridente de las mujerzuelas.

QUE HIZO LUISITO

Y el muchacho hizo lo que le dijo el tío, veterano en las lides "comerciales" del bajo fondo porteño.

—Oyeme, Luis,—díjole un buen día el tío,—tú debes saber que has venido a hacer plata. ¿Estamos?

—Sí, tío.

—Lo que tú no sabes es que hay que trabajar duro para conseguir eso. ¿Estamos?

—Sí, tío.

—Tú eres joven y aun puedes llegar a algo más de lo que yo he llegado. A mí me embromaron los cinco años que estuve en la cárcel.

Luisito abrió tamaños ojos. El tío lanzó una carcajada recia que hizo vibrar el cristal de las copas.

—¡Ah! ¡Te extraña que haya estado preso! ¡No te asombres, muchacho, que quien no se expone y no es vivo, queda como vino de su tierra, como globo desinflado. Hay que arriesgarse y no tener miedo a nadie, ni reparar en tontos escrúpulos.

Luisito se indignó.

—¡Tío!—exclamó en tono de reproche,—madre me dijo cuando llorando me despidió en el puerto: "Sé bueno y honrado, hijo mío, aunque seas pobre; vive honestamente y acuérdate siempre que aquí dejas a tu madre que pide a Dios te ilumine y guíe tus pasos por la senda del bien". Y yo haré lo que dijo madre.

—Pues para eso,—repuso el tío cínicamente,—te hubieras quedado allá, que con esas ideas de nodriza no saldrás de vendedor de porotos remojados. Olvídate de tu madre y amasa dinero, que para eso vivimos.

Luisito sintió prematuramente en su pecho el dardo de la amargura. Hasta que el tío consiguió su intento, haciendo que el muchacho olvidara los sanos consejos de la madre, que allende los mares, vivía llorando por el hijo que marchó un día hacia la conquista del fatídico metal.

Demasiado rudo fué el golpe que sufrió Luisito ante la moral de su tío, a quien creía un hombre honrado. Volvióse hosco y retraído en pensamientos que absorvían constantemente su atención.

Un día el tío le dijo:

—Cuando yo muera, esta fonda será para ti.

Ante la imaginación de Luisito cruzó fugaz el primer mal pensamiento. ¿Y su tío cuándo se moriría?

Desde aquel instante vivió atisbando el estado de salud de su pariente, alegrándose cuando el mal del corazón lo sofocaba y maldiciendo su suerte cuando el tío mejoraba.

En aquel constante mal desear, el espíritu de Luis poco a poco se fué entenebreciendo; de sus grandes ojos cándidos de otrora, sólo quedaban el recuerdo; ahora sus pupilas eran reconcentradas, frías y eternamente fijas en el piso mugriento del figón.

Pasó el tiempo. Pasaron los años. Renováronse varias veces las hojas del durazno, y un día gris, frío, el tío de Luisito murió.

LA SED ETERNA

Luisito ya era un hombre. Era Luis Altamayor, con una treintena de años a cuestas. Era un hombre metalizado completamente. En la bolita de sus ojos, la ese universal con las muletas que simbolizan al "caballero" a quien Quevedo cantara en una de sus letrillas, ocupaban su imaginación. Oro, oro, y más oro. He aquí los tres preceptos de Luis.

Ya estaba completamente enceguecido.

La adulteración en las bebidas y alimentos eran un gran factor para que la fortuna que le dejara su tío, hiciera lo que la leche hervida.

Un día la policía detuvo a Luis y cerró el figón.

Durante un mes permanecieron los postigos puestos, y cuando volvióse a abrir, corrieron mil conjeturas entre las mujerzuelas asalariadas por Luis Altamayor; pero nada más que rumores e hipótesis. Unicamente en su frente se insinuaba la arruga que hoy pronunciaba su entrecejo. Un día un marino español llegó al figón y pidió hablar a solas con Luis. A los pocos instantes el visitante se pegaba un tiro en el propio negocio de Luis. Una cocotte vieja dijo entre risas maliciosas que era un hermano del patrón a quien éste había negado ayuda en una circunstancia difícil.

LA METAMORFOSIS

Cuando la cincuentena de años marcó en su rostro algunas arrugas, Luis abandonó el figón. se hizo construir un gran palacio en Belgrano, dispuesto a disfrutar de la mejor manera su dinero. Desde aquel día se llamó don Luis "de" Altamayor, y como debutó en su nueva posición con una obra piadosa para los niños huérfanos de la capital, recibió el unánime aplauso de la prensa, el clero y la sociedad aristocrática.

Cambió de traje; anduvo en auto; frecuentó saraos; se hizo socio del Jockey Club, y algunos "amigos" quisieron propiciar su candidatura para senador nacional, cosa que rehusó, no por modestia, sino porque estaba plenamente convencido de su ineptitud intelectual en absoluto.

Un día, mejor dicho una noche, al volver de una alegre reunión que en poco o nada difería con las de su antigua fonda, Luis tuvo una macabra visión.

Sobre el muro central de su alcoba, tapizada ricamente, vió el rostro convulso de su tío, que en su brutal agonía, le maldecía; vió sus manos crispadas que trataban de sacar de su cuello las suyas, cuando siendo aun Luis Altamayor a secas, lo estranguló un frío amanecer de junio.

Y tras aquella terrorífica visión surgió otra: la lívida imagen de su hermano con la frente ensangrentada. Don Luis de Altamayor gritó como un poseído, ocultándose el rostro con sus manos cargadas de sortijas.

Llegaron los criados presurosos y encontraron al amo doblegado sobre el lecho, convulsionado por los sollozos. Requeridos los servicios de un galeno, éste diagnosticó, previo examen, un ataque neurasténico que calmaríase con un medicamento que haría preparar, reposo y entrega de cincuenta pesos por la visita.

Pero el medicamento no surtió efecto.

Ni el reposo fué posible desde entonces para don Luis.

Las visiones repetíanse noche a noche, danzando horriblemente en los muros y en el espacio, reproducidas en todas partes y amenazando al ex fondero.

Amanecía deprimido, ojeroso y aterrado. Su abdomen comenzó a descender sensiblemente, sus mofletes quedaron pálidos y hundidos y sus manos regordetas en otrora eran ahora finas y largas.

Y todas las noches un nuevo espectro se unía a los anteriores.

Todos venían a pedir cuenta de su conducta criminal; todos eran cadáveres que danzaban horriblemente ante la afiebrada imaginación de don Luis de Altamayor.

Y temiendo a la cólera de los dioses, quiso dedicarse a hacer obras piadosas, para substraerse a hundir su alma en aquel igneo lugar que Dante describiera.

Mas un día que vió pasar bajo el amplio ventanal de su alcoba a un pobre hombre mal vestido, intentó darle una limosna, pero aquel, un filósofo quizás, después de detener sus ojos en la cara de don Luis, continuó su camino con un aire de desprecio en su rostro.

Y entonces Altamayor comprendió: los treinta años de depravación se reflejaban en sus facciones, y cuando aquella noche la danza de los espectros comenzó con su ritmo macabro alrededor de los muros, don Luis de Altamayor, pobre espíritu al fin, se quemó la sien de un balazo.

Al otro día un diario comentaba el deceso del caballero don Luis de Altamayor, ocurrido por un accidente automovilístico.



el hombre más poderoso de Rusia. "Serchinski es una de las personalidades más típicas no sólo de la revolución rusa, sino de toda nuestra época, harto pobre en caracteres problemáticos. El gran verdugo de la revolución bolchevique, el Torquemada rojo, el Touquier-Tinville comunista, se presenta como el hombre más sencillo del mundo, frío, amable, correctísimo. Su psicología es un enigma. Es el verdugo más honrado y desinteresado que ha existido, es la encarnación más perfecta del fanático reflexivo, infalible y feroz que la revolución rusa ha engendrado, un hombre que firma millares de sentencias de muerte con la sonrisa en los labios. ¿Por crueldad y afán de sangre? No. Por sentimiento del deber; porque la revolución exige esas muertes; porque lo ha hallado necesario después de detenida meditación... Caracteriza al hombre el siguiente episodio que me ha sido referido en Moscú. Un día del año 1921, cuando Moscú se moría literalmente de hambre, penetró en el patio de la Cheka un carro de pan para los empleados. Daban guardia al carro algunos soldados rojos. Uno de ellos roba un panecillo y, sin pensar en nada malo, se pone a comérselo. Lo ve un alto empleado de la Cheka que se encontraba casualmente en el patio y, empuñando su revólver, derriba muerto de un tiro al soldado. Los demás soldados rojos protestan indignados, rodean al matador y se disponen a lincharlo, cuando, de pronto, aparece Serchinski, acompañado por su brillante escolta de inquisidores rojos. "¿Qué sucede?"—pregunta. Los soldados retroceden humildes y explican el caso. El matador, convencido de haber obrado con justicia, comparece a su vez. "¿Es cierto lo que dicen los compañeros soldados?" —pregunta Serchinski. "Naturalmente"—contesta el matador. Serchinski, entonces, frunce las cejas y replica: "Has obrado mal, compañero. El soldado, como proletario, tenía derecho a indulgencia". Y diciendo esto, saca su revólver y, semejante a un sacerdote pagano que ofrece un sacrificio, lo dispara sobre su subordinado, que cae muerto. "Que se lo lleven al depósito"—ordena Serchinski. Y sonriendo tranquilamente, sale del patio acompañado de sus colaboradores."

Los hombres de la Cheka. Un verdugo.—"¡Pancratof! Toda Rusia lo conoce. Su origen y su carrera son característicos de esa crueldad sanguinaria, pero gris, uniforme, habitual y por decirlo así regularizada, que considera la muerte violenta de innumerables inocentes como una labor diaria, necesaria y que a mi juicio sólo es posible en la tierra de los bolcheviques, saturados de espíritu asiático. Este hombre, cubierto de sangre y lodo; este hombre, que ha matado con su propia mano quizá dos mil, quizá más todavía, seres humanos en la "nave de máquinas", como quien mata a perros tiñosos; este hombre es uno de esos aldeanos rusos buenazos y "patriarcales" que parecían a muchos incapaces de matar una mosca. Fué soldado y pasó al servicio de la Cheka. Cuando el anterior verdugo Yemelianof se retiró, enfermo, del servicio, ocupó su cargo. Este "honor" convirtió al "patriarcal" muyik en un ser orgulloso, despótico, grosero y brutal. Sin embargo, distinguíase por una extraña pedantería, casi increíble en un hombre de su calaña: daba recibo de las víctimas que le eran entregadas y, terminada su labor, se tomaba el trabajo de redactar minuciosamente la nota de los honorarios devengados, que la tesorería de la Cheka le pagaba puntualmente. Hacía un paquete muy primoroso con los trajes y alhajas de sus víctimas y se lo llevaba todo (estaba autorizado para ello). Usaba lo que le convenía y vendía el resto o lo regalaba a su amiga, una inmunda prostituta callejera. Sentía especial interés por las coronas de oro que sus víctimas tuviesen en la dentadura. Tranquilamente y con el mayor cuidado las arrancaba de las bocas aún calientes... Hacia las siete de la tarde, cuando la luz le parecía más favorable, se iba a la "nave de las máquinas" y, sentado en un banco de madera, aguardaba con el revólver en la mano y fumando cigarrillos la llegada de sus víctimas."

Manuel G. MORENTE.

Confesión de un crimen

Por F. SERRAT y WEYLER

Algo anormal, algo muy grave ocurría en la estancia "Garabayo".

Varias veces había llamado Manuel a la puerta de las habitaciones de su patrón don Rufino Garabayo, pero ni éste daba señales de vida, ni en el interior se oía el más leve ruido por el que pudiera adivinarse lo que pasaba dentro. Alarmado por tan extraño silencio, contó el caso a los demás sirvientes de la estancia y, después de una breve discusión, acordóse que el mismo Manuel penetrase violentamente en las habitaciones, rompiendo para ello los vidrios de una ventana que daba al jardín.

Dirigiéronse, pues al indicado sitio y con gran asombro de todos vieron que la ventana estaba abierta y con señales evidentes de haber descendido alguien por ella, puesto que en el alfeizar, lo mismo que en la pared, veíanse varias gotas de sangre, delatoras de algún espantoso crimen.

No por esto se arredró Manuel. Escaló la ventana y, atravesando varias piezas, llegó hasta la cama de don Rufino. Allí pudo convencerse de que su patrón había sido vilmente asesinado. Temblando de miedo, volvió a reunirse con sus compañeros a quienes contó lo que acababa de ver, y en vista de la gravedad del caso, decidieron que fuese en seguida a dar parte a la comisaría inmediata.

Y en efecto: antes de dos horas el comisario tomaba declaración a toda la servidumbre de la estancia. De sus averiguaciones resultaba que nadie había visto ni oído nada; de modo que el crimen se había cometido con la mayor impunidad del mundo. Sin embargo, después de varias preguntas, logró saber que tres días antes al del crimen don Rufino había despedido a un puestero, hombre de malísimos antecedentes y cuyo actual paradero se ignoraba. Supo también que don Rufino tenía a sus órdenes un escribiente, lindo mozo, pero de aspecto tristón y melancólico, recién llegado de Europa, y a quien no habían visto hacía muchas horas.

Como es natural, las sospechas recayeron en seguida sobre estos dos individuos, cuyas filiaciones anotó detalladamente el comisario y con eso dió por terminada su misión en el lugar del suceso.

Al llegar a la ciudad extendió las oportunas órdenes para la captura de los presuntos criminales, seguro de que muy pronto caerían en su poder.

Pero no fué así: ni el escribiente ni el puestero eran habidos.

Toda la prensa ocupóse preferentemente del inaudito crimen, pidiendo a coro la detención de los criminales, mas el tiempo transcurría y nada lograba averiguarse.

A la hora de costumbre, el director de un popular periódico hallábase en su despacho leyendo la correspondencia.

Entre las varias cartas que acababa de recibir figuraba una concebida en estos términos:

"Muy señor mío: Amante como el que más de los buenos oficios de la prensa, a nadie mejor que a usted puedo acudir en demanda de consejo.

Va usted a saber lo que hasta ahora no ha logrado averiguar nadie. El que a usted se dirige por medio de esta carta es el autor del crimen de "Garabayo". Sí, yo soy el autor, el único autor, y así lo declaro para que no pague algún inocente lo que yo he cometido en un momento de ofuscación y de arrebato.

Comprendo que mi delito no debe perdonarse, ¡pero en mi historia hay algo tan triste, tan sombrío!... En fin, siga usted leyendo.

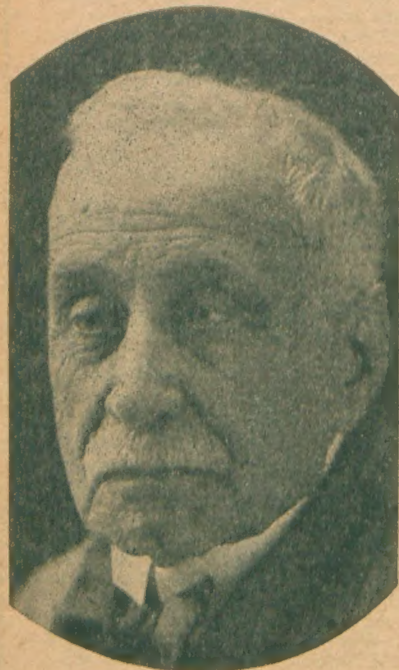
Hasta hace poco no conocía a mi padre. Dos meses antes de venir yo al mundo desapareció de su patria dejando olvidados y en la mayor miseria a su esposa y cinco hijos, cuatro hembras y un varón. Mi madre aportó al matrimonio un cuantioso capital que mi padre derrochó en toda clase de vicios. La pérdida de su fortuna y las consiguientes privaciones acabaron por alterar sus facultades mentales y después de horribles padecimientos murió en un manicomio, maldiciendo, quizás, al causante de su desgracia. Almas caritativas se apiadaron de nosotros y los huérfanos de aquella pobre loca fueron de Herodes a Pilatos, viviendo y comiendo de limosna. Más tarde aprendimos a ganarnos la vida honradamente, y cuando empezábamos a respirar, falleció mi hermano, víctima de la terrible tuberculosis: de modo que el único amparo de mis hermanas era yo. Trabajé mucho, muchísimo, pero en mi patria está muy mal retribuído el trabajo y con lo que yo ganaba no podía vivir y a la par ayudar a mis hermanas. Entonces pensé en la Argentina. Me proporcioné dinero, coloqué a mis hermanas y hace tres meses desembarqué en esta ciudad. Sin descansar apenas de mi largo viaje, busqué colocación: llamé a varias puertas, pero todas se cerraban para mí. Viendo, pues, que mi penosa peregrinación resultaba inútil, me dediqué a leer los avisos de los periódicos. Precisamente en el que usted tan dignamente dirige, leí que en la estancia "Garabayo" precisábase un escribiente, y allí me dirigí sin pérdida de tiempo. Hablé con el patrón, quedé admitido y empecé a trabajar. Diariamente mi patrón me asediaba a preguntas, y al cabo de dos semanas de continuas emociones y sobresaltos, supe, con la natural indignación, que el que aquí se llamaba Rufino Garabayo y en su patria Eduardo Gouchard, era aquel desaparecido, el que abandonó hogar, esposa, hijos, en fin, ¡era mi padre! La Providencia habíame puesto frente a él. Omito referir los incidentes, los disgustos que sucedieron a mi descubrimiento. El padre se negó resueltamente a abrir los brazos a su hijo, al hijo abandonado antes de nacer y que en malhora se presentaba ante él como terrible acusador de su mala conducta. Negóse también a amparar a las hijas abandonadas. Rogué y supliqué en vano. El amor de padre era un sentimiento completamente desconocido para él. A todo esto, alguien, no recuerdo quien, me contó su historia, historia que solamente se refería al tiempo de su residencia en la Argentina y que no era más que el epílogo de la empezada torpemente en su patria.

Por lo expuesto comprenderá usted, señor director, que la vida entre mi padre y yo iba haciéndose cada vez más difícil. Mi lucha era insostenible y por tanto la solución no se haría esperar mucho tiempo. Una mañana entré por mandato suyo en sus habitaciones. Mi padre estaba en la cama fingiéndose enfermo. Al verme entrar, incorporóse en el lecho y entregándome unos billetes me despidió como se despide a un perro, añadiendo que si me resistía a irme de su estancia, me haría prender por *tentativa de envenenamiento*. Sentí un fuerte sacudimiento, la sangre nubló mi vista y ciego ya de ira, agarré lo primero que me vino a las manos, un cuchillo, y con él herí sin piedad, mortalmente... En seguida emprendí la fuga. Después supe que mi padre había muerto... ¡No puedo continuar!...

Ya conoce usted, señor director, los detalles del crimen. Así, pues, ruégole encarecidamente su docto consejo. Aconséjeme, señor, y mi agradecimiento perdurará en mi alma... ¿Debo seguir viviendo en libertad con mi cruel remordimiento hasta esperar que Dios me juzgue, o debo entregarme espontáneamente a la justicia de los hombres?... Dígnese contestarme en su mismo periódico."

Ignórase la contestación del director, pero es de suponer que sería favorable a la presentación del parricida a la justicia humana.

Necrología

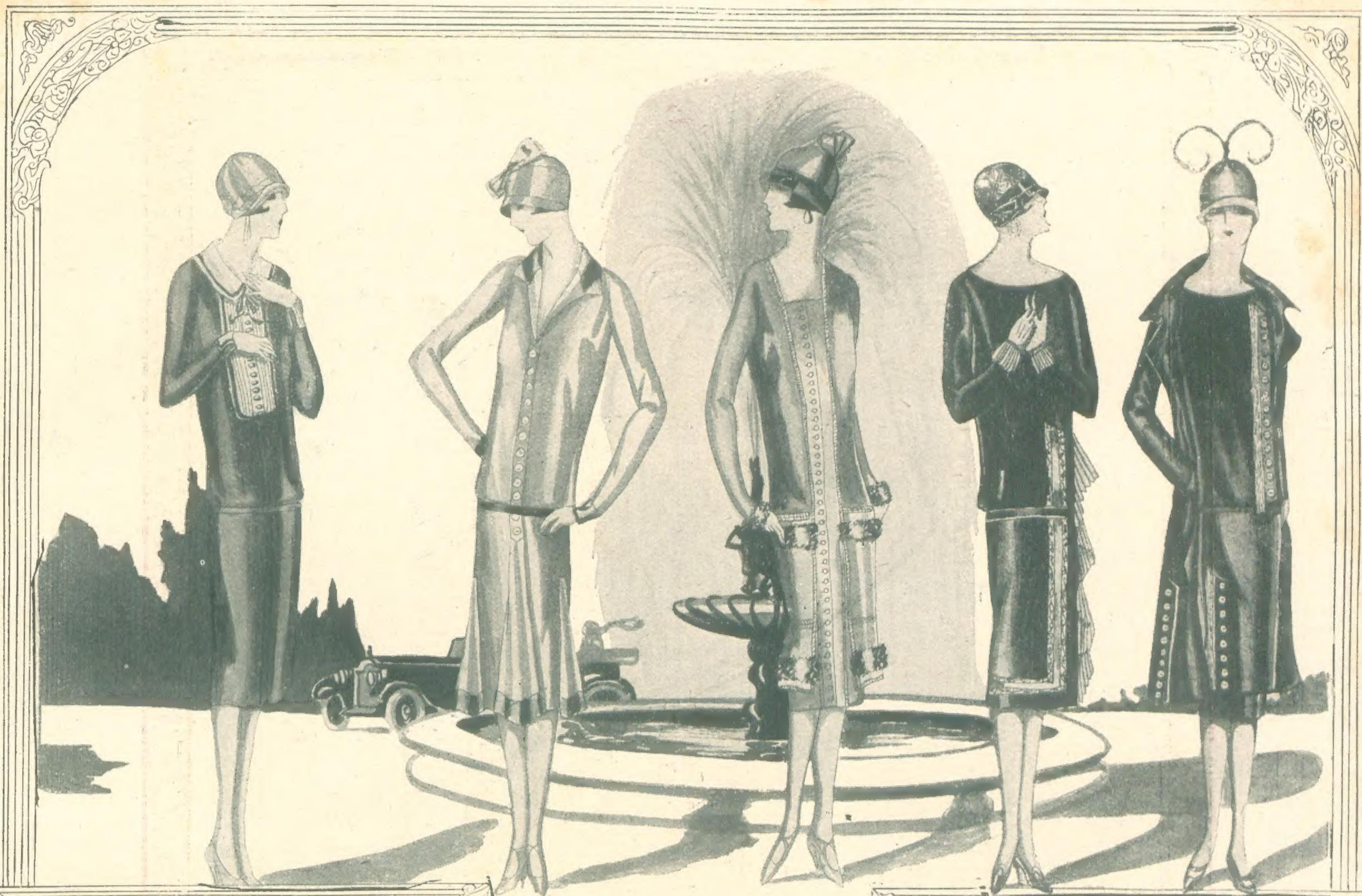


Señor Leandro García, decano de los escribanos nacionales, recientemente fallecido

---

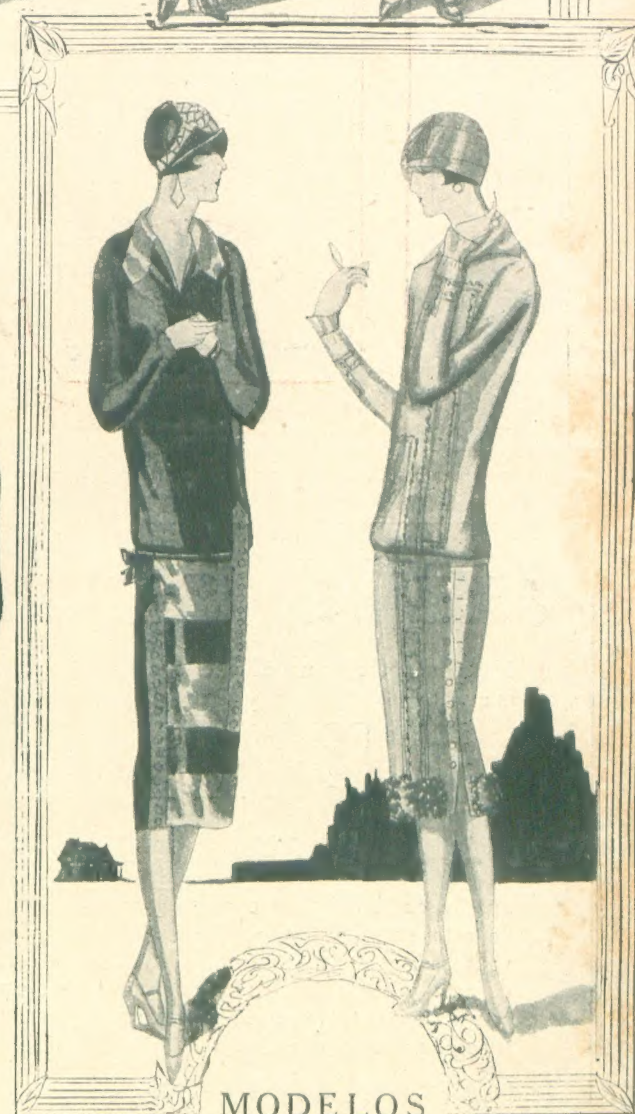
Un pueblo que vive de los fósforos

El pueblo de Tidahom (Suecia) vive exclusivamente de la fabricación de fósforos de madera. Anualmente se gastan 17.000 metros cúbicos de madera en astillas para los fósforos. Según se dice, la fábrica produce diariamente 200 millones de fósforos. En los talleres donde se hacen las cajas hay 300 máquinas que pueden fabricar 900.000 todos los días.











LA

MODA ACTUAL





MODELOS

DE

"LA GIRALDA"

539 - C. PELLEGRINI - 539









Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.